

LAS MEMORIAS DIPLOMATICAS
DE MR. FOSTER SOBRE MEXCO

472.002
A.7.63.20
001713

ARCHIVO HISTORICO DIPLOMATICO MEXICANO

Se publica por acuerdo del Sr. Secretario de Relaciones Exteriores,
de 20 de enero de 1923

DIRECTOR
GENARO ESTRADA
Subsecretario de Relaciones Exteriores
Encargado del Despacho

ARCHIVO HISTORICO DIPLOMATICO MEXICANO

NUM. 29

LAS MEMORIAS DIPLOMATICAS
DE MR. FOSTER SOBRE MEXICO

Con un Prólogo de

GENARO ESTRADA

Director del Archivo Histórico Diplomático Mexicano

MEXICO
PUBLICACIONES DE LA
SECRETARIA DE RELACIONES EXTERIORES
1929

PROLOGO

EL trabajo que ahora publica el *Archivo Histórico Diplomático Mexicano* es la parte correspondiente a México de las Memorias Diplomáticas publicadas en 1909 por el señor John Watson Foster, antiguo Ministro de los Estados Unidos de América. Ocupa una parte del volumen primero del libro que con el nombre de *Diplomatic Memoirs*, (Mifflin Co., 1909, Boston-New York) escribió el señor Foster y el cual es generalmente desconocido en los pueblos de lengua española. Su importante material, el carácter personal que revelan sus observaciones, y el período en el que se realizó la gestión diplomática del autor, movieron muy justificadamente mi deseo de reproducir este trabajo —tan útil a la historia mexicana y a la historia diplomática— en la presente colección.

Para México representa el señor Foster una figura de relieve en el curso de sus difíciles relaciones oficiales con los Estados Unidos y, desde un punto de vista más concreto, uno de los agentes diplomáticos del vecino país, que con cierta amplia visión de las realidades del medio de aquella época, supo usar de un raro dón de gentes entre los mexicanos, de sencillez y moderación en sus tratos oficiales y de prudente conducta para normar la gestión que le fué confiada por su gobierno, como es fácil advertirlo en el curso de la lectura de sus memorias y en las revelaciones que *a posteriori*, como es de explorada cautela en este género de asuntos, se encuentran en algunos capítulos.

Este distinguido diplomático norteamericano nació en el Condado de Pinke, del Estado de Indiana, el 2 de marzo de 1836, fué graduado en la Universidad indianense y obtuvo título de abogado en la Escuela de Leyes de Harvard. Su abuelo fué un inglés, propietario de tierras, quien emigró a América a rehacer su fortuna mermada a consecuencia de las luchas napoleónicas. Hablando de su padre, el señor Foster dice:

"A la edad de diecisiete años, abandonó el hogar en el Valle Mohawk, Nueva York, y solo y a pie, partió hacia la región del Gran Oeste en busca de un lugar apropiado donde se pudieran obtener tierras del Gobierno, en donde pudiera proporcionar un hogar a sus ancianos padres y abrirse una carrera en la vida.

Después de atravesar con la mochila a la espalda el territorio que se extiende hasta Saint Louis, Missouri, resolvió establecerse en Indiana meridional; volvió a Nueva York y cambió la familia al nuevo hogar, donde había logrado hacerse de una extensión de ochenta acres de tierra virgen inculta. Ahí, en una cabaña de trozas construida por sus propias manos, la familia comenzó su nueva vida. Mi padre pronto se convirtió en hacendado en gran escala y reuniendo sus productos y los de sus vecinos, bajaba con ellos por el río White, el Wabash y el Ohio, tributarios del Mississippi, y de ahí a Nueva Orleans; y en la época en que todavía no eran comunes los botes de vapor, volvía a pie a su casa de Indiana distante mil doscientas millas llevando el importe en monedas de oro español.

Este oficio hizo que se dedicara al comercio y su estancia en Evansville, en esa época población en desarrollo, que es ahora una ciudad de no escasa importancia. Adquirió cierto grado de conocimientos en Derecho, que inclinó a sus vecinos a nombrarlo Juez de Condado, o Tribunal privativo; era activo como concejal, director de banco y síndico de la iglesia y de la escuela, tendiendo todas sus actividades al mejoramiento de su comunidad. Antes de partir de Inglaterra había trabajado como aprendiz en una librería y con excepción de lo que allí aprendió, sus conocimientos fueron los que él pudo adquirir en las pocas horas de descanso que tenía en su penosa vida. Era asiduo lector, siendo sus libros favoritos la Biblia, Shakespeare y Burns, trozos de los cuales recitaba fácilmente de memoria. Se convirtió en ardiente americano tomando parte activa en la política, especialmente en la cruzada anti-esclavista.

Mi bisabuelo materno sirvió en el contingente de Virginia del ejército revolucionario. Mi abuelo emigró de Kentucky a Indiana poco después de haberse constituido en Territorio, desempeñó el puesto de Secretario de su primer Gobernador General Harrison, tomó parte en la campaña de Tippecanoe contra los indios, fué miembro de la Convención que forjó la primera Constitución de Indiana, desempeñó con frecuencia el puesto de Diputado de la Legislatura local. Mi madre murió cuando yo era niño, pero no antes de haber fijado indeleblemente en mi memoria su afecto, su amabilidad, su inteligencia y su vida profundamente religiosa. Rodeado de tales asociaciones y alimentado por la narración de los hechos de tales antepasados, me convertí en hombre."

El mismo Foster nos refiere cómo, transcurridos sus estudios universitarios, fué a Cincinnati a trabajar en el despacho de un abogado, ingresó a la Barra y posteriormente estableció su residencia en Evansville. Poco a poco fué sintiéndose inclinado a la observación de los problemas sociales de su época, hasta que tal inclinación derivó su espíritu hacia el campo de la política. He aquí cómo explica el señor Foster sus actividades en esta materia y su nombramiento como Ministro en México:

"Durante mis años de colegio y de edad viril, la agitación esclavista era el asunto político candente. El distrito en que vivía, colindante con Kentucky y colonizado en su mayor parte por personas de Estados esclavistas, simpatizaba con la causa pro-esclavista, pero, siguiendo el punto de vista de mi padre, en el colegio era yo tan ferviente abogado anti-esclavista, que estaba clasificado como "abolucionista," término oprobioso en aquella época y en aquella comunidad. En la campaña presidencial de Fremont, tomé tan activa participación, como me lo permitió mi menor edad, y en la animada campaña de Lincoln, en 1860, dediqué una gran parte de mi tiempo a la organización del Partido Republicano, que en ese tiempo estaba en notable minoría en mi sección y a dirigir la palabra al pueblo en los mítines políticos.

Toda mi alma pertenecía a la causa anti-esclavista y cuando, tras de la inauguración del Presidente Lincoln, estalló en el país la Guerra Civil, mi primer impulso fué unirme al ejército de la Unión; pero durante algunos meses me vi coartado en mis actos. Los voluntarios se apresuraron a presentarse en número mayor del que estaba señalado a Indiana. Me acababa de establecer en una casita y solamente una gravísima necesidad podía hacerme abandonar a mi joven esposa e hijo. Además, la milicia no tenía para mí un atractivo especial. Pero apareció el llamamiento del Presidente por trescientos mil hombres, que deberían enrolarse por tres años, vi que el asunto de la rebelión era un conflicto serio y que el llamamiento era más enfático para aquellos que habían profesado afecto a la causa anti-esclavista. Me enganché en el ejército por tres años y sin que yo lo solicitara, el Gobernador Morton, que sabía los servicios que yo había prestado en la campaña política de Lincoln, me comisionó con el carácter de Mayor del Vigésimo Quinto Cuerpo de Voluntarios de Indiana. Durante los tres años y medio que presté mis servicios, tomé parte en encuentros muy importantes, tuve a mis órdenes tres diferentes regimientos de Indiana, fuí jefe de brigada y de distrito y cuando terminó mi servicio me encontraba a la cabeza de una división de caballería. Serví bajo las órdenes y estuve en contacto y amistad personal con los Generales Grant, Sherman, Thomas, Burnside y otros jefes de departamento y de cuerpos. Mi vida militar ensanchó en alto grado mi conocimiento de los hombres y me proporcionó más confianza en mí mismo.

El haber tomado participación en cuestiones de partido desde temprana edad, me había desarrollado el gusto por la política y al terminar la Guerra Civil me vi, naturalmente, llevado a tomar profundo interés en las

cuestiones de reconstrucción que agitaban al país. Cediendo a esta inclinación, me convertí en editor del principal periódico de mi sección de Estado. Tal puesto proporciona una excelente oportunidad para estudiar las diferentes cuestiones políticas que nacen en el país y sus discusiones editoriales tienden a ensanchar y purificar nuestras ideas sobre asuntos políticos. En los años que sucedieron a la guerra continué prestando alguna atención a la organización del Partido y, como ya he dicho, en la campaña presidencial de 1872 me hallaba a la cabeza del Comité Republicano del Estado.

Con motivo de la dirección de la campaña del Estado, me puse en contacto personal con muchos hombres prominentes de reputación nacional. Entre éstos se encontraban, de mi Estado: O. P. Morton, R. W. Thompson, Schuyler Colfax, Benj. Harrison; de otros Estados, con John Sherman, Henry Wilson, Geo. F. Boutwell, John A. Logan, John H. Harlan, B. H. Bristow, Wm. P. Frye, Zach. Chandler, Carl. Schurtz, Fred. Douglas, Robert G. Ingersoll.

La movida campaña política de 1872 se cerró con la triunfante reelección del General Grant, como Presidente de los Estados Unidos. Indiana estaba clasificado como uno de los Estados dudosos y ambos partidos políticos esperaban con inquietud el resultado de las elecciones de octubre como un índice que marcara la dirección del sentimiento público. Oliver P. Morton, jefe de su partido en el Estado y uno de los más prominentes estadistas de su época, era candidato para ser reelecto como Senador de los Estados Unidos y comprendía que en la contienda se jugaba su existencia política. Con el carácter de Presidente del Comité Republicano del Estado, yo dirigí la campaña que dió por resultado la elección de una mayoría republicana en la Legislatura y que de una manera inequívoca mostraba el éxito del Presidente Grant. El Senador Morton quedó muy complacido y una vez que recibió el resultado total de la elección, invitó a la Sra. Foster y a mí a una comida particular en su residencia de Indianapolis. Así que terminó, acompañé al Senador a su despacho privado, e inmediatamente me dijo que a mí, más que a ningún otro, se debía la decisiva victoria del Partido y que él, en lo personal, se sentía muy agradecido para conmigo y deseaba recompensármelo. Me dijo que tomara el *Libro Azul* (que es el registro de los funcionarios federales de los EE. UU.) y que escogiera el empleo que quisiera y que sin que yo me tomara molestia alguna, él se ocuparía de que se me diese. Contesté que yo no había tomado participación en la campaña con el fin de obtener empleo y que yo necesitaba de algún tiempo para tomar el asunto en consideración; que, sin embargo, él me había dejado una gran libertad de elección y que yo podría elegir un puesto para el que yo no fuera a propósito o que él no pudiera conseguirme. Me contestó que él tenía perfecta confianza en mi capacidad y que con respecto a la obtención del puesto no debía yo preocuparme por eso. Esta última aserción no era una vana jactancia de parte suya, porque entonces no había ningún hombre en el país en quien el Presidente Grant tuviera mayor confianza o a quien quisiera favorecer más.

Después de discutir ampliamente el asunto con mi esposa, resolvimos que siendo jóvenes nuestros hijos, una corta residencia en Europa resultaría tan agradable como útil, e informé al Senador que si se pudiera obtener, agradecería recibir el nombramiento de Ministro en Suiza, que en nuestro escalafón diplomático ocupa el puesto más bajo. Por esto se podrá ver que hace treinta años y más, el servicio diplomático presentaba el mismo atractivo a los jóvenes inexpertos, pero ambiciosos, que parece

presentar hasta ahora. Al saber mi elección el Senador la aprobó y me aseguró que podía contar con recibir el nombramiento poco después de la inauguración del Presidente y que podía formalizar mis asuntos dando aquello por sentado. Pero en el transcurso del siguiente invierno recibí un telegrama del Senador Morton pidiéndome venir a Washington. A mi llegada a la capital me informó que había tropezado con alguna dificultad para obtener la Misión Suiza para mí; que el Presidente había prometido a los amigos del actual encargado que podía continuar en el puesto durante el próximo periodo; pero que él había ofrecido nombrarme para la Misión Mexicana. La proposición me dejó atónito. Yo había sentido mucha desconfianza acerca de mi aptitud para desempeñar el puesto que había elegido en la Misión Suiza, siendo que es el más bajo y de menor importancia de los puestos diplomáticos y ahora se me encomendaba la Misión más elevada y difícil en el Hemisferio Americano. Yo dije con toda franqueza al Senador que dudaba muchísimo que fuera prudente aceptar dicho puesto, teniendo en cuenta mi absoluta inexperiencia en diplomacia. En esa época no hablaba yo ningún idioma extranjero, jamás había salido de mi propio país y respecto a Derecho Internacional, no tenía sino un libro de texto. Pero el Senador simplemente se sonrió de mi vacilación, reafirmó su confianza en mi aptitud, y dijo que yo estaba mucho mejor capacitado que la mayor parte de los que se nombraban para nuestro servicio diplomático. Me pidió que lo acompañara esa noche para hacer una visita al Presidente, quien, me dijo, conservaba gratos recuerdos de su conocimiento conmigo en el ejército. Nuestra visita a la Casa Blanca fué muy agradable; el General Grant hizo alusión con interés a algunos incidentes de nuestras relaciones militares, pero nada se dijo respecto a mi nombramiento. Volví a mi casa en Indiana y en los primeros nombramientos que se enviaron al Senado, después de comenzar el Presidente su segundo periodo, se incluyó mi nombre como Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en México.

Antes de abandonar Washington ocurrió un incidente que ofrecía un aspecto enteramente distinto de mi carrera diplomática. El Senador Morton me informó que el Presidente Grant había resuelto nombrar al Hon. John A. Bingham, de Ohio, Ministro en el Japón, y que el señor Bingham le había suplicado me preguntara si, con aprobación del Presidente, quería yo cambiar puesto con él, dejándolo que él fuera a México, ya que los dos puestos ocupaban el mismo rango y disfrutaban de los mismos emolumentos. Le pregunté al Senador por qué el señor Bingham solicitaba el cambio y se me dijo que siendo Bingham viejo, temía que por estar Japón tan distante y ser un país con el cual teníamos tan pocas relaciones, lo olvidaran los amigos y comitentes de su patria. Reflexionando sobre ello me vino a la imaginación que la razón era de mayor peso al tratarse de un joven que aspiraba a abrirse una carrera en su propio país y me excusé de aceptar la proposición.

Después de haber recibido el aviso oficial de mi nombramiento, adquirí la experiencia usual de los Ministros recién nombrados. Fuí a Washington a ofrecer mis respetos al Presidente, relacionarme con el Secretario de Estado y sus subordinados y para recibir instrucciones. Mi primer visita al Secretario de Estado, Hamilton Fish, no pudo haber sido más satisfactoria o alentadora. Volveré a tener ocasión para hacer referencia a este útil y distinguido estadista.

Durante esta visita a Washington experimenté mi primera impresión de una comida diplomática. El señor don Ignacio Mariscal era en esa época el Ministro Mexicano residente. Había estado en el servicio de

México en Washington casi sin interrupción desde 1863, y era uno de los diplomáticos más bien conocidos y útiles de la capital. En esta visita me recibí con la mayor bondad e hizo cuanto fué posible por prepararme una cordial recepción en la ciudad de México. Antes de salir de la ciudad dió una comida en mi honor, a la cual invitó a un gran número de diplomáticos Latino-Americanos y europeos. Como nunca me había encontrado antes en una sociedad de esa naturaleza, confieso que experimenté una sensación de bastante temor y extrañeza, donde por todas partes lucían insignias y condecoraciones de nobleza y órdenes y donde los idiomas de que se hacía uso más frecuentemente era el español y el francés, ninguno de los cuales me era entonces familiar.

En esta visita a Washington fué donde probé con anticipación los deberes que más ocuparon mi tiempo y que me ocasionaron no pocas dificultades durante mi permanencia oficial en México. Me ví atendido por varios ciudadanos americanos, o por sus abogados, que trataban interesarme en reclamaciones contra el Gobierno de México, que tenían por origen perjuicios que pretendían haber sufrido en sus personas y bienes y que ellos sostenían que el Gobierno era responsable. Entre estos visitantes se contaba el General B. F. Butler, que en esa época era miembro del Congreso y celebridad política de la Guerra Civil. Cuando yo era estudiante de leyes en la Universidad de Harvard, lo ví con frecuencia en los tribunales de Boston, conteniendo con Rufus Choate y otros abogados de nota. La reputación que entonces tenía de ser un individuo muy astuto, pero no muy concienzudo, le acompañó durante toda su vida y se confirmó por la entrevista un poco prolongada que con él tuve sobre su reclamación, que tenía por origen un contrato que una compañía, de la cual era él uno de los miembros más prominentes, había celebrado con el Gobierno de México para la colonización de la Baja California. El Gobierno mexicano anuló el contrato después de algunos años, basado en que la compañía no había dado cumplimiento a sus condiciones y que en realidad era un proyecto de filibusteros para anexar la Baja California a los Estados Unidos. El General y su compañía causaron muchas molestias al Departamento de Estado pero nunca pudieron determinar ninguna responsabilidad sobre el Gobierno Mexicano."

* * *

Después de representar a los Estados Unidos en México, durante siete años, el Presidente Hayes trasladó al señor Foster a Rusia en 1881, y de su viaje de México hacia aquel país, habla en el último capítulo de sus memorias. Al regresar a Washington dedicóse al ejercicio de su profesión, habiendo desempeñado el puesto de consultor jurídico de la Legación de México y de otras misiones diplomáticas.

En 1883 representó a su país en España y suscribió, con poderes especiales, diversos tratados entre los Estados Unidos

y algunas potencias europeas. Cuando el señor Blaine renunció el puesto de Secretario de Estado, el Presidente Harrison nombró al señor Foster para desempeñar ese elevado puesto, de cuyas funciones se encargó el 29 de junio de 1892. Poco tiempo después salía como Agente de los Estados Unidos ante la Comisión de Arbitraje que debía conocer del caso del Mar de Behring y funcionar en París. Encontrábase ocupado en esta comisión cuando fué invitado por el Emperador de China para tomar parte en las negociaciones de paz con el Japón. En 1897 fué nombrado Ministro en Misión Especial cerca de los Gobiernos de la Gran Bretaña y Rusia; fué miembro de la Comisión Anglo-Canadiense reunida en 1898, Agente de su Gobierno en el Tribunal de Límites de Alaska, en 1903, y representante de China, en 1907, a la Conferencia de La Haya.

A su nuevo regreso a Washington continuó desempeñando funciones de consultor jurídico de la Embajada de México y de otras misiones extranjeras, hasta su muerte en 1917.

El señor Foster prestó varios servicios a la representación diplomática de México en Washington, ya por medio de su ejercicio profesional, ya interviniendo amistosamente para la solución de dificultades y también en cuanto a sus numerosas relaciones personales. Su hija fué la esposa del señor Robert Lansing, Secretario de Estado en la administración del Presidente Wilson y durante cuya gestión nuestro país vióse envuelto en muy graves intrigas y dificultades con el Gobierno americano.

La obra de Foster sobre materia diplomática es muy conocida en los Estados Unidos. Sus libros principales son *Un Siglo de Diplomacia Americana*, *Diplomacia Americana en Oriente*, *Práctica Diplomática*, *Memorias Diplomáticas*, de donde está sacada la parte de México que aquí se repro-

duce, una biografía de su padre, un volumen sobre arbitrajes en la Corte de La Haya y el folleto *Maximilian and his Mexican Empire*.

* * *

Son muchas las memorias y narraciones que sobre México han salido de plumas extranjeras, aunque por su rareza bibliográfica unas veces, por el remoto tiempo en que fueron escritas otras veces, y aun por su lengua, son generalmente desconocidas en nuestro país, en donde todavía no se ha intentado reimprimirlas en una colección de viajeros, que seguramente tendría un gran éxito. Las de Foster podrían figurar, con interés, en tal colección.

El Ministro americano llegó a México cuando ocupaba la Presidencia de la República el íntegro y patriota estadista Sebastián Lerdo de Tejada. Sus primeras impresiones, como es consecuente en un diplomático, las tuvo en sus visitas al Secretario de Relaciones Exteriores, que lo era entonces el eminente jurisconsulto don José María Lafragua, a quien Foster llama perfecto erudito y cumplido caballero. El 16 de junio de 1873 presentó sus credenciales.

Desde luego apegóse a la observación de su nuevo medio, al que anteriores noticias y lecturas lejanas hacíanlo calificar como "Eldorado de las aventuras." El espíritu del norteamericano, huérfano en su propio país de leyendas y tradiciones remotas, es muy inclinado, por eso mismo, al goce intelectual de las historias extraordinarias, y se complace en la lectura de actos de arrojo y valor, peligros y dificultades, piraterías y misterios. Para él era México —y continúa siéndolo en gran parte hasta ahora para algunos extranjeros— un país en cierto modo misterioso, en donde pueden encontrarse a lo vivo terroríficos episodios que reproducen los relatos de

truculentos novelones y, en estos tiempos, de absurdas cintas cinematográficas. No era extraño, pues, que Foster al llegar a México creyera encontrarse ya en el *Eldorado de las aventuras*.

Sus primeras observaciones directas en México, dentro de la ambiente realidad, fueron dirigidas a examinar las eternas maniobras clericales contra el Gobierno de la República y el afán de ciertos extranjeros por ver en la representación diplomática de los Estados Unidos algo así como un asilo en donde pueden exponer sus pretensiones; y así, al referirse a los residentes británicos, confiesa que lo consideraban como su Ministro *de facto*.

Sobrevino, a poco, la revolución de Tuxtepec, la caída del Presidente Lerdo de Tejada y la llegada al poder del General Porfirio Díaz, presentándose, simultáneamente, la después repetida situación del reconocimiento del nuevo Gobierno. La por muchos años equivocada política de presión y amenaza no tardó en aparecer entonces y el mismo Foster la describe con más o menos franqueza, aludiendo a la negociación de un convenio cuya aceptación se tomaba como condicional del reconocimiento, hasta culminar en el anuncio de una guerra, tan inmotivada como inútil, que nunca llegó a producirse. Acerca de esto revela Foster las maniobras de ciertas gentes de híbrida nacionalidad, que nunca faltan en la tortuosa historia de tales intrigas, y declara el mismo Ministro haberse "convencido de que el Gobierno de Washington comprendía mal la situación de México," caso que desgraciadamente se repitió después, hasta en años recientes, en el curso de las relaciones entre ambos países. La valiosa declaración del señor Foster es una de las muestras, que repetidamente se encuentran en su relato, de la buena fe que en el fondo lo animaba

para el doble papel de representante de su país y de observador imparcial de una nación extranjera.

Muy rápida es la revista que pasa a la parte política que le tocó conocer, durante su permanencia en México, del Gobierno del General Díaz; pero el resumen, formulado después, sin conocimiento de los hechos que sobrevendrían a la desaparición de aquel Presidente, abonan el buen criterio del Ministro Foster, quien declara llanamente y sin asomo de pasión que fué un error la reelección indefinida del Jefe del Estado, calificando al Gobierno de Díaz de autocracia benévola, que muy poco hizo para educar a las masas en sus deberes.

La observación de usos y costumbres del país es constantemente prolija y absorbe frecuentemente la atención del escritor, como es usual en este género de las memorias. En tal sentido, México brindó a Foster amplísimo campo, ya que para un americano del Norte que por primera vez visita países latino-americanos, a cada paso encuentra exotismos dignos de su comentario, grave o regocijado, profundo o pueril.

La falta de comunicaciones en aquella época hace creer al Ministro Foster que se encontraba aislado del mundo, y con verdadera fruición comenta las satisfacciones que él y su esposa gozaban con la llegada del correo y la consiguiente apertura de cartas y periódicos. Declara con cierta ingenuidad que para los extranjeros residentes en el país, la llegada del correo era el acontecimiento más importante.

Sus recuerdos repasan minuciosamente las frecuentes excursiones por los pueblos del valle mexicano; los asaltos a las diligencias en cuya descripción se solazaban nuestros costumbristas de la época; la vida social de los extranjeros, que entonces formaban grupo aparte; las actividades de sus colegas del Cuerpo Diplomático, especialmente de la representación

británica, cuyos intereses le tocó gestionar en diversas ocasiones, y diversas peripecias en que fué actor, la mayor parte de ellas sin trascendencia.

El señor Foster fué un Ministro excursionista. Abundan en sus Memorias las relaciones de viajes por la República, a tal punto que él mismo declara haber conocido el país mejor que muchos nacionales. No deja de ser amena y pintoresca la carta que inserta en uno de los capítulos, dirigida a una de sus hijas y en la cual describe muy a lo vivo sus paseos por regiones veracruzanas. Aparece allí en todo su esplendor y sin ninguna presunción literaria la pompa tropical de nuestras tierras costeñas y las costumbres que por aquella época privaban en la población rural. Este espíritu de observación se repite con los mismos caracteres al describir una excursión a Oaxaca y cuando presenta un cuadro de las actividades revolucionarias de aquel tiempo, con gran relieve del espíritu y de los hechos de los movimientos sociales que por entonces conmovían el país.

La observación de la psicología religiosa de los mexicanos es serena, y en muchos puntos podría referirse a los días que vivimos, alterados de nuevo por el sectarismo clerical.

Hablando de Lerdo de Tejada, el Ministro Foster se muestra definitivamente inclinado a creer que las resoluciones del Presidente Juárez, para dar un golpe de muerte a la intrusión extranjera en México y el restablecimiento de los principios liberales, se debieron al consejo de aquel estadista; juzga como coronación del triunfo liberal la proclama lanzada por el Presidente Lerdo, al encargarse del poder, restableciendo las Leyes de Reforma y hace mención muy especial del regocijo con que el Gobierno de los Estados Unidos recibió la noticia de tan trascendental suceso y de la satisfacción del de México ante la conducta de los gobernantes del país.

vecino, concordantes con los anhelos populares que al fin respiraban a sus anchas ante la fuga del invasor y la derrota de los conservadores.

Al referirse a la prohibición del funcionamiento de las Hermanas de la Caridad, acto con el cual se trataba de consolidar los mandamientos esenciales de la Reforma, el señor Foster vió inmediatamente, con gran claridad, cómo, en tales o parecidas circunstancias, se mueve la máquina conservadora de México, con el ostensible pretexto del humanitarismo, pero en realidad con disimulados fines políticos. Estas protestas se redactaron —comenta Foster— “para explicar la aflicción por la partida de las Hermanas de la Caridad; pero cuyo objeto verdadero y efectivo era atacar y denunciar el Gobierno actual y debilitar su influencia entre el pueblo.” “Esta manifestación —agrega— fué el último esfuerzo concertado del partido clerical, hecho públicamente para resistir el que se pusieran en vigor estas importantes leyes.”

Vale la pena detenerse en el examen de lo que dice Foster al pasar una breve revista a las condiciones políticas de México, referidas especialmente a las funciones electorales. El diplomático no entra a analizar hondamente los defectos que por aquella época presentaban en su práctica las instituciones; pero los señala fría y francamente, sin que su espíritu se altere un solo momento. Por el contrario, quiere explicarlos con espíritu profundamente humano y aun justificarlos, al hacer un parangón con el progreso que la democracia había alcanzado en su patria y el que podía obtenerse en nuestro país.

Su rápida reseña de cómo entonces se hacían las elecciones en México, es fiel y ecuánime. Los vicios de la política los atribuye, principal y justificadamente, a la falta de educa-

ción de las masas, al desenfado de los gobiernos por subir el nivel de los derechos cívicos populares.

Su viaje a Oaxaca merece ser conocido como documento de originalidad descriptiva y de personal observación del medio. “No hay un Estado en la República —dice— que tenga más objetos y asociaciones interesantes o de atractivo natural para el visitante, que Oaxaca.”

Examina en seguida al país en su aspecto revolucionario, político, social y pintoresco. En tal punto, la razón puede declinar, por obvia flaqueza del espíritu humano, dado a tomar partido por el lado de las simpatías, convicciones o conveniencias; pero el relator de estas Memorias continúa imperturbable su examen y, en ciertas apreciaciones, justifica, como pudiera hacerlo cualquier mexicano, el espíritu liberal de la Reforma. Afirma, y no sin razón, que la fuente más abundante de donde han brotado las revoluciones en tierras latino-americanas, “ha sido el empeño de los hombres públicos de esos países para conservarse en el poder u obtener la presidencia por otros métodos que no los pacíficos y constitucionales.”

Uno de los capítulos de más interés en las Memorias del Ministro Foster está dedicado a la caída del Presidente Lerdo, la revolución de Tuxtepec y la inauguración de la era porfirista. Con gran copia de detalles explica la situación política de aquel momento y los primeros pasos de la revolución triunfante y se entra en la también después practicada técnica del reconocimiento del Gobierno. Al llegar a este punto, el diplomático revela cuáles fueron las instrucciones que tenía recibidas, en qué forma se atuvo a ellas y cómo posteriores incidentes y consideraciones de carácter político, determinaron a su Gobierno aplazar la formalidad de entrar en relaciones *de jure* con el Gobierno del General Díaz, aun después de las

elecciones. Expone con este motivo el ya característico cuadro de intrigas, depredaciones en la frontera de ambos países, cuentas pendientes, conciliábulos de militares y políticos mexicanos en territorio extranjero, comité investigador en el Congreso de Washington, complot de políticos norteamericanos para presionar a México solicitándole fracciones territoriales, condiciones para negociar previamente al reconocimiento un tratado y, en fin, toda la harto conocida maquinaria de amenaza, bloqueo económico, intriga internacional, notas altisonantes, exacciones, pretendidos derechos, etc., etc., que han servido cómodamente, en ocasiones posteriores, para normar el trato a nuestro país por parte del vecino y que, afortunadamente, por un cambio profundo en los procedimientos oficiales americanos, determinados por el derecho de México inflexiblemente mantenido por los gobiernos de estos tiempos, ha acabado por cambiarse en tratamiento humano, equitativo y respetuoso de nuestra soberanía.

Poco después de que el Gobierno de los Estados Unidos entró en relaciones formales con el que presidió el General Díaz, sobrevinieron para el Ministro Foster días muy penosos, porque incidentes ocurridos en la frontera, excitaron la opinión pública en ambos países y la prensa se desbordó en gruesas calificaciones, aguzando de tal manera los ánimos que se llegó a *temer seriamente* llegar a un estado de guerra. Tampoco en este episodio se altera el juicio del diplomático ni lo vemos inclinado a defender sin razón a su país, y más que eso, llega a reproducir en un capítulo, violentas apreciaciones contra su propio país y sus gobernantes. Puesto en un terreno de suave filosofía, se declara contra la reelección del General Díaz y lamenta que en tal momento se haya desperdiciado una ocasión para conducir al país por las vías

institucionales y sin el recurso de los hombres llamados indispensables.

Cuando el señor Foster desempeñó su misión en México, el país acababa de salir de su larga guerra de Reforma y sus luchas contra la intervención europea. Era natural que su industria y su comercio, todavía incipientes, se encontraran profundamente decaídos. El diplomático reseña cuál fué su labor en el terreno del intercambio comercial y sus gestiones por el establecimiento de ferrocarriles, con capital americano, la desconfianza reinante por cuanto viniera del exterior y sus empeños para vencer las resistencias. Coincidente con estas actividades del Ministro americano se registra la publicación de un detallado informe que, por conducto del Departamento de Estado, envió el señor Foster a una corporación manufacturera de Chicago. Explicábanse en este documento las causas que el señor Foster calificaba como impedimento para una buena comprensión entre México y los Estados Unidos, causas todas de carácter principalmente económico. Este informe levantó muchísimos comentarios en la prensa y en los círculos oficiales y el Gobierno de México encargó la refutación a don Matías Romero, quien por entonces era Secretario de Hacienda. Se trataba de un incidente técnico, pero quizás el más sonado en que intervino el señor Foster. Si el informe de éste fué amplio, la respuesta del señor Romero fué de tal manera extensa que llenó un grueso volumen y ocupó muchos números del Diario Oficial. Su longitud impide siquiera una glosa en el presente volumen; pero puede encontrarse íntegramente reproducida en la Memoria de Hacienda y Crédito Público de 1878 a 1879.

Antes de que el señor Foster fuera nombrado por su Gobierno para la misión en Rusia, viajó por numerosas poblaciones del interior y de la costa mexicana del Pacífico. El corres-

pondiente relato es sencillo y ameno; más se asemeja al viaje de un explorador que al de un diplomático. Está sembrado de personales observaciones sobre usos y costumbres de aquellas regiones. La cortesía mexicana, tan peculiar, se revela en ciertos párrafos en forma muy pintoresca: florece la bondad campesina y las exageraciones tropicales de gobernadores y jefes políticos. Entonces un Agente Diplomático era un personaje sobrenatural. Han cambiado los tiempos.

Genaro Estrada.

LA MISION EN MEXICO

Mientras permanecí en Washington, recibiendo las instrucciones para mi misión, renové mis relaciones de amistad con el General William T. Sherman, General en Jefe del Ejército de los EE. UU. en esa época. Al principio de la guerra estuve a sus órdenes inmediatas, reuniéndome con él todos los días en Benton Barracks, St. Louis, cuando se le veía con desconfianza por considerársele perturbado de la razón, porque entre todos nuestros líderes él fué el primero que apreció la magnitud de la rebelión y tuvo el valor de dar a conocer su manera de pensar a las autoridades de Washington. Serví después bajo sus órdenes en la batalla de Shiloh y en el avance sobre Corinto, como también más tarde en Tennessee Oriental. Me recibió en Washington con la cordial hospitalidad que le caracterizaba y en una de nuestras reuniones me preguntó por qué vía pensaba ir a México. En esa época, la única comunicación regularizada de los Estados Unidos del Atlántico era por el vapor que salía de Nueva York cada tres semanas para Veracruz, vía Habana y puertos intermedios, empleándose en el viaje cosa de catorce días. Le dije al General que tendría que irme por esa vía. "Eso no podrá ser," me dijo, "yo le hablaré a Robeson (Secretario de la Marina) para que mande un buque de guerra a Nueva Orleans que lo conduzca a Veracruz." Y cumplió su palabra al pie de la letra, pues pocos días después recibí aviso oficial del Departamento de Marina, haciéndome saber que se encontraría en Nueva Orleans un buque en la fecha que se conviniera para que me condujera a México.

Nueva Orleans trataba en esos tiempos de recobrar su prestigio comercial, disminuído por la guerra y por la era de reconstrucción y confiadamente dirigía sus miradas a México en espera de un aumento comercial. La Cámara de Comercio, anticipándose a mi llegada, me había preparado una recepción, en la que se cruzaron discursos en los que de ambas partes se expresaban grandes espe-

ranzas de un próximo desarrollo y de un provechoso e íntimo comercio entre aquella ciudad y los puertos del Golfo Mexicano, esperanzas tiernamente acariciadas y con frecuencia repetidas en estos últimos años, pero que no se han realizado aún. Una comisión de la Cámara de Comercio me condujo a mí y a mi familia, en un cómodo vapor, a la desembocadura del Mississippi, donde teníamos qué encontrar el buque, habiéndonos festejado en la travesía con un suntuoso lunch, que nos resultó un mal preparativo para nuestro primer viaje por mar.

A mi llegada a la ciudad de México, me dió la bienvenida en la estación del ferrocarril, mi antecesor, el Hon. Thomas M. Nelson, quien me prodigó toda clase de atenciones, aún la inusitada de acompañarme al Palacio Nacional y presentarme con el Presidente, en la ceremonia de la presentación de mis credenciales. Podría él creer que obraba con justificación si me hubiera tratado con fría cortesía, pues ambos éramos ciudadanos del Estado de Indiana y conocidos de varios años. El deseaba permanecer en el servicio, había sido prominente en política por mayor tiempo que yo y podía alegar haber prestado mayores servicios que yo, al Partido. Cuando el Senador Morton me hizo la indicación sobre la Misión Mexicana, expresé mi repugnancia a aceptarla por estar ocupado el puesto por un hijo de Indiana y además amigo mío; pero el Senador dijo que el Presidente había resuelto que se efectuara un cambio y que si yo no llenaba el puesto lo llenaría otro.

El Sr. Nelson había servido como Ministro en Chile seis años antes de haber sido nombrado para México. Era hombre de gran patriotismo, ferviente americano, notable como orador, hombre de genial urbanidad y hábitos festivos, lo cual lo hacía popular en los círculos sociales y diplomáticos. No era un hombre de letras, dando esto por resultado que no pudiera controlar los asuntos que se le presentaban; si a esto añadimos cierta trivialidad de carácter, posiblemente eso lo condujo a su retiro del servicio. En diplomacia, lo mismo que en la mayor parte de las ocupaciones de la vida, un estricto apego al deber y el dominio de los asuntos a su cuidado es lo que generalmente conduce al éxito.

Yo tuve la fortuna de hallar al frente de la Secretaría de Relaciones Exteriores a un perfecto erudito y cumplido caballero. El

Sr. D. José María Lafragua, Ministro o Secretario de Relaciones Exteriores, era abogado de profesión, de elevados vuelos literarios, historiador y estadista de mucha experiencia. Era un tipo correcto del antiguo hidalgo español, de maneras cortesananas, siempre vistiendo flux de fino paño negro llevando al cuello un corbatín tieso y usaba anteojos de color. Lo que sigue, un tanto abreviado, fué el saludo de presentación y conversación que tuvimos en nuestra primera entrevista. Me acompañó a la Secretaría de Relaciones el Secretario de la Legación, quien hablaba español con fluidez. Después de haber sido presentado y que me hube sentado, el Ministro me hizo una pregunta en español. El Secretario la interpretó: "Dice el Ministro que espera que V. E. esté bien."

Yo contesté: "Decid al Ministro que me hallo en perfecta salud."

El Secretario al Ministro: "Su Excelencia me pide os diga que está en perfecta salud."

Otra pregunta en español del Ministro, que el Secretario interpretó: "El Ministro desea informarse sobre el estado de salud de la Sra. de Foster."

Yo contesté: "Dígale Ud. al Ministro que tengo el gusto de informarle que la Sra. de Foster está muy bien."

El Secretario al Ministro: "Su Excelencia dice que tiene el gusto de informar al Ministro que la Sra. de Foster está muy bien."

Otra pregunta del Ministro interpretada por el Secretario: "El Ministro pregunta acerca de la salud de los hijos de Su Excelencia."

Yo contesté: "Tenga la bondad de asegurar al Ministro que mis hijos gozan de buena salud."

El Secretario al Ministro: "Su Excelencia me pide asegure al Ministro que sus hijos gozan de buena salud."

En seguida el Ministro sacó de un bolsillo de costado una hermosa cigarrera, la abrió y, al alargármela, dijo en español, que tradujo el Secretario: "¿Querrá Su Excelencia hacerme favor de aceptar un cigarrillo?"

Yo contesté: "Ruéguele al Ministro me dispense y discúlpeme de que nunca fume."

Vuelve a hablar el Ministro y el Secretario repite: "El Ministro me pide pregunte si le molesta el humo a V. E."

Yo contesto: "Asegure Ud. al Ministro, que, por el contrario, el humo del tabaco me es muy agradable."

El Secretario al Ministro: "Su Excelencia dice que, por el contrario, le es muy agradable el humo del tabaco."

Por lo cual poniéndose de pie el Ministro, alarga la cigarrera al Secretario, dirigiéndose a él en español; éste, más amaestrado que yo en los usos diplomáticos, acepta el cigarrillo; el Ministro enciende un cerillo, enciende el cigarrillo del Secretario y otro para sí, se sientan y tras de algunas otras preguntas que me dirige, debidamente traducidas por el Secretario, sobre las peripecias del viaje, en que transcurrieron algunos minutos más, se me concedió manifestar el asunto que me llevaba a la Secretaría de Relaciones.

En las cien o más visitas que hice al Sr. Lafragua, la conversación que acabo de citar antes, con el episodio del cigarro, se repetía casi invariablemente palabra por palabra. Después de tales visitas descubrí que, o tenía que aprender español, o acostumbrarme al uso del cigarrillo. Opté por la primera alternativa y después de algunos meses de asiduo estudio y práctica, pude sostener una conversación en la Secretaría de Relaciones Exteriores, sin el auxilio de un Secretario y a su debido tiempo comencé a apreciar el valor de poder usar fácilmente el idioma del país cuando se desempeña una misión como la mía. Un diplomático con ambiciones habría aceptado sin duda las dos perfecciones del servicio y hubiera hecho uso tanto de la cigarrera como del idioma. Uno de los asuntos que primero llamaron mi atención, después de haberme instalado en la Legación de México, fué el de relacionarme con la colonia americana. Se me dijo que no había colonia americana que mereciera ese nombre. Es cierto que había pocos americanos residentes en comparación con los que hay ahora. No existía comunicación ferrocarrilera y el tráfico entre los dos países dependía de buques que partían de Nueva York a raros intervalos y viajar por tierra atravesando las regiones fronterizas escasamente pobladas. Tuve, no obstante, poca dificultad en encontrar un buen número de paisanos en la ciudad de México y sus alrededores. En una comunicación al Departamento de Estado en 1875, di el siguiente informe: "El número de americanos adultos que viven al presente en el Distrito Federal (la Capital y sus alrededores) es de cosa de

ciento treinta, de los cuales sesenta son cabezas de familia, que representan una población americana de casi trescientos cincuenta. Las ocupaciones de estos residentes, son: Unos cuantos comerciantes, varios maestros y profesores de escuelas públicas y particulares, editores, funcionarios y empleados del Ferrocarril México y Veracruz, ingenieros civiles, administradores de haciendas, mecánicos y obreros."

Presenté mis credenciales al Gobierno el día 16 de junio de 1873 y mandé una invitación a todos los americanos varones cuya dirección pude saber y que estuviesen cerca de la Capital, para que nos reuniéramos el día cuatro de Julio en una comida, en celebración del aniversario nacional. Contestaron mi invitación entre cincuenta y sesenta ciudadanos. El inusitado acontecimiento, que se verificó en uno de los tóvilis o restaurants de las orillas de la ciudad, atrajo la atención general y favorables comentarios de la prensa del país y extranjera de la Capital. El periódico *Two Republics*, editado por un americano, dijo: "Fué un alegre festival, desbordante en armonía, patriotismo y compañerismo americano, fastuosa manifestación que no se había presentado en esta Capital en estos luengos años!... Este día señala una nueva era de nacionalidad americana en México, que, desgraciadamente, se le había dejado degenerar hasta un grado de insignificancia relativa." El autor de esta noticia era un Mayor ex-Confederado que prefirió venir a México a la terminación de nuestra Guerra Civil, antes que vivir bajo el Gobierno restaurado de la Unión. Estuvieron presentes en la comida un buen número de soldados ex-Confederados y ninguno de los que tomaron participación en la fiesta nacional estuvo más entusiasta que ellos.

Como índice que señala el objeto que me propuse al dar esta fiesta, me permitirá el lector que reproduzca algo de mi "Oratoria del Cuatro de Julio," con las observaciones que a guisa de prefacio dije en esa ocasión:

"Conciudadanos: Dos objetos me propuse al invitaros a que os reuniérais conmigo hoy en esta forma. Recién llegado como estoy, desconozco a todos los ciudadanos americanos que residen en México y he adoptado este método para trabar relaciones con vosotros, regocijándome de haber reunido una concurrencia tan numerosa, inteligente y respetable de paisa-

nos. Se me había dicho que había muy pocos americanos en México y que las ligas de analogía, simpatía y sociabilidad entre ellos eran muy débiles. Estoy convencido que la reunión actual le da un sonoro mentís a esa aseveración. Estoy seguro que lo que es América y lo que los americanos han hecho en la patria y en el extranjero no da motivo para que nos avergoncemos de nuestro país, de nuestra ciudadanía o de nuestra común sociedad. Confié en proporcionar de esta manera una oportunidad para que los americanos se reuniesen, para que nos conociéramos mejor, promover las relaciones sociales y, en cierta forma, elevar el tipo de la ciudadanía americana en el lugar en que actualmente vivimos.

"Sentí saber que durante muchos años no se había observado generalmente nuestro aniversario nacional por los americanos de México como grupo. No quise que este Cuatro de Julio pasase sin ser conmemorada la Independencia Americana, en que todos los ciudadanos americanos tuvieran una oportunidad para reunirse. Estoy satisfecho de que tan cordialmente hayáis secundado mi deseo. En verdad que jamás ha habido una época en que los americanos hayan tenido mayor motivo de regocijarse de la grandeza y de la gloria de su Patria, que hoy. Jamás ha ocupado un puesto tan espléndido entre las naciones de la Tierra. Nunca en su historia del pasado hubo mayor libertad, una igualdad más perfecta, observancia de la Ley y el orden, difusión de conocimientos y prosperidad, paz y felicidad que la que hay ahora. Y llegando como acabo de llegar de los Estados Unidos, me siento feliz en anunciaros que las terribles heridas que a nuestro país le infligió la Guerra Civil, están cicatrizando rápidamente; el espíritu de conciliación está reemplazando violentamente al espíritu de resentimiento y, con raras excepciones en unas cuantas localidades, hay una tendencia general de parte de todo nuestro pueblo, a contemplar, no el pasado, sino el activo presente y el futuro. La condición transformada del país y de la Constitución son hechos aceptados y bajo la antigua y gloriosa Bandera de nuestros Padres y como nación unida e indisoluble, avanzamos en una carrera de mayor progreso, utilidad y grandeza como nunca lo habíamos hecho antes. Sea cual fuere nuestro partido o nuestras simpatías regionales, estoy seguro que, alejados de nuestros hogares en tierra extranjera, podemos fundirlos todos en el más elevado y noble sentimiento de la nacionalidad y considerarnos los unos a los otros como miembros de una familia común. Puedo aseguraros que, oficial y socialmente, os reconoceré simplemente como Americanos."

Desde ese día hasta el presente, con pocas omisiones, el aniversario nacional se ha celebrado todos los años en la ciudad de México por los residentes americanos y su observancia ha tenido una influencia saludable en mantener vivo el apego a su país y a sus instituciones. Traté de que mi convite obtuviese un valor permanente y al fin de la comida, antes de que los invitados se retiraran, hice la proposición de que se organizaran en forma de sociedad. Les dije que en mi breve estancia, había descubierto que había infelices compatriotas que con frecuencia solicitaban una ayuda necesaria. Con motivo de esto todos los presentes se unieron y formaron la Sociedad de Beneficencia Americana, sostenida por medio

de contribuciones anuales, la que ha llegado a ser una bendición para muchos americanos abandonados o enfermos. El excelente Hospital Americano de la ciudad de México es uno de sus vástagos.

La Sociedad de Beneficencia me libró de muchas visitas de las que son comunes a nuestras legaciones en el extranjero para socorrer paisanos afligidos o pobres, pero con no poca frecuencia se me presentaron casos en que tuve que prestar servicios necesarios y que fueron agradecidos. Un joven que acababa de salir del colegio, pero no de todas sus "calaveradas," hijo de un prominente y digno ciudadano y dueño del principal periódico de una de las grandes ciudades de los Estados Unidos, indujo a su padre que le diera licencia de dar un paseo a Nueva Orleans. Se asoció allí con compañeros de vida alegre. Un buque se hacía en esos días a la vela para Veracruz y le hablaron de las grandes oportunidades que se presentaban para hacer negocios y emprender especulaciones en México, ese Eldorado de los aventureros. Estos cuentos le trajeron a la memoria lo que había leído en Prescott y, al contrario de las esperanzas de su padre de que pronto volviera a la Patria, tomó pasaje en el vapor para ir a probar fortuna en la tierra de Cortés y de los cazadores de oro. Llegó a la ciudad de México despojado del dinero con que debía haber vuelto al hogar y rodeado de sus desacreditados compañeros.

Se me llamó la atención acerca de su desgraciada situación después de haber estado por algún tiempo en la ciudad. Yo había trabado relaciones de amistad con su padre en las juntas de la Prensa Asociada y experimentando un interés personal en el caso, hice que el joven hiciera una visita a la Legación y poniendo en práctica una poca de diplomacia le saqué la historia de su triste situación. Tomó de buen grado mi amistoso consejo y convino en volver a su hogar si se le podían proporcionar los medios de efectuarlo. Lo llevé a uno de los bancos, lo hice que girara una libranza a cargo de su padre, la cual endosé e hice que se la pagaran. Bajo la vigilancia de un pasajero que volvía a los Estados Unidos, se embarcó en el primer barco que se hizo a la mar y volvió a su casa. Algún tiempo después oí hablar de su matrimonio y de que se había establecido reemplazando a su padre en el manejo de sus negocios.

A su debido tiempo recibí una carta de las más expresivas de su padre, dándome las gracias por haber salvado a su muchacho, como él le llamaba, y esperando que se le presentara una oportunidad para compensar mi bondad. A mi próxima visita a los Estados Unidos publicó sobre ella en su periódico una noticia en forma editorial prominente, manifestando que mi paso por las ciudades de mi tránsito había dado lugar a que se me hiciera objeto de "tal ovación como pocos hombres públicos reciben en este país por haber desempeñado fielmente los deberes de mi encargo." No contento con esta relación un tanto imaginaria, habló de mi record en la guerra, como abogado y como diplomático, y al referirse a mí como ciudadano, decía ser yo un "erudito de altos merecimientos, que había dedicado mucho tiempo a estudios sobre arqueología de América," rama de conocimientos a que yo no había dado atención, confundíendome en su celo el agradecido padre, con un distinguido sabio del mismo nombre, pero de otro Estado! Mientras vivió, jamás dejó escapar una oportunidad de hablar en su periódico de mis servicios públicos en forma bondadosa y a veces extravagante.

Con objeto de ejecutar la parte que me correspondía por conservar frescas en la memoria de mis conciudadanos las fiestas nacionales de nuestra Patria cuando menos, a mi primera comida de Cuatro de Julio la siguió en observancia la del Día de Gracias de Noviembre. Se invitaron para asistir a la Legación en la noche de ese día a todos los americanos residentes o que estuvieran de visita, habiendo concurrido muchos empleados mexicanos oficiales y miembros particulares de la sociedad. Se leyó la proclama del Presidente, y los cánticos patrióticos y la alegría fueron el distintivo de la fiesta. Todo el tiempo que permanecí en México se celebraron tales reuniones en cada Día de Gracias. Con frecuencia asistían el Presidente de la República, los miembros del Gabinete, y del Congreso, del Ejército y de la sociedad.

El aniversario del nacimiento de Washington quedó fijado para celebrar la asamblea anual de la Sociedad de Beneficencia Americana y generalmente se daba en la Legación una recepción pública y un baile. Como no había un retrato adecuado de Washington de que se pudiera disponer en la ciudad, los americanos organizaron una suscripción y lograron que un eminente artista mexicano pintase

un retrato de cuerpo entero del Padre de la Patria y lo regalaron al Ministro para que adornase la biblioteca de la Legación y para usarlo en la celebración de las fiestas nacionales.

Ni los pequeñuelos fueron dejados en el olvido. El día de Navidad se reunían en la Legación todos los niños de las familias americanas e inglesas, o de otros residentes que hablasen inglés, para divertirse con el Arbol de Navidad y deportes juveniles. Además de estas reuniones anuales, la Legación abría sus puertas en forma privada todos los martes por la noche, con el objeto de recibir a aquellas familias amigas del Ministro que quisieran visitarla. Los caballeros tenían a su disposición un salón de fumar, donde la Sra. de Foster servía una taza de té y otros refrescos ligeros durante la noche y si el número y calidad de la concurrencia lo justificaba, la espaciosa biblioteca de la Legación se aprovechaba para bailar. Estas vespertinas recepciones semanarias de los martes, nada tenían de extravagante ni de ostentosas, pero resultaban muy populares y llegaron a ser casi uno de los distintivos sociales de la Capital, proporcionando a los residentes y a los visitantes de habla inglesa y a las familias mexicanas, una oportunidad para relacionarse unas con otras, que no se presentaban de otro modo con frecuencia, ayudando de este modo al mejoramiento de las relaciones sociales.

Siguiendo la costumbre de los países católicos, el domingo en México se convertía en el día social de la semana. Una vez terminados los servicios religiosos de la mañana, el resto del día se dedicaba a hacer visitas, dar comidas y a diversiones públicas o privadas, siendo este el día que se escogía para las corridas de toros y los teatros abrían sus puertas en la noche. Los domingos por la tarde recibíamos visitas de extranjeros y mexicanos, pero no las pagábamos ese día, ni aceptábamos invitaciones para asistir a almuerzos o comidas ni las dábamos. En la Patria habíamos tenido costumbre de observar el domingo como día religioso y de descanso, y no creíamos necesario abandonar nuestra costumbre. Nuestros amigos de México nos comprendieron pronto y en poco tiempo nos vimos libres del embarazo de visitas o invitaciones. Nos consideraban como un poco raros, pero no por eso llegamos a descubrir que desmereciéramos por ello en su estimación.

LA VIDA SOCIAL EN MEXICO

Lo que más impresionaba al residente extranjero en México en los años de "setenta," era la carencia de facilidades de comunicación con el mundo exterior. El único ferrocarril que había en el país era el del puerto de Veracruz a la Capital, de doscientas sesenta millas de longitud. La única comunicación periódica con Estados Unidos era el vapor que salía de Veracruz para Nueva York, una vez cada tres semanas. El vapor de la Mala Real Británica y la línea francesa para San Nazario y que hacía el viaje de las Indias Occidentales, tocaba Veracruz cada mes. Durante los primeros años de mi residencia no había comunicación telegráfica con el mundo exterior. Más tarde se estableció una línea por tierra, de un solo alambre, que atravesaba por grandes extensiones de desierto y de territorio escasamente poblado en el Norte de la República. En esa región desprovista de árboles, los postes que sostenían el alambre eran de la clase más débil y eran el lugar favorito en el que el ganado de campo se iba a rascar los lomos. Como consecuencia de esto era mayor el tiempo que la línea estaba tirada por el suelo que funcionando. Me era bastante común recibir la copia confirmatoria de telegramas oficiales del Departamento, por Correo, fechada diez días antes, sin que me hubieran sido entregados con anterioridad los originales. La publicación por la prensa de la Capital de noticias telegráficas, era algo que no se conoció en mi tiempo.

Habiendo sido editor y afecto a leer las noticias, antes de partir al desempeño de mi misión tomé la precaución de abastecerme de la literatura periódica del día. Me suscribí a dos diarios de mi ciudad natal, a uno de la Capital del Estado, uno de Washington y dos de Nueva York, además de un gran número de semanarios, revistas mensuales y magazines. Cuando llegaba nuestra correspondencia de los EE. UU. por el vapor de Nueva York, una vez cada tres semanas, se me entregaba literalmente por fanegas y a veces

hasta por carretadas. El método para poder leer todas las noticias era un problema serio. Mi esposa, con ese instinto de la mujer de "dar en el blanco," se apoderaba del periódico de fecha más atrasada, pero con mi entretenimiento metódico comencé por arreglar todos mis diarios por orden cronológico y a leer desde las noticias más atrasadas hasta las más recientes; mas aquella era una tarea fastidiosa y pronto abandoné ese método.

El franqueo mexicano en esa época era asunto de importancia. Cada carta de los Estados Unidos, además de nuestro porte interior, debía llevar veinticinco centavos por cada media onza de peso. Este cobro constituía una partida de consideración en la cuenta contingente de la Legación.

En aquellos tiempos, la inmensa mayoría del comercio y correspondencia de México era con Europa y para los extranjeros radicados el acontecimiento más importante era la llegada del vapor mensual europeo. "La semana de correspondencia" era un tiempo ocupado para los banqueros y comerciantes extranjeros, es decir, unos cuantos días antes de la llegada del vapor preparando la correspondencia que había que despacharse y los pocos días que el vapor estaba en el puerto, la correspondencia de retorno de la Capital. En los círculos bancarios y comerciales, todo el mundo se dedicaba a trabajos de Oficina durante la "semana de correspondencia," pero después de haberse despachado la correspondencia se seguía una temporada de descanso y recreo, que se aprovechaba en celebrar días de campo y excursiones a los muchos lugares atractivos del Valle de México, o aún cruzando las montañas para ir a las ciudades capitales, como Cuernavaca, Toluca, Pachuca, o a Puebla por ferrocarril.

Un bondadoso escocés poseía una fábrica de tejidos de algodón, a la que estaba anexa una cómoda residencia y un hermoso jardín, que se anidaba al pie de las colinas cubiertas de nieve de los volcanes Popocatepetl e Iztacihuatl, como a diez leguas de la Capital. Allí hospedó al Teniente U. S. Grant y a otros oficiales americanos del ejército del General Scott cuando en vano trataron de escalar el pico del Popocatepetl. Allí se festejaron en mi época muchos grupos britano-americanos. Texcoco, al otro lado del lago viniendo de la ciudad, era también un lugar favorito para pasar una excursión

por dos o tres días. Un festivo molinero francés brindaba hospitalidad en su casa, que estaba rodeada de terrenos encantadores, fuentes y arroyuelos de agua de la montaña. Las ruinas aztecas desparramadas profusamente sobre las vertientes de las colinas, proporcionaban objetos de interés y la hacienda o plantación de un rico vecino español, circundada por vastos campos sembrados de granos y por las plantas que producen el pulque (maguey) prestaba en el camino un lugar de lo más confortable y de ansiado descanso. Al otro lado del Valle, lugar favorito para celebrar kermesses, se encontraba el bello suburbio de San Ángel, donde la corriente que baja de la montaña, recién salida de su nívea fuente, se precipita en forma de cascada; y "El Desierto," amplio monasterio abandonado, oculto entre la espesura en lo alto de la montaña.

Todas estas excursiones por el Valle se efectuaban a caballo, portando invariablemente los caballeros armas de fuego, y cuando en la comitiva se encontraba un Ministro extranjero, el Gobierno enviaba una escolta militar de caballería. En los turbulentos tiempos de la Administración Lerdo y cuando se encontraba en actividad la revolución de Díaz, los salteadores volvían peligrosos los caminos a la vista misma de la Capital y los plagiarios hacían peligrosa la residencia en el campo. Las diligencias del interior las "paraban" con no poca frecuencia y los pasajeros tenían que entrar a la ciudad vestidos únicamente con periódicos. A mi llegada por primera vez me divertieron con la espeluznante historia del plagio de un rico hacendado o plantador, casi en la garita de la ciudad, contándome los horribles tormentos a que lo sujetaron para obligar a sus amigos a que dieran el enorme rescate que pedían. Con mucha frecuencia, estos inhumanos foragidos lograban arrancar el rescate, pero en este caso, gracias a la vigilancia del Gobierno, los plagiarios fueron descubiertos e inmediatamente, sin previo juicio, los colocaron contra el paredón y los fusilaron. La situación del país entonces traía a la memoria la época de los antiguos jueces hebreos "cuando," según cuenta la historia, "el camino real estaba vacío y los viajeros recorrían los senderos;" pero este estado de cosas no disuadía a la colonia extranjera para emprender días de campo y no parecía sino que aquello era un estímulo para las excursiones.

Los residentes americanos, ingleses, alemanes y franceses, hallaban entre ellos personas con quienes congeniar, pero no era una tarea fácil abrirse paso entre los círculos elevados mexicanos o españoles. Cuando logramos hablar el idioma y nos familiarizamos más con sus costumbres, ellos comenzaron a asistir a nuestras recepciones en la Legación y éramos huéspedes bien recibidos en sus casas; de este modo, antes que abandonáramos el país, contábamos entre nuestros más afectuosos amigos a las más elevadas clases de la sociedad mexicana. Se observaba cierta reticencia en esta sociedad para formar amistades con extranjeros; pero cuando se dominaba, se hallaba que eran de lo más cordial y hospitalarias. La mayor parte de las opulentas familias mexicanas habitaban cómodas mansiones; una vez dentro de un corto número de años, dan una gran "tertulia," o reunión vespertina, o baile, pero no acostumbraban dar comidas a las que se invitaran extranjeros. En sus haciendas o posesiones rurales, sin embargo, concedían una pródiga hospitalidad, en la que los extranjeros eran con frecuencia huéspedes a quienes gustosamente se les recibía.

Entre algunas familias extranjeras y miembros del Cuerpo Diplomático, estaba muy en boga dar comidas, pero el arte culinario era muy limitado en la mayor parte de los hogares mexicanos y los clubs sociales no se organizaron sino más tarde. Cuando había que ofrecer una gran comida o banquete, con frecuencia tenía que recurrirse a los restaurants populares o tivolis de los alrededores. Me acuerdo de una comida que sirvió Porraz, el francés propietario del principal tívoli, por haber causado una viva impresión en todos los concurrentes. Un caballero escocés, de California, casado con una encantadora americana, había pasado algunos meses en México tratando de obtener una concesión ferrocarrilera. En correspondencia de muchas atenciones de que había sido objeto, dió un gran convite, o "almuerzo," como le llamaron, en este tívoli. Las señoras y caballeros habían sido invitados para asistir a las doce, medio día, pero no se sentaron a la mesa sino hasta la una. La comida consistió de varios platillos, como se acostumbraba en tales fiestas, entreverados con brindis y discursos muy variados. La comida estuvo buena y bien servida, pero un poco fastidiosa, pues no dejamos la mesa sino hasta las cinco de la tarde; el rasgo más

saliente fué un hermoso servicio de porcelana de Sévres que Porraz acababa de traer de vuelta de su reciente viaje a París y que entonces se usó por primera vez, llamando la atención y envidia especialmente de las señoras. Pero la diversión no había terminado aún, pues nos dirigimos todos al boliche o nos sentamos a la sombra de los grandes árboles del jardín, a fumar, a tomar cordiales o beber té o pousse-café. La reunión no se dispersó sino hasta después de las seis y un gran número, nosotros entre ellos, nos dirigimos de prisa a la ciudad a descansar un rato y cambiarnos vestido, pues estábamos invitados por un diplomático a comer con él a las siete, como despedida al escocés proyectista de ferrocarriles. Haciendo grandes esfuerzos pudimos llegar a la casa de nuestro anfitrión a la hora señalada, satisfechos aún del almuerzo del tívoli, siendo introducidos al comedor para ser servidos por Porraz en su nueva porcelana de Sévres, precisamente con el mismo Menú con que se nos había obsequiado en el tívoli una hora antes más o menos!

Durante la primera parte de mi estancia en México, el Cuerpo Diplomático era muy reducido. Esto era debido al derrocamiento del llamado Imperio y a la ejecución de Maximiliano. A esos acontecimientos los siguió el retiro de los Ministros inglés, francés, español, austriaco y belga, por haber tenido participación todas esas naciones en la Convención Tripartita de 1861 contra el Gobierno Liberal, o haberse asociado para el sostenimiento del Imperio. Los Gobiernos italiano y alemán, libres de estos enredos, acreditaron sus Ministros ante la República bajo Juárez, y los españoles, que nunca vieron con buenos ojos la intervención, poco después enviaron su representante. Estos y un guatemalteco, formaban el Cuerpo Diplomático a mi llegada.

Debido a la ausencia de los representantes de las principales potencias europeas, se arrojó sobre los hombros de la Legación de EE. UU. un gran cúmulo de deberes extra-oficiales. De vez en cuando se solicitaban mis buenos oficios ante el Gobierno Mexicano, por ocho distintos países, a saber: Gran Bretaña, Francia, Austria, Bélgica, Suiza, Rusia, Suecia y Japón. Y como a veces le era necesario al Gobierno Mexicano comunicarse con alguno de esos países, volvían a solicitarse con ese objeto mis buenos oficios.

Con la mayor frecuencia se me pedía que obrara en representación de los intereses británicos. La primera nota que dirigí a la Secretaría de Relaciones Exteriores fué en representación de un establecimiento mercantil y bancario que trataba de presentar una reclamación por perjuicios causados por actos de las autoridades mexicanas. Por toda la República se hallaban establecidos, banqueros, comerciantes y compañías mineras inglesas y durante todo mi periodo de servicio se me solicitó repetidas veces para hacer representaciones a su favor.

Mis relaciones con los residentes británicos eran bastante íntimas y cordiales y ellos me consideraban como su Ministro *de facto* y el Ministerio de Relaciones Exteriores de Londres con frecuencia expresaba su agradecimiento por mis servicios y que querían haber cristalizado en forma de condecoraciones, pero afortunadamente, para bien de nuestro servicio extranjero, eso no lo permite nuestro Gobierno. También recibí de los otros gobiernos mencionados expresiones de agradecimiento por los buenos oficios prestados a sus súbditos y a sus intereses.

La población francesa de México era más numerosa que la británica, pero el género de sus negocios no eran de tal naturaleza que reclamara mucho de mi tiempo, aunque con frecuencia se solicitaran mis buenos servicios como en el caso de las Hermanas Franciscas de la Caridad, a que se refiere el capítulo siguiente. Estas hermanas, antes de partir, enviaron una delegación a la Legación para expresar su agradecimiento por mi intervención. El distanciamiento diplomático originado por el derrocamiento del régimen de Maximiliano, había desaparecido con el transcurso del tiempo, y durante la feliz administración del Presidente Díaz, todas las principales potencias, no sólo de Europa, sino del mundo, entablaron relaciones permanentes con su Gobierno. Con motivo de los cambios de los representantes y de mi elevado rango, pronto llegué a ser el Decano del Cuerpo Diplomático. Mis relaciones con mis colegas fueron siempre del carácter más cordial. El primer Ministro alemán durante mi residencia, el Conde Gustavo Enzenberg, era un diplomático experimentado y un caballero de ilustración, pero un poco excéntrico. Llevaba muy visibles cicatrices en la cara, las que no eran índice de servicios militares, sino que le habían sido cau-

sadas en duelos en sus días de estudiante. A la edad de setenta y seis años se enamoró de su sobrina que tenía menos de la mitad de su edad. Debido a su protestantismo y a su parentesco consanguíneo, hubo que pedir dispensa de la Iglesia, pues la sobrina era una ferviente católica y él no vaciló en quejarse entre sus íntimos amigos sobre que era un procedimiento muy costoso. La ceremonia del casamiento que se celebró en la capilla particular del Arzobispo, se verificó a las cuatro de la mañana. A petición especial que hizo, el Cuerpo Diplomático asistió a la ceremonia de riguroso uniforme. Como en el servicio de nuestro Gobierno está prohibido el traje diplomático, satisficé al antiguo Ministro asistiendo con el uniforme militar que usaba en el ejército. Como la boda se celebró al día siguiente de nuestro Día Nacional de Gracias, que estábamos celebrando con un baile en la Legación, "la seguimos" y nos fuimos del baile al Palacio del Arzobispo. Puede referirse otra historia de mis relaciones con mi venerable colega porque pone de manifiesto las deficiencias de mi educación y también las condiciones climatéricas de México. El Conde era apasionadamente afecto a la música, especialmente la de los maestros alemanes. Un paisano suyo, profesionalista de cierto renombre, estaba en la ciudad e invitó a una reunión escogida de sus amigos para escuchar en la Legación una música de cámara. Era la estación de lluvias y como una hora antes del tiempo fijado para la diversión se abrieron las cataratas del cielo y se precipitó tal torrente de lluvia como no había tenido igual durante años. Prácticamente, la ciudad no contaba en esa época con drenaje y las calles se inundaron de tal manera que se hacía peligroso emprender el viaje a la Legación a oscuras.

No había que pensar en que iría Mrs. Foster, pero temiendo que el Conde pudiera sufrir una desilusión de sus otros convidados, resolví asistir, teniendo la intención de presentar mis excusas y escaparme tan pronto como la música hubiese comenzado. Mas, he ahí que yo fui el único de los invitados que comparecieron; ¡eran tan amenazadores los elementos! Me supuse que se pospondría la fiesta, pero no; la pasión del Conde por la música no permitiría dejar pasar la oportunidad y el recital se ejecutó desde el principio hasta el fin y como no me era posible escaparme como había proyectado, me vi obligado a estarme dos horas sentado oyendo música

clásica, de la que no podía gozar por estar totalmente desprovisto de educación musical para poder distinguir, si no es con dificultad, una nota o un sonido de otro. Mi invitante, sin embargo, estaba entusiasmado. De buena gana yo me hubiera despedido así que sonó la última nota, pero se había preparado una soberbia cena, y mi hospitalario anfitrión no me permitió irme sino hasta que aquella estuviese servida. Poco después de media noche logré llegar en salvo a la Legación, para tranquilidad de mi sobresaltada esposa, que desde más temprano había esperado mi llegada.

Ya se ha hablado de la renovación de las relaciones diplomáticas con los gobiernos europeos, rotas desde la muerte de Maximiliano. La última en reanudar relaciones fué Austria, cuyo Archiduque había sido tan implacablemente matado por el Gobierno Republicano de México. Esta reanudación se debió a las delicadas atenciones del Gobierno Mexicano y a los honores que rindió el ejército cuando tuvo lugar la dedicación de la capilla expiatoria que se levantó en Querétaro en el sitio en que se fusiló a Maximiliano.

Extraña secuela ha seguido a la reanudación de relaciones. El primer Ministro mexicano que se nombró para Viena murió allá después de una enfermedad de dos días solamente, cuatro meses después de su llegada, y su sucesor, don José de Zenil, diplomático culto y de experiencia, tuvo un fin más desastroso aún, pues se le halló muerto en su cama una mañana, poco después de haber ocupado su puesto. Probablemente los mexicanos no son demasiado supersticiosos, pero han llegado a considerar a Austria como destinada a atraer desgracias sobre su país, no haciendo sino confirmar su convicción los repentinos fallecimientos de esos dos Ministros y Viena ya no la consideran los diplomáticos mexicanos como un puesto deseable.

A CABALLO ENTRE LAS MONTAÑAS

Combinando un estudio del país con el recreo, emprendíamos con frecuencia excursiones o viajes a los Estados más distantes de la República. Uno de éstos fué un viaje de Córdoba a Jalapa, en el Estado de Veracruz. Me encuentro con una narración de él, escrita por mí entonces, en una carta a una de mis hijas, en esa época en una escuela de EE. UU. Puesto que da una impresión viva de mi viaje, la transcribo aquí, aunque el estilo es algo familiar:

Veracruz, México, Enero 13 de 1875.

Mi querida Edith: Tu mamá y yo estamos ya de vuelta en la Legación después de un largo viaje a caballo, y como se nos presenta la oportunidad de mandar cartas por conducto de un vapor inglés que sale esta tarde para Galveston, me pareció que podría hacerte una rápida descripción de nuestro viaje. Salimos de la ciudad de México hace precisamente diez días y bajamos a Córdoba, a donde llegamos a la una y media de la tarde. El Dr. Russell ya nos tenía dispuestos los caballos y guía, y tan pronto como hubimos terminado nuestra comida emprendimos el viaje, con la intención de hacer la travesía por las montañas hasta Jalapa, más de cien millas distante. Nuestra comitiva se componía de Mamá, el Señor Gibbon, (mi Secretario Particular), yo, nuestro guía y un arriero. Como todo el mundo decía que el camino era seguro, no llevamos escolta, aunque el Gobierno nos la ofreció. Como se nos iba a agasajar en las haciendas del camino, temimos que los soldados fueran una carga para nuestros invitantes. Mamá trajo su silla consigo, pero todos los demás montamos en sillas mexicanas. Habrías gozado de vernos salir de Córdoba, llevando cada uno de nosotros sombreros mexicanos de anchas alas y avíos de montar, y nuestro equipaje atado a la espalda de los caballos de carga, espectáculo nuevo para americanos, llamando mucho la atención aún entre los nativos. Córdoba se halla casi a tres mil pies sobre el nivel

del mar y tuvimos qué ascender ocho mil pies y subir y bajar cordilleras de montañas, a caballo. Apenas acabábamos de salir de los callejones de Córdoba cuando comenzamos a subir, y la brillante luz solar que nos acompañó al salir se trocó en nubes bajas que el viento había repentinamente arrastrado y vimos caer la lluvia en las montañas. Al ir ascendiendo pronto penetramos a la zona de la lluvia, la que nos acompañó durante nuestras últimas diez millas de camino hasta llegar a la posada de nuestra primera noche, mas fué para nosotros una diversión porque íbamos bien cubiertos con nuestros impermeables y las nubes de lluvia, arrastradas sobre las cumbres y picachos, nos proporcionaron vistas especiales. Hasta después de oscurecer fué cuando llegamos a la puerta de la hacienda de "Monte Blanco."

Habiendo sido advertido el hacendado, Sr. V., por el Comandante Militar de Córdoba, de nuestra llegada, nos esperaba a la puerta para darnos la bienvenida tras de nuestra húmeda cabalgata, habiéndonos recibido alegremente. No bien nos habíamos quitado nuestros impermeables y "charravels," cuando ya se nos había servido vino, coñac, agua y cigarros, según estilo propio mexicano del que ya has oído hablar. Se nos sirvió una buena comida dentro de un tiempo razonable después de nuestra llegada y nos quedamos sorprendidos de la elegancia desplegada y de lo bien servida que estuvo en este paraje solitario de estas elevadas montañas. Conversamos por una hora después de la comida, durante la cual tuvimos que hacer uso de nuestros conocimientos de español, pues nadie en la casa hablaba una sola palabra de inglés. Se nos condujo después a nuestros cuartos, dotados de cómodas camas, donde disfrutamos de descanso, pasando una buena noche. La casa de esta hacienda fué construída en 1740 y se encuentra aún en buenas condiciones. Nuestra intención había sido partir al día siguiente, al romper el alba, puesto que teníamos que hacer una larga y penosa jornada, pero, como había llovido toda la noche, se nos dijo que las cuestas y barrancas estarían muy resbalosas y que haríamos mejor en esperar hasta después de haber salido el sol. Teniendo en consideración la jornada que nos esperaba, se le añadieron huevos y frijoles al desayuno general de pan y café. Nada habíamos visto de la hacienda la noche de nuestra llegada y nuestra sor-

presa y regocijo fueron mayores al contemplar el encantador panorama matinal, precisamente en el momento en que el sol comenzaba a iluminar las montañas y valles cubiertos de verdor. Al partir, nuestro genial huésped no nos permitió que nos despidiéramos, sino que montó a caballo y nos acompañó por su hacienda (de cuatro leguas de larga), hasta la última puerta. Su compañía nos fué tan interesante como instructiva, pues nos habló de todo lo que se refiere al cultivo de los productos, que son café, azúcar, tabaco, frijol y ganado. El camino que nos condujo hasta Jalapa no fué sino camino de herradura, por donde era imposible que pudiera pasar ningún carruaje, caminando siempre cruzando montañas y bajando y subiendo barrancas parecidas a las que viste en Regla, cerca de Pachuca. Se dice que éste es uno de los caminos más pintorescos de México, para recorrerse a caballo. Algunas veces viajábamos por tierra caliente y en seguida, en una o dos horas, alcanzábamos la tierra templada, pero siempre entre bosques de naranjos, plátanos o cafetos, sin perder casi nunca de vista las palmeras. En toda esta región montañosa llueve muchísimo más que en las mesetas de México y, por consecuencia, la vegetación es mucho más lozana, verde y exuberante. No se encuentran montañas peladas como las de las altas llanuras que circundan la ciudad de México y toda esa región, sino que las montañas y valles están cubiertos de una espesa vegetación como la que viste en los alrededores de Córdoba. Después de haber abandonado la hospitalaria hacienda de "Monte Blanco," arribamos repentinamente a un pueblo, aldea compuesta de quince o veinte casas, hermoso por su situación, posado como se halla en la vertiente de la montaña, pero no muy atractiva por sus edificios que en su mayor parte están construídos de otate con techos de paja. Está, sin embargo, rodeado de flores y de una vegetación tropical (esta región es famosa por sus orquídeas silvestres); el paso por sus callejuelas fué un conocimiento encantador. Una vez fuera del pueblo y habiendo atravesado un llano de dos millas, llegamos a una barranca, no muy profunda, pero que proporciona bellas perspectivas, con una corriente de agua clara en el fondo que se precipita y convierte en espuma al chocar contra las rocas, pero que no es demasiado grande para no poderla vadear a caballo. Después de trepar con dificultad sus empinadas

riberas, nos encontramos otra ancha y fértil llanura cultivada y cubierta de indios que araban con yuntas de bueyes. Más allá de la llanura nuestro sendero se volvió a internar en la montaña y allí, cómodamente resguardado al pie de las colinas, se encuentra el pueblo de Coscomatepec, a donde entramos, lugar de cierta importancia, con mil quinientos o dos mil habitantes. A un lado de la plaza se levanta una hermosa iglesia construída de piedra, y en el otro la casa municipal. La mayor parte de sus casas está construída de piedra o adobe (ladrillo secado al sol), con techos de teja, dando eso muestras evidentes de ser una población o ciudad de comodidades, puesto que los pueblos se componen de casas hechas principalmene de otate y con techos de paja. Como nuestro arriero tuvo qué mandar herrar sus caballos de carga, durante nuestra permanencia de una hora tuvimos oportunidad de examinar la población. Lo que principalmente llamó nuestra atención fué que los garitos funcionaban en plena calle. Los mexicanos son muy adictos al juego, si bien me dicen los viejos vecinos que se ha operado en este sentido un gran cambio en favor de la moralidad, entre la gente del pueblo, en esta última generación. Pero nosotros los americanos no podemos criticar con demasiada severidad a nuestros vecinos sobre el particular, si se tienen en cuenta los informes que rinde la policía de nuestras ciudades. Me viene también a la memoria lo que ví en el primer viaje que hice cruzando nuestro país hasta California, el primer año en que se abrió al tráfico el Ferrocarril del Pacífico. En Ogden tuvimos que transbordar como a media noche. Al descender de los carros notamos que la noche estaba iluminada por un gran número de luminarias y en frente de cada una de ellas había una mesa de juego que ostentaba montones de piezas de oro de águilas-dobles (\$20.00), los útiles del juego y al dueño invitando a voz en cuello a jugar, apareciendo las mesas con numerosa clientela. Una legua adelante de Coscomatepec llegamos a la famosa barranca de Jamapa, cuyo espectáculo recompensó ampliamente nuestro viaje. Su descenso perpendicular es casi de mil pies y su anchura en la parte superior es un poco más del doble de esa medida, empleando nosotros precisamente una hora para atravesarla. Apenas si puedo darte una idea de su belleza y selvática grandiosidad; su angosta vereda para mulas, a lo largo

de sus costados casi tajados, camino que fué tallado en la roca viva en la época de los antiguos virreyes españoles, pero que ahora está muy descuidado y descompuesto; la exuberante vegetación que cuelga de los riscos y rocosos lados; el rugiente torrente cubierto de espuma que corre por el fondo y cuyos lados une el sólido puente español; el gran panorama que ofrece la montaña cubierta de nieve, y el verde valle, son impresiones que por largo tiempo recordaremos. Parecía que el descenso era casi perpendicular y visto de arriba tenía el aspecto de que sería imposible bajar a pie, mucho menos a caballo, pero logramos salir avante a salvo, aunque mamá con mucha frecuencia decía que ella y el caballo caería sin duda hasta el fondo del precipicio. Después de cruzar el río por el puente de piedra, que descansa sobre un arco, comenzamos el ascenso; pero éste fue lento y penoso y fatigoso para nuestros caballos que seguían aquel sendero en zig-zag. Era ya casi medio día cuando llegamos a la cumbre y con placer nos desmontamos en una aldea de indios situada en la cúspide de la barranca y saboreamos con gusto el lunch que habíamos llevado, con el aditamento de tortillas calientes (grandes y delgadas tortitas hechas de maíz), que acababan de hacer y que nos sirvió una india. Todavía faltaban tres leguas más qué recorrer para llegar a nuestra posada de la noche, sobre un camino tan lleno de atractivos como el que habíamos recorrido antes de medio día, pasando por lomas y valles, hasta que, al ascender una cordillera que se elevaba como dos mil quinientos pies sobre el valle colindante, repentinamente apareció a nuestra vista la ciudad de Huatusco, en el sitio más lleno de romanticismo, sobre una elevada meseta, encerrada, por decirlo así, por las montañas y casi oculta bajo *alamedas de plátanos y mangos*. Los únicos caminos que conducen al lugar son caminos de herradura; no se encuentra allí ni un solo carro o carreta y probablemente jamás ha existido alguno. Es una de las poblaciones o ciudades de la República más bellamente situadas; es la Capital del Cantón o Distrito, con una población de siete a ocho mil habitantes. Posee una plaza agradable y una iglesia bastante imponente; la plaza es uno de los distintivos de todas las poblaciones mexicanas de ciertas pretensiones y de las ciudades, y la iglesia, o catedral, es el principal atractivo, y alrededor de la plaza se levantan la igle-

sia, los edificios públicos y las tiendas. En adición a esto, Huatusco posee calles bien pavimentadas y casas particulares sólidamente construidas. La principal casa para esparcimiento de viajeros ostentaba el raro letrero de "Posada Johnson" o, en inglés inteligible, "Hotel Johnson." El dueño tiene nombre inglés, pero no habla más que español. Su padre se estableció en el país hace más de cincuenta años y casó con una mexicana. El hijo nació en este lugar y es ciudadano mexicano. Como tú nunca has estado en un hotel en este país, puede interesarte la descripción que de él te haga. Toda nuestra cabalgata, en lugar de detenerse en la puerta de la calle para desmontar, como un hotel americano, entró inmediatamente por su hospitalaria puerta abierta hasta llegar a un patio cuadrado y pavimentado, que siempre se halla en las grandes casas mexicanas. Este patio está encerrado por un edificio de un piso, con un corredor o pórtico que ocupa todo el interior que da vista al patio. Los cuartos del hotel están en fila, con un puerta y una ventana que ven al corredor. La parte del corredor que está junto a la cocina, se usa como comedor, pues en este clima cálido es agradable comer "al aire libre." En el lado opuesto, o en un lugar más distante del mismo edificio, que desemboca igualmente sobre el patio, están las caballerizas, para caballos y otros animales. En esta posada tuvimos buen alojamiento para pasar la noche, con cuartos limpios, cómodas camas y una mesa bastante aceptable, combinación que no siempre se halla en los hoteles del campo o casas de huéspedes mexicanas. Contentos nos pusimos de desmontar y de aprovechar cuantas comodidades nos pudo ofrecer mi hostelero Johnson, pues nuestro día de jornada nos había sujetado a dura prueba. Habíamos caminado veinticuatro millas, que equivalían al doble de un buen camino. Tuvimos la fortuna de alojarnos en buen tiempo, porque poco después de nuestra llegada comenzó a llover y continuó lloviendo toda la noche sin interrupción. Como consecuencia, nuestro camino quedó en una situación deplorable para nuestra jornada del día siguiente; veredas húmedas y resbalosas sobre estas montañas, pero afortunadamente esta jornada era corta, únicamente de quince millas, para llegar a la célebre hacienda de "El Mirador." Probablemente te acordarás que el Conde y la Condesa de Enzenberg hablaban con frecuencia de

que querían visitar esta hacienda. El año pasado bajaron a Córdoba con intención de dirigirse a "El Mirador" y pasar allá un mes o dos con sus compatriotas, pero recibieron tan malas noticias del camino, que renunciaron al viaje y se volvieron a México. Por esto nos picó la curiosidad de desviarnos del camino directo de Jalapa e ir a "El Mirador," pudiendo de esta manera, a nuestro regreso, comunicarles nuestros informes. Partimos a la madrugada. El camino que sale de Huatusco, después de atravesar una barranca y un río, sigue por las empinadas vertientes de una cordillera que casi imposibilitaba a nuestras cabalgaduras poder subir, pues el lecho arcilloso del camino empapado por la lluvia de la noche anterior estaba tan resbaloso, que no podían afirmar sus pisadas; pero una vez que subimos obtuvimos un panorama espléndido. La niebla de la madrugada que se elevaba del húmedo valle acababa de levantarse sobre la ciudad, la cual se veía iluminada por los rayos de un sol naciente, y, por primera vez durante nuestro viaje, el nevado volcán de Orizaba, elevándose majestuosamente a más de dieciocho mil pies sobre el nivel del mar, era perfectamente visible. ¡Aquello era una hermosa vista panorámica! La niebla como orlada cortina, estaba suspendida sobre la ciudad y el valle, y el volcán, límpido, blanco y solitario, se destacaba por encima como el rey del escenario. Nuestro camino atravesaba una sucesión de lomas, que formaban un incesante cambio de subidas y bajadas pendientes y resbalosas, lo cual volvía la jornada peligrosa y cansada; el temor de una caída quedaba alguna vez compensado con poder andar un corto trecho por la superficie plana de una loma que nos permitía la oportunidad de gozar de aquella vista encantadora. Pero nosotros estábamos enteramente dispuestos a llegar a "El Mirador" y recibir la bienvenida del bondadoso propietario alemán y de su familia, quien, advertido de nuestra llegada desde la noche anterior, nos esperaba con un humeante almuerzo al estilo antiguo, para el cual nos había desarrollado un buen apetito nuestra ruda cabalgata de cuatro horas. Esta hacienda, que es la más bella que hasta ahora hemos visto en México, merece el nombre de "El Mirador" (perspectiva o vista), pues la habitación está situada sobre la cúspide de una colina de forma oval y que domina el campo por muchas millas en todas direcciones. Del corredor de uno de los

lados puede verse el volcán de Orizaba en toda su magnificencia y también el Cofre de Perote, que después del de Orizaba, es la montaña más alta de la región; Jalapa, "la ciudad jardín," arriba, del lado de la sierra y de otro corredor se pueden ver, a sesenta millas de distancia y cuando el día está claro, el embarcadero, el faro de Veracruz y el mar azul. Este punto está situado precisamente entre la tierra caliente y la tierra templada, gozando de un clima delicioso. El jardín, bajo un cultivo esmerado, causaba delicia el contemplarlo, pues no obstante que estamos en el mes de enero, está verde, fresco y florido como si fuera verano. Esta es la hacienda cafetera más grande de la República. En la actualidad tienen sembrados trescientos mil árboles y se proponen plantar este año cincuenta mil más, esperando tener un rendimiento en la actual cosecha de ciento cincuenta mil libras. El padre del dueño escribió uno de los mejores libros que hasta la fecha se han publicado sobre México. La familia está formada por personas inteligentes y de mérito. Tres de las hijas y un hijo se encuentran ahora en Alemania en la escuela, y en la primavera, la familia que quedó aquí visitará Alemania, dejarán allá las dos muchachas que están ahora aquí y se traerán a los otros. Todos ellos han leído bastantes obras de alemán y español y hablan inglés correctamente. Se manejaron con nosotros tan bondadosamente y parecieron regocijarse tanto de que estuviéramos en su casa (muy rara vez ven extranjeros), que resolvimos quedarnos otro día para disfrutar de su sociedad, del bello espectáculo, y del delicioso clima. Partimos a la mañana siguiente al amanecer (quinto día de nuestro viaje), porque teníamos que hacer una larga jornada a caballo para poder llegar a la primera hacienda con comodidades que se hallaba sobre nuestra vía y que distaba diecisiete leguas, o sean cosa de cuarenta y cinco millas. Inmediatamente frente a "El Mirador" se encontraba una gran barranca que teníamos que atravesar y sus costados son tan pendientes que nos vimos obligados a recorrer quince millas barranca abajo, para poder encontrar un lugar apropiado para cruzarla, y en seguida, el otro lado estaba tan empinado que tuvimos que desmontarnos y trepar a pie un buen tramo del camino; pero esto nos causó gozo, pues la perspectiva era grandiosa. Este día estuvo el sol muy ardiente, pues a

cosa de medio día atravesamos un valle de la tierra caliente y el calor nos hizo sufrir muchísimo por espacio de dos horas. Tuvi- mos también que atravesar un ancho río en una balsa, que es una especie de almadía o barca rústica formada de pértigas unidas por medio de mimbres o lianas. Tu mamá insistía en que nos íbamos a ahogar y se mantuvo firmemente adherida a mí con ambas manos, hasta que alcanzamos la ribera opuesta. Después de haber ascendido a una elevada montaña, en el momento en que anochece- mos a la hacienda donde íbamos a pasar la noche. Esta fué la más larga cabalgata de las que habíamos hecho, pero si no hubiera sido por el sol abrasador la hubiéramos pasado muy bien. A mí me sirvió mi práctica de campaña, pues pude soportar la cabalgata mejor que lo que me temía y que como lo hicimos todos; pero tu mamá y Mr. Gibbon estaban tan cansados que difícilmente pu- dieron esperar la cena antes de quedarse dormidos. A la mañana siguiente ya estábamos en la silla al romper el día y nos tocó pre- senciar otra espléndida salida de sol en las montañas. Después de un recorrido a caballo de tres horas, llegamos a la hermosa ciudad de Jalapa, fin de nuestra ecuestre expedición, habiendo recorrido por todo ciento veinte millas desde nuestra salida de Córdoba. Ha- llamos que el Gobernador de Veracruz, que vive aquí, había tomado cuartos para nosotros en el hotel y pronto nos repusimos de las fatigas del viaje, que resultó ser el más agradable de los que hasta el presente hemos hecho en México. Pasamos dos días muy agra- dables en Jalapa, acerca de lo cual no puedo darte detalles por es- crito. Esta ciudad está considerada como la más bellamente si- tuada de toda la República. Antes de ayer vinimos a este lugar en una diligencia durante la mitad del camino y la otra mitad la reco- rrimos en un ferrocarril de tracción animal que están construyen- do a Jalapa. El viaje en diligencia ha sido el más molesto de los que hasta ahora hemos hecho en México y tu mamá dice que habría preferido haber venido a caballo. Gozamos mucho con nuestra per- manencia en esta costa oceánica. Hace provecho aspirar esta fresca brisa marina. Pero debo poner punto final a esta carta porque el caballero que va a llevarla dice que el vapor sale dentro de una hora..."

Córdoba, la ciudad de donde emprendimos la excursión que acabo de narrar, hemos descubierto que es un lugar lleno de atractivos para hacerle cortas visitas, por estar situada en la región más pintoresca, precisamente en la división entre el clima ardiente de la costa y el más vigoroso de la meseta, y de fácil acceso a la Capital por ferrocarril.

No obstante sus muchos atractivos, Córdoba guarda para mí tristes recuerdos. Antes que yo entrara al servicio diplomático había trabado amistad con Fernando C. Willet, joven que había ido a Indiana justamente después de haberse graduado en el colegio de su Estado nativo, Vermont. Era él más joven que yo, pero su encantadora personalidad, su carácter amable y su talento, que lo hacían una promesa para el porvenir, habían creado en mí un gran afecto por él. Después de haber permanecido en México dos años, se presentó una vacante en la Secretaría de la Legación. Yo había oído decir que, debido a una afección pulmonar, Willet se había visto obligado a renunciar al estudio de la profesión que había elegido y había tenido que irse al Colorado en busca de salud. A petición mía, el Presidente lo nombró para que ocupase la vacante como Secretario de Legación y previo consejo de su médico aceptó y vino a la Capital de México, esperando y creyendo todos nosotros que su clima seco y la altura le sentaría bien, como les había pasado a muchos otros que sufrían de igual afección. Durante varios meses gozó de aparente buena salud y humor, conquistándose amigos entre todos los que se pusieron en contacto con él; pero la insidiosa enfermedad continuaba su obra aún y repentinamente se vió sorprendido por hemorragias. El médico le ordenó que buscara el clima de Córdoba, más suave y a menor elevación sobre el nivel del mar, a donde vino y se puso bajo el cuidado y compañía del Dr. Russell, médico americano radicado allí, pero poco tiempo después el Dr. Russell me escribió diciéndome que el pobre Willet se desmejoraba gradualmente y que había que mandarle a alguien que lo cuidara. En aquellos tiempos no había en México enfermeras recibidas y nadie había en el país que estuviera más obligado para con él que yo. Por espacio de cuatro semanas permanecí casi sin interrupción, solo, junto a su lecho, en una horrible posada u hotel. Fué una dura prueba el presenciar cómo

se desvanecía gradualmente la vida de aquella joven virilidad. Comprendiendo el peligro, luchó valerosamente contra la muerte; me dijo por qué tenía tantos deseos de vivir y me hablaba de sus grandes proyectos en la vida. El fin llegó como a media noche, en un cuarto desamueblado y sin comodidades, sólo conmigo para cerrarle los ojos! Su cuerpo fué trasladado a la ciudad de México y se le sepultó en el cementerio militar americano en presencia de numeroso concurso de amigos. La colonia americana mandó levantar un monumento apropiado sobre su tumba. La vida del pobre Willet no concluyó en aquella tumba. Además de su firme fe en una bienaventurada inmortalidad, aún en este mundo perpetuó su vida en las de una falange de amigos a quienes les comunicó su suave carácter y elevadas ambiciones.

Además de los rasgos que la embellecen por su vegetación, panorama y clima, Córdoba ha sido célebre en la historia política de México de hace luengos años. A principios del siglo diecisiete era el punto donde los virreyes españoles pasaban el invierno, resultando a la vez refugio muy aceptable de las comarcas costaneras azotadas por la fiebre y del enrarecido aire de la Capital. En 1821 celebró aquí Iturbide su Tratado o Convenio con el Virrey O'Donjú, que condujo a la Independencia de México y fundación de la República. Aquí fué donde hicieron alto los franceses, ingleses y españoles cuando su expedición tripartita de 1861. Aquí fué donde se estableció una colonia ex-Confederada a la terminación de nuestra Guerra Civil. Un gran número de los soldados de la "causa perdida," entre ellos los Generales Price, Magruder, Reynolds, Shelby y el Gobernador Isham G. Harris (que después fué miembro del Senado de los EE. UU.) se refugiaron en México, comprendiendo que ellos no podrían sufrir el Gobierno de "las estrellas y las barras." En 1865, Maximiliano, que se hallaba entonces en la cúspide de su poder, hizo que se separaran y midieran algunas propiedades para estos refugiados en el Valle de Córdoba, que constituyera una Colonia Americana. Estas propiedades habían sido confiscadas por el Gobierno de Juárez como fincas hipotecadas al Clero. A cada cabeza de familia le adjudicó Maximiliano un lote de terreno de ciento sesenta acres y a cada hombre soltero uno de ochenta, bajo ciertas condiciones sobre su coloniza-

ción, mejoras, cultivo, etc. Se formó en seguida una colonia de consideración, se nombró Alcalde al Gobernador Harris y se comenzaron a hacer activos preparativos para mejorar las tierras y sembrar.

Antes que hubieran permanecido en sus campos el tiempo suficiente para levantar la primera cosecha, una gran partida de Liberales cayó sobre ellos, tomándolos por imperialistas, se apoderaron de gran parte del ganado y de otros bienes y se llevaron a muchos colonos en calidad de prisioneros. Al fin fueron puestos en libertad a condición de abandonar el país y se les envió a los EE. UU. desde Alvarado y otros puertos del Golfo. Esta batida alarmó de tal modo a los colonos restantes que muchos de ellos abandonaron sus tierras y, a la caída de Maximiliano, casi todos volvieron a EE. UU. y la colonia resultó un fracaso.

A pesar del hecho de que los ex-Confederados que habían venido a México se les consideraba como enemigos del Gobierno Liberal, hay buenas razones para creer que el Presidente Juárez habría reconocido el acto de Maximiliano de establecer la colonia, hubiera prestado protección a los colonos en sus títulos y estimulado la existencia y desarrollo de la empresa si se hubiera quedado un número de consideración, pues el beneficio para la nación era manifiesto; pero como no quedaron más que dos o tres en sus tierras, ya fué inútil que el Gobierno continuara haciendo esfuerzos. Si los colonos hubieran sido un poco más constantes, podría existir hoy una grande y floreciente colonia americana en este rico y hermoso valle, ocupados en el cultivo y exportación de sus ricas cosechas. Pero mi opinión es que con el tiempo, cuando se les hubo amortiguado algo la aguda decepción de la "causa perdida," estos verdaderos americanos de corazón comenzaron a anhelar por volver a sus antiguos hogares y estaban enteramente resueltos a volverse a colocar otra vez a la sombra de la antigua enseña.

En mi época, el único antiguo ex-Confederado colono que sobraba era el Dr. Russell, de Alabama (a quien ya he mencionado), que había servido bajo las órdenes del General John T. Morgan, quien por muchos años, después, fué el distinguido Senador de Alabama, no pudiéndose encontrar en el Senado de los Estados Unidos un americano más resuelto. El Dr. se había "reconstruí-

do" completamente y llegamos a ser íntimos amigos. Había emprendido el cultivo del café en gran escala y su ambición era no volver a su tierra natal sino hasta que pudiera regresar con un buque cargado con el producto de sus propias tierras. Ese día nunca llegó. Aceptó el "dolce far niente" de aquel clima y paisaje encantadores; llevaba una vida sencilla; ensanchaba año por año sus posesiones cafeteras; atendía gratuitamente en su habilidad profesional a los males de los sencillos nativos de sus haciendas, y veinticinco años después que abandoné el país, murió de edad avanzada en su casa de Córdoba, grandemente estimado y llorado por sus vecinos y dependientes.

MEXICO BAJO EL GOBIERNO DE LERDO

En la época en que yo me establecí en México, el país sufría aún a consecuencia de la larga lucha del Partido Liberal contra los clericales durante la Guerra de Reforma, que comenzó en 1857 y terminó con la caída y ejecución de Maximiliano en 1867. Frescos estaban aún en la imaginación pública los días del pseudo-imperio y la trágica muerte del Emperador. Con frecuencia me divertían los que habían tomado parte, con las narraciones de incidentes de aquella época de conmociones.

El Presidente de la República a quien entregué mis credenciales, Sebastián Lerdo de Tejada, había sido uno de los activos jefes del movimiento liberal o de reforma y se le achacaba generalmente haber sido el que decidió el destino de Maximiliano. No obstante que Juárez, jefe del Partido Liberal y entonces Presidente, era un hombre de gran firmeza de carácter, se conmovió mucho por la interposición del Gobierno de los EE. UU. en sus esfuerzos para conseguir la salida pacífica de Maximiliano del país. Juárez tenía en gran estima los servicios que los EE. UU. le habían prestado a la causa liberal durante la guerra y tenía tendencias a la misericordia; pero el Sr. Lerdo comprendió que la República había sufrido tanto a manos de los monárquistas, que debería infligirse un castigo de tal naturaleza a los jefes del movimiento, que sirviera de una advertencia efectiva contra toda clase de futuros intentos para derrocar las instituciones democráticas del país, y su actitud resuelta fué la que ocasionó la ejecución del jefe del efímero imperio.

Lerdo había ascendido a la Presidencia con motivo de la repentina muerte de Juárez en 1872, y precisamente antes de mi llegada, acababa de ser electo por un voto casi unánime para desempeñar otro período constitucional de cuatro años. Uno de los primeros actos de su segundo período, fué la promulgación, como formando parte de la Constitución Federal, de las que se conocen con el nombre de Leyes de Reforma. Estas leyes habían constituido el grito

de guerra del Partido Liberal cuando comenzó de nuevo su lucha contra los clericales de 1858; se les había adoptado como ley en 1859 y después de la caída de Maximiliano habían sido aprobadas por los Estados como reforma constitucional. En 1873 fueron publicadas con toda ceremonia como formando parte de la ley orgánica. Este acto de ser publicadas fué la consumación final de la gran lucha del Partido Liberal. La Reforma estatuye la independencia, uno de otro, de la Iglesia y el Estado, y prohíbe la expedición de leyes que establezcan o prohíban religión alguna; declara que el matrimonio es un contrato civil y concede jurisdicción exclusiva a la autoridad civil para celebrar este o cualesquiera otros actos personales civiles; prohíbe a las corporaciones religiosas la adquisición de bienes inmuebles o de capitales impuestos sobre hipotecas, excepto los que se dedican a determinados actos de la iglesia; anula toda clase de juramentos religiosos y declara ilegal la existencia de órdenes monásticas. Estas disposiciones han sido suplementadas también por leyes que prohíben toda clase de procesiones religiosas y el usar hábitos monásticos en la calle.

Yo transmití a Washington la copia de la proclama del Presidente que encarnaba las leyes de Reforma, a las que yo consideraba como el acto que coronaba el triunfo del Gobierno Liberal en su larga contienda con el Partido Conservador. En contestación, recibí instrucciones del Secretario Fish para expresar al Gobierno Mexicano las felicitaciones de los Estados Unidos por la adopción de las reformas, como un gran paso en la senda del progreso, especialmente para una república y que lo que la experiencia de lo que tenía lugar en nuestro país mostraba que estas medidas no habían tendido a debilitar los justos intereses de la religión.

El Gobierno de México quedó muy complacido con este acto del Secretario Fish; por orden del Presidente Lerdo, el Ministro de Relaciones Exteriores leyó la correspondencia en el Congreso Nacional; el Presidente del Congreso, en nombre de ese cuerpo, expresó la satisfacción con que la asamblea había recibido la felicitación y por voto del Congreso se insertó la correspondencia en el Diario. Este acto llamó la atención general y dió motivo a comentarios en toda la República. Este acto de nuestro Gobierno fué tanto más halagador al Partido Liberal de México cuanto que el

Papa de Roma había denunciado las Leyes de Reforma como un impío ataque contra la Iglesia y su promulgación había hecho hervir de nuevo el antiguo fanatismo religioso del país y su odio al Gobierno.

Todas las órdenes monásticas y comunidades religiosas se habían disuelto desde hacía algún tiempo y a sus miembros se les había obligado a abandonar el país o dedicarse a otras actividades, con excepción de las Hermanas de la Caridad, a quienes se les había consentido con motivo de su labor humanitaria en los hospitales y asilos similares. Pero ahora que con tanta pompa se habían incorporado a la Constitución las Leyes de Reforma, el Gobierno comprendió que para ser consecuente era indispensable que sus disposiciones se pusieran en vigor con toda imparcialidad y se expedieron órdenes a fin de que las Hermanas de la Caridad cesaran en su vocación o abandonaran el país. El Secretario de Estado me dió instrucciones, a pedimento del Gobierno francés, por no haber entonces Ministro de Francia en México, que interviniera en representación de los miembros franceses de la orden, que eran quienes constituían la mayoría, para conseguir una prórroga para su partida. Con facilidad llené este cometido, pues el Gobierno les concedió todo el tiempo que racionalmente necesitaran. Pero las órdenes del Gobierno hicieron que los adictos a la Iglesia prorrumpieran en nuevas demostraciones de indignación. La oposición se patentizó en forma inconfundible en lo que se llamó las "protestas de las señoras," documentos que se redactaron con el ostensible objeto de expresar la aflicción por la partida de las Hermanas de la Caridad; pero cuyo objeto verdadero y efectivo era atacar y denunciar el Gobierno actual y debilitar su influencia entre el pueblo. Estas "protestas" contenían gran número de firmas y se publicaron en todo el país, figurando entre ellas los nombres de las esposas e hijas de muchos miembros del Congreso y funcionarios federales, así como los de ciudadanos de significación por su influencia y riqueza. El asunto se discutió con gran aspereza por la prensa conservadora o católica por una parte y por la prensa liberal por la otra. La discusión tuvo por resultado el que se unieran los sostenedores del Gobierno en defensa de las leyes, a las

que se consideraba como la consecuencia natural de la gran lucha por la que felizmente había pasado el país.

Esta manifestación fué el último esfuerzo concertado del partido clerical hecho públicamente para resistir el que se pusieran en vigor estas importantes leyes. No obstante que la gran masa del pueblo permanece fiel a la Iglesia católica, han aceptado el resultado como un hecho consumado y permanente y los preladados y el pueblo se han acomodado a las innovadas condiciones. La Iglesia misma no ha sufrido materialmente con el cambio. Ha pasado una generación después de la promulgación de las Leyes de Reforma como parte de la Constitución y la fe católica parece estar tan firmemente arraigada en el país como nunca. La diferencia notable que se observa sobre el pasado es que el clero ha cesado de tomar parte o tratado de controlar los asuntos políticos de la nación.

La larga lucha por la separación de la Iglesia y el Estado que cristalizó con el triunfo de los principios liberales, tuvo una gran importancia en la promoción de la paz y prosperidad del país; pero la lucha no estaba reducida a México en su saludable influencia: se sintió en toda la América Latina. Cuando Juárez y su cuerpo de reformadores proclamaron por primera vez el principio de "Una Iglesia libre dentro de un Estado libre," la religión católica era la religión de Estado de todos los Gobiernos que se hallan al Sur de los EE. UU. en el hemisferio occidental, sin tolerancia de ninguna otra. El partido liberal en México daba la batalla de un "Estado libre" en beneficio de todas ellas y hoy, con unas cuantas excepciones, estos Gobiernos están totalmente separados de la Iglesia, prevaleciendo la tolerancia religiosa.

Al estudiar las instituciones y costumbres de México, se fijó mi atención desde el principio en los partidos políticos y las elecciones. Habiendo tomado alguna participación en la política de mi país y habiendo estado últimamente encargado de una campaña electoral, me sentía naturalmente interesado en examinar estas instituciones en nuestra vecina república hermana, donde, según la Constitución, el sufragio era libre y universal. Descubrí que, durante los últimos veinte años, el país había estado dividido en dos partidos que luchaban por grandes principios de gobierno que eran

de vital importancia para la paz y prosperidad de la nación; pero que esas lides se habían resuelto no por haber recurrido a campañas electorales y a las ánforas, sino que habían apelado a las armas y que el resultado se había obtenido en el campo de batalla.

Cuando por el arbitrio de la guerra triunfaron los liberales, los conservadores no tan sólo rindieron las armas, sino que se retiraron de toda participación política y del ejercicio de la franquicia electoral. En lo sucesivo, las campañas políticas se convirtieron en luchas de personas, no de principios, puesto que el partido liberal era el único que tomaba parte en ellas. Y lo que es aún peor, parecía que existía la convicción entre los electores que el partido imperante tenía en su poder el resultado de la elección en favor de su candidato, sin preocuparse de los votos recogidos en las ánforas. De esta manera sucedió que, a la caída de Maximiliano, cuando Juárez se convirtió en candidato para la reelección, los amigos del General Díaz, que eran muy numerosos en toda la República, se unieron en apoyo de Díaz; pero antes de que terminara la campaña pretendieron que se les iba a cohibir por la Administración en las casillas electorales o a hacérseles fraudes en la votación, y fundados en eso se rehusaron a tomar parte en la elección, pero en varias partes del país trataron de organizar una revolución armada. Precisamente antes de llegar yo a México, Lerdo había sido declarado electo por una casi unanimidad de votos, habiendo recibido Díaz solamente un voto en la capital y unas cuantas docenas en el resto de la República, a pesar de que se sabía que tenía muchos partidarios en todo el país. Durante los siete años que permanecí en México, visité con frecuencia las casillas electorales en días de elección, mas nunca ví que un ciudadano depositara un voto y rara vez encontré personal alguno en las casillas, además de los empleados para la elección. Un comerciante americano, que había residido por muchos años en la ciudad de Oaxaca y que se había captado la estimación del pueblo, en contestación a mi pregunta acerca de las elecciones, dijo que una de las casillas se establecía siempre cerca de su tienda y que generalmente él se pasaba la mayor parte del día de la elección charlando en compañía de miembros de la "mesa" (mesa electoral). Me expuso que era una ocurrencia muy rara que algún ciudadano vinie-

ra a votar a la casilla, siendo los empleados instaladores de la casilla las únicas personas que votaban, quienes llevaban a cabo el acto con la gravedad más ceremoniosa imaginable. Todo el mundo sabía que las elecciones eran una farsa; los funcionarios que había que "elegir" eran designados por el Gobernador y un grupo especial y la lista de los electos se conocía generalmente antes de tener lugar la elección. En contestación a una pregunta, dijo que a un indio (la inmensa mayoría de la población es de esa raza) no se le podía inducir a ir a la casilla electoral a menos que se le atara fuertemente una soga al cuello y de la otra extremidad se le tirara a cabeza de silla con fuerza suficiente para vencer su resistencia muscular. A mi vuelta a México hace algunos años, después de una ausencia de veinte, me encontré con un muchacho que había sido mi conocido durante mi permanencia como Ministro. Le pregunté acerca de su actual ocupación o profesión. Me dijo la clase de negocio en que se ocupaba, pero añadió "también soy diputado." Lo felicité. "Sí," me dijo él, "a mí no me llamaba mucho la atención, pero D. Porfirio (forma en que los amigos llaman al Presidente) dijo que le gustaría verme en el Congreso." Representaba un Estado al que nunca había visitado y venía por un distrito del que nunca había oído hablar.

Mi colega alemán, profundo observador, discutiendo este asunto conmigo, me dijo: "En este país no hay sufragio popular y no puede haberlo en esta generación por dos razones: Primera, la falta de inteligencia de parte de las masas; segunda, la convicción general de que los votos emitidos los manipulan de tal modo las autoridades que no hay seguridad que el resultado salga de acuerdo con los deseos de los votantes. Las masas (los indios) no votan por indiferencia y por ignorancia. Si votaran lo harían en el sentido que les indicaran los sacerdotes, porque tienen sobre ellos grandísima influencia. Los sacerdotes no ponen en juego su influencia, en parte debido a su abstención de la política y en parte por la convicción que abrigan que de nada serviría hacerlo en contra de los políticos que están en el poder. La gente instruida no vota, por regla general, por la misma razón, la falta de confianza por el resultado correcto de la votación." En mi época, este alejamiento de las casillas era generalmente reconocido por la prensa. La pren-

sa independiente lo deploraba; la oposición achacaba la responsabilidad de esto a lo que se llamaba los actos ilegales y prácticas arbitrarias de la Administración. De un periódico independiente que gozaba de crédito, recorté durante mi residencia lo siguiente: "Ayer en la tarde, a la una, el Sr. A. M., diputado, se encontraba en la casilla que tenía la obligación de instalar, cuando un amigo que llegaba le preguntó cómo iba la elección. La contestación fué que nadie había venido a votar por lo que no había podido instalar la casilla. "Entonces tendrás que cerrar la casilla e informar del hecho." "De ninguna manera," contestó el Sr. M., "aquí traigo la lista de las personas que debían votar y por ella voy a formar mi lista de escrutinio y dar cuenta con el resultado. Se me mandó que haga esto y no puedo dejar de hacerlo." Garantizamos la exacta veracidad de la anécdota."

Estos comentarios sobre la franquicia electoral en México no son aplicables a todas las elecciones; en las elecciones locales y municipales se entra con frecuencia en una campaña animada, en que las ánforas juegan un papel de importancia. Volveré a ocuparme de este asunto cuando pase revista a la administración del Presidente Díaz. Puedo observar, no obstante, que este defecto en el ejercicio de la franquicia no es peculiar de México, sino que es común a las naciones latino-americanas con pocas excepciones. La falta de educación de las masas las hace indiferentes e incapaces de hacer un uso inteligente del sufragio y las prolongadas luchas que siguieron después de su independencia acostumbraron al pueblo a dirimir sus diferencias políticas por medio de las armas. Además, durante su vida colonial no llegaron a gozar en ningún grado del gobierno local autónomo de que gozaron las colonias britano-americanas. No será antes de que la educación se halle más generalmente difundida entre las masas cuando racionalmente pueda esperarse que esos países se gobiernen haciendo uso de la libertad electoral. La larga lucha que siguió a la separación del Gobierno de la Iglesia Católica Romana, a que me he referido, produjo naturalmente algunas manifestaciones de revuelta religiosa entre el pueblo, con tendencia al establecimiento de congregaciones protestantes, pero ningún nativo prominente o de influencia pareció ponerse al frente del movimiento. Por consecuencia, su dirección la

asumieron ministros misioneros de los Estados Unidos. La primera en entrar al campo fué la Iglesia Episcopal Protestante, pero pronto la siguieron la Presbiteriana, la Metodista, la Bautista, la Cuáquera y las de otras denominaciones. Estos movimientos causaron naturalmente oposición de parte de los adictos a la Iglesia Católica. En los primeros días del período del Presidente Lerdo, una delegación de misioneros americanos le hizo una visita para ofrecerle sus respetos y presentaron un memorial solicitando alguna seguridad de su disposición para proteger a los protestantes en el ejercicio de su religión. El Presidente los recibió cordialmente, dándoles una diligente contestación que les dejó enteramente satisfechos y cuya sustancia se dijo que era como sigue: "Que la Constitución de México garantiza de la manera más absoluta y sin reservas, la tolerancia y protección de todas las opiniones religiosas. Que aunque el fanatismo de otras formas de religión podría algunas veces excitar disturbios populares contra los protestantes, él estaba seguro que la opinión de todas las clases ilustradas de la sociedad favorecían ardientemente una tolerancia completa y que él sería responsable de la conducta de las autoridades que dependieran directamente del Gobierno federal. Que además de la obligación constitucional de proteger la libertad religiosa, el Gobierno tiene placer en manifestar que los maestros de la doctrina protestante se habían distinguido en México por su conducta como ciudadanos respetuosos de la ley, sin que haya llegado a su conocimiento un solo caso en sentido contrario; que su labor siempre ha tendido uniformemente hacia la ilustración del pueblo, sin ocuparse de disputas sectarias y contrayéndose a la propagación de doctrinas de sana moral y religión práctica; que el Gobierno no sólo usará de la mayor diligencia para castigar todas las infracciones de libertad religiosa, sino que es altamente de desear que los maestros protestantes lo capaciten para poder tomar medidas eficaces para impedir tales abusos, siempre que haya motivo para temer que ocurran; que él tiene gusto en formar relaciones de amistad con los que tan concienzuda y arduamente se han dedicado a un objeto de utilidad pública."

No obstante estas seguridades oficiales, se molestó y persiguió a los protestantes de varios modos. Siempre que se comenzaba a

operar en un nuevo campo aquello despertaba oposición y hacía necesaria la intervención de las autoridades, la cual se proporcionaba generalmente de buena voluntad, pero después de algún tiempo cesaban las hostilidades descubiertas. Durante mi permanencia se dieron pocos casos de motines religiosos en que hubiera pérdida de vidas. En un caso asesinaron a un misionero americano. Las autoridades obraron con energía al arrestar a los promotores del motín, pero los juzgados condujeron el asunto con las acostumbradas moratorias. Finalmente, dieciocho meses después de haberse cometido el asesinato, se declararon culpables a cinco personas, que fueron ejecutadas. Esta empresa de las misiones ocasionó la visita a la capital de varios prominentes hombres de iglesia americanos, figurando entre los más distinguidos el Obispo Methew Simpson, de la Iglesia Metodista. Pocos hombres de las iglesias americanas desempeñaron una carrera más útil o poseyeron talentos más eminentes. Fué recibido por el Presidente Lerdo y en el curso de la entrevista éste repitió en síntesis las declaraciones que se acaban de copiar, que el año anterior se le habían hecho a la delegación. El Obispo trató de fijar en la mente del Presidente el gran interés político que tenía el Gobierno en la división de la población en diferentes denominaciones religiosas, en lo que cordialmente asintió el Sr. Lerdo. Se le dió la bienvenida como huésped en uno de los banquetes públicos que dió la colonia americana durante su permanencia, al que asistieron el cuerpo diplomático y varios empleados mexicanos. Un extracto de su alocución en esa vez dará idea de su garbo oratorio.

Dijo: "Algunas veces he pensado que nuestras banderas nacionales representan la actual condición de las dos naciones. El águila mexicana está posada sobre el nopal llevando en el pico la serpiente; la nuestra se remonta entre las estrellas. Entre nosotros la lucha ha terminado, se ha obtenido la victoria y en su altivo triunfo, portando no obstante el símbolo de la paz, el águila, sin trabas ni restricciones, busca el alto cielo. México, como república, es más joven, apenas ha terminado su media centuria; todavía está combatiendo. Su águila ha cogido la serpiente de la ignorancia, de la superstición y del desorden y está domeñando su poder; ya se le notan las contorsiones de la agonía y pronto será arrojada iná-

nime al suelo. Entonces, la victoriosa águila mexicana se remontará también porque tiene derecho a volar tan alto como la nuestra. Sus cielos son más serenos y sus montañas más elevadas que las nuestras; el Popocatepetl ostenta una corona más elevada que la de la montaña Hood, y el Pico de Pike se inclina graciosamente ante la Mujer Vestida de Blanco."

Las misiones y congregaciones protestantes están bien extendidas por toda la República. Han desarrollado actividad en la organización de las escuelas primarias y superiores. Están publicando un gran número de diarios religiosos y hacen uso de la prensa con liberalidad. Sus repartidores llevan la Biblia a casi todas las comunidades. Sin embargo, en la predicación es en lo que más confían para la propagación de su causa y a este fin han fundado escuelas de entrenamiento para la educación de ministros nativos. Pero a pesar de su actividad no han hecho grandes conquistas entre los adherentes católicos, o de una manera ostensible haber creado desafecho entre la masa del pueblo y la antigua fe. Su éxito, no obstante, ha sido proporcionado al esfuerzo desarrollado por los protestantes en otros países católicos.

A la vez que el movimiento protestante no puede pretender haber tenido éxito entre las multitudes de adherentes, bajo otros aspectos ha obtenido una influencia notable sobre la Iglesia Católica de México. Esta se ha puesto en movimiento por la rivalidad para desarrollar mayor atención a sus escuelas parroquiales y ha modernizado el carácter de la instrucción. La Biblia ya no es un libro cerrado para los católicos. En tiempos pasados, antes del advenimiento del protestantismo, muy pocos sermones se oían en las grandes catedrales e iglesias parroquiales. Ahora se dice un sermón los domingos en la mayor parte de ellas y aún celebran con frecuencia "misiones," o lo que comúnmente se llama servicios de despertar religioso. El resultado ha sido que las iglesias, grandes y pequeñas, han sufrido una transformación con la introducción de bancas o asientos, que antes eran casi desconocidos, de modo que los fieles pueden oír el sermón con provecho y bajo otros conceptos se las tiene barridas y adornadas. Se ha prestado mayor atención a la educación y preparación para el sacerdocio y los obispos han vigilado más cuidadosamente de la moral del bajo

clero. Bajo este respecto, el protestantismo ha resucitado un espíritu de rivalidad en la antigua religión, despertando sus energías a una vida y actividad nuevas.

Durante mi misión en México tuve la buena fortuna (sic) de encontrarme con el hombre que, bajo muchos conceptos, puede considerársele como el personaje de mayor relieve en la historia de la República, Santa Anna. Comenzó su carrera pública con la independencia y tomó activa participación en casi todos los movimientos que trastornaron el atribulado país, hasta su muerte, en 1876, habiendo sido repetidas veces dictador o Presidente con facultades extraordinarias y a su vez desterrado e impotente. En los Estados Unidos se le conoce mejor por el importante papel que desempeñó en la lucha por la independencia de Texas y durante la guerra mexicana de 1846-48. Su filiación tendía generalmente al lado del partido conservador; pero como no lo molestaban mucho los escrupulos, con facilidad cambiaba de partido.

Debido a sus maquinaciones contra el Gobierno de Juárez, se expidió contra él una sentencia de destierro por ocho años, en 1867, pero en 1870 se publicó una ley general de amnistía para delitos políticos y volvió al país en 1874, estableciendo tranquilamente su residencia en la Villa de Guadalupe, en los alrededores de la capital. Su vuelta no llamó la atención, fuera de un artículo corto de un periódico. Le hice una visita en su modesta habitación, habiendo sido recibido por él cordialmente. Le encontré muy agobiado por la edad; pero conservando aún su porte militar y expresándose con gran franqueza. Sus principales puntos de conversación eran sobre el pasado, hablando con especial interés acerca de su visita a los Estados Unidos, después de su captura en 1836 por los texanos y del buen recibimiento de que fué objeto. Pocos meses después de mi visita se anunció su muerte y se le sepultó tranquilamente como un ciudadano particular, habiendo acompañado sus despojos al cementerio, solamente unos cuantos parientes. Recordando el gran poder que ejerció al frente del Gobierno, nos viene a la memoria el destino de otro guerrero de mayor nombradía: "No fué sino ayer cuando la palabra del César podría haberse enfrentado al mundo; ahora yace ahí y no hay quien sea tan pobre que lo venera."

El año en que murió Santa Anna, D. Carlos de Borbón, pretendiente al trono español, hizo a la capital una visita de unas pocas semanas. Se le recibió cortésmente, excepto en los círculos oficiales, recibiendo atenciones especiales de determinadas personas y familias de origen español, partidarios del antiguo partido conservador de la Iglesia. Parece que el objeto de su visita fué de carácter meramente recreativo.

En 1875, en relación con una gira por los EE. UU., la Marquesa Adelaída Ristori visitó México y durante su permanencia en la capital tuve gran contacto social con ella. Fué huésped de mi íntimo colega el Ministro italiano, me hizo varias visitas a mi casa y entablaron estrecha amistad ella y la Sra. de Foster. La considero como una de las mujeres más notables que jamás haya encontrado, tanto intelectual como socialmente. En esa época había alcanzado ella el zenit de su fama, colocándose en la primera fila de las artistas trágicas del mundo y a quien los grandes monarcas de Europa habían inundado de regalos y cosechado los aplausos del gusto más refinado y artístico de ambos hemisferios. Después de una larga carrera en el teatro se retiró a Roma, con una amplia fortuna, dedicando su tiempo a ejercer la caridad y a la muchedumbre de amigos y admiradores. Celebró con inusitada brillantez su octogésimo aniversario en 1902 y vivió hasta la edad de ochenta y cinco años.

UN VIAJE A OAXACA

Disfrutamos tanto con nuestra excursión de Córdoba a Jalapa que en el siguiente verano emprendimos otra al entonces más inaccesible y más famoso Estado de Oaxaca. Nuestra comitiva estaba formada por el Ministro italiano, Caballero Biagi, el Dr. Richardson y su esposa, de Nueva Orleans, mi esposa y yo. Fuimos desde la capital hasta Boca del Monte en ferrocarril; de allí, el segundo día hicimos la jornada de catorce leguas en diligencia hasta Tehuacán donde encontramos un hotel cómodo; y el tercer día, también por diligencia, cubrimos una distancia de veinte leguas hasta Tecomavaca, con mal alojamiento por la noche. El resto del viaje, como cien millas por el corazón de la cordillera de la Sierra Madre, a la ciudad de Oaxaca, lo hicimos a caballo y empleamos tres días. Las impresiones y escenas fueron muy parecidas a las que tuvimos en el viaje de Córdoba a Jalapa, con dos excepciones, una agradable y la otra lo contrario. Sufrimos menos días de lluvia y las veredas, aunque ásperas, no eran tan difíciles. Por otra parte, no tuvimos tan agradable acomodo durante las noches, pues el país es más selvático y despoblado. Una noche tuvimos qué recurrir a una cabaña de que hacían uso los arrieros que llevan sus atajos y nuestras camas las formamos con hojas de maíz que cortamos en un campo vecino.

No hay un Estado en la República que tenga más objetos y asociaciones interesantes o de atractivo natural para el visitante, que Oaxaca. Este es el lugar de origen de la raza zapoteca, una de las más guerreras, inteligentes y civilizadas de todas las que existían en tiempo de la conquista española. Cortés escogió Oaxaca como parte de las posesiones que le concedió el Rey de España en recompensa por su gran conquista, y él y sus descendientes llevaron el título de "Marqués del Valle" (de Oaxaca). La ciudad se fundó por edicto del Emperador Carlos V, en 1532. Desde el comienzo de la guerra de Independencia ha tenido práctica belicosa: en 1812,

el heroico Morelos se las arrebató a los españoles por asalto; Santa Anna la sitió y tomó en 1828; en 1833 sufrió otro sitio; después el célebre sitio de los franceses en 1865 y su captura por Porfirio Díaz en 1866.

El Estado se ha señalado por su espíritu independiente y por el carácter belicoso de su pueblo. Fué la cuna de Juárez y el movimiento de Reforma se promulgó aquí, donde recibió su principal apoyo. Fué también el lugar de nacimiento de Díaz. Su primer "plan" revolucionario, o plataforma, de 1871 (Plan de la Noria) y el de Tuxtepec en 1876, se publicaron aquí y de este Estado organizó con los *serranos* (montañeses) el ejército que derribó a Lerdo, ascendiendo él al poder.

De la ciudad de Oaxaca emprendió nuestra comitiva varias pequeñas excursiones en que se empleaban tres días, para ver algunas de las maravillas de la comarca, siendo una de ellas El Tule, gigantesco y maravilloso árbol de ciprés, y a Mitla, para examinar las célebres ruinas arquitectónicas de ese lugar. Nos acompañó el Gobernador del Estado, quien nos declaró sus huéspedes y en todas las ciudades y aldeas se nos recibió con música, fuegos artificiales y arcos de flores. Estos lugares los conoce el público tan bien por los libros de viajes y por los escritos sobre arqueología, que no necesito extenderme sobre ellos.

Pero otro de los lugares que vistamos, Cuilápam, es tan poco conocido y tan lleno de interés, que exige alguna observación ulterior. Esta aldea se halla a tres leguas al Suroeste de la ciudad de Oaxaca, en los confines del exuberante Valle de Zimatlán. En los siglos anteriores a la conquista española y antes que esta región fuese subyugada por los aztecas del valle de México, esta aldea se hallaba en los linderos entre los reinos rivales de los mixtecos y los zapotecos. En el terreno elevado que se halla al Oeste se levantaba una torre de vigía de los mixtecos, desde donde observaban los movimientos del enemigo. Todavía se conservan entre los indios, cual si fuesen tesoros, muchas tradiciones de cruentos hechos y conmovedores acontecimientos que tuvieron lugar hace siglos en un pueblo, cuyos vestigios de civilización y proezas se encuentran aún en estos valles, que son objeto de nuestro asombro y admiración.

Del lado de la antigua torre del vigía de los indios, los frailes dominicos edificaron una enorme iglesia y convento en los primeros días del gobierno virreinal de México, la cual, con sus torres y sólidos muros tiene el aspecto de una fortaleza feudal. Hace mucho tiempo que el convento ha sido abandonado por los frailes y al presente no es sino una inmensa desolación de pórticos, corredores, capillas y celdas de monjes, iguales a las ruinas que se encuentran desparramadas por toda la República, siendo testimonios de la desaparecida grandeza y opulencia de la Iglesia. Pasamos algunas horas con gran interés vagando por entre aquellos derruidos edificios abandonados de todos, excepto de los murciélagos que han encontrado ahí un tranquilo hogar; en leer las desvanecidas inscripciones en latín sobre muros estucados; tratando de indagar en las lápidas del cementerio la historia de los antiguos monjes, y en ascender a la cúpula de la iglesia para observar el grandioso panorama del valle que se extendía a nuestros pies y de las montañas que nos rodeaban y nos servían de peana.

Una parte de la inmensa iglesia, que se halla en estado de gran deterioro, es usada aún por los aldeanos, ocupando el padre unos pocos de los cuartos inferiores. Guiados por él fuimos conducidos a uno de los patios, donde se nos mostró una tumba al nivel del piso, sobre la que había grabadas algunas enormes letras ilegibles que daban muestras evidentes de antigüedad. Los aldeanos tienen a esta tumba la mayor veneración, porque, dicen ellos, allí fué sepultada Doña Marina, o la Malinche, la famosa intérprete de Cortés, la compañera de los españoles en todas las campañas de la conquista, el instrumento más valioso de su triunfo y una de las mujeres notables del mundo. Su vida fué una vida extraordinaria, como ha dicho un escritor mexicano, que encaja más bien como un capítulo de una novela y no como una seria página de la historia. Se han perdido el alfa y omega de su vida; lo único que se conoce a ciencia cierta es aquella parte media de su vida que se liga con los hechos heroicos del gran capitán español. Poco se ha dicho acerca de ella después de su casamiento. Ni Bernal Díaz, el historiador contemporáneo, ni Prescott, mencionan sino de modo pasajero la vida que llevó en años subsecuentes. Su nacimiento y su muerte están cubiertos por el misterio y por incierta tradición. Si es cierto o no que esta tumba

es su sepultura, esta ruina que se desmorona es un lugar de descanso apropiado para aquella que presenció el derrumbamiento de su raza, este lugar que señala sus encontradas luchas y donde los conquistadores trataron de construir un perdurable monumento de su fe que, también a su vez se ha convertido en polvo.

Nos restaba por ver un lugar histórico que no habíamos visto todavía, por lo que pedimos al padre que nos enseñara donde estaba el monumento que indicaba la muerte del General Presidente Guerrero. Nos señaló un campo sembrado de trigo a la espalda del convento; claramente mostraba que no tenía interés en acompañarnos. Es este un acontecimiento que constituye una de las páginas más negras de toda la historia mexicana. El General Guerrero fué uno de los jefes más valientes de la Independencia mexicana, y en 1828 ascendió a la Presidencia, como lo hacen la mayor parte de los mexicanos que contienden en una elección que sigue después de una lucha sangrienta. Había ya tomado posesión y sido reconocido, pero Bustamante, el Vice-Presidente, levantó el estandarte de la rebelión. Lo sostenían muchos de los más prominentes jefes antiguos de la independencia y lo que las armas no pudieron lograr lo alcanzó la traición y el dinero. Guerrero cayó en una trampa al aceptar una invitación para comer a bordo de un buque extranjero, mandado por un genovés, en el puerto de Acapulco, y mientras estaban a la mesa el buque levó anclas y se hizo a la mar, anclando después en un puerto sobre la costa de Oaxaca donde fué puesto en manos de sus contrarios. Se dice que esta indigna acción del genovés le fué recompensada con setenta mil pesos. Sus aprehensores celebraron un simulacro de consejo de guerra en este convento, lo condenaron a muerte y lo fusilaron en este lugar el día 14 de febrero de 1831. En seguida, los asesinos posesionados de impío regocijo, volvieron a la iglesia y cantaron un Te Deum por la muerte de este valiente y patriota soldado que había merecido el honor y la gratitud de sus conciudadanos.

La ciudad de Oaxaca no sólo muestra las cicatrices de la guerra, sino que casi por todas partes se descubren las huellas de los terremotos, pues este Estado ha sido víctima de ellos más que ningún otro. La tradición de muchas de las terroríficas visitas de este "architerror" del pueblo, que ocurrieron hace siglos, se conservan

frescas en la memoria de los nativos. Ultimamente han vuelto a tener motivo de recordar sus terribles manifestaciones. Una de las más notables de éstas se verificó solamente tres años anteriores a nuestra visita. Nueve veces se repitió el fenómeno durante el día y esto de modo tan potente y alarmante que los habitantes abandonaron sus casas y huyeron a las plazas y lugares abiertos y aún a los campos en descubierto fuera de la ciudad. Se perdieron muchas vidas y nosotros vimos los efectos en las casas destruídas y en las cuarteaduras de los muros de edificios sólidos. Pocos meses después, en el mismo año, la gente se despertó repentinamente a las cuatro de la mañana a causa de un terrorífico choque que pareció rajar el globo mismo, seguido inmediatamente por un movimiento oscilatorio que duró algunos segundos y al fin por un violento movimiento de trepidación. Son muchos los daños que causan estos terremotos siempre que se combinan los movimientos de oscilación y de trepidación.

Uno de los hechos dignos de notarse acerca de los terremotos, es que son un peligro al que jamás se acostumbra los habitantes o ven con indiferencia. Por frecuente que sea su repetición, parece que inspiran un terror creciente y mayor, que es indescriptible y que parece invadir al bruto en mayor grado que al hombre. Sentir que la tierra, que es nuestro símbolo de solidez y firmeza para todas las cosas terrestres, tiembla y aparentemente cede bajo nuestros pies, inspira una emoción de tal naturaleza que nadie puede imaginarse sino aquellos que han experimentado un verdadero terremoto de los trópicos. Los extranjeros que hace tiempo residen en México le dicen al recién venido que no conocerá al país sino hasta que haya experimentado un temblor de tierra y pasado por una revolución. Durante nuestra permanencia presenciarnos algunas sacudidas, pero, afortunadamente, ninguna de ellas tuvo consecuencias desastrosas. Una vez, al estar comiendo en la Legación con algunos amigos, entre ellos George W. Carleton, el publicista de Nueva York, íbamos a la mitad de la comida cuando se sintió un repentino y violento choque que en un momento nos puso a todos en pie. Fué simple y sencillamente una sacudida y pronto recuperamos nuestra ecuanimidad, volvimos a ocupar nuestros asientos y continuamos la comida. El Sr. Carleton, que tenía mucho de

artista, hizo a pluma un divertido boceto de la escena. Como no soy capaz de reproducir este cuadro, copio una descripción escrita por un viajero en Oaxaca, narrando sus sensaciones al estar visitando Mitla, y es como sigue:

“Estábamos un día sentados a la mesa cuando repentinamente alguien movió la mesa; no, también las paredes y el cielo se movían; las resistentes vigas que lo sostenían gemían y se retorcían como si sus partes vitales estuvieran bajo la influencia de un cólico. Los circunstantes se miraban unos a otros, pero difícilmente se veía una cara lo bastante risueña que justificara el cargo de que alguien les estaba jugando una travesura a los comensales. Sobre vino otro alzamiento y todo lo movedizo y aún lo que antes hubiéramos considerado como inmóvil, se mecía de un lado para otro; el estrépito de algo que se rompe, que rechina y un rumor subterráneo lo desequilibró todo y especialmente a los bípedos, o a la mayor parte de ellos cuando menos, que precipitadamente se arrojaron al patio en gran confusión, dejando al pobre humeante pudín solo en el centro de la mesa. Unos cuantos viejos de experiencia se quedaron, aparentemente fascinados por el atractivo de la buena y humeante invitación y simulaban tan buen ánimo propio hasta donde en conciencia podían pretender representar. Esto dió ánimo a algunos de nosotros para intentar guardar también las apariencias y así, con una especie de sensación de mareo y sonrisas que parecían muecas, nos vengamos del pudín haciendo su disección y sepultándolo en nuestras entrañas, aunque ahogándonos por tener llena la boca.

“Apenas nos habíamos recobrado lo suficiente para deglutir como cristianos, cuando fueron volviendo los fugitivos y volvían a dirigir sus voraces miradas al pudín y a los postres, cuando otro puntapié subterráneo, dado sin consideración alguna, detuvo el bocado en las gargantas de todo el mundo. Esto no era cosa de risa; todos nos sentimos espantosamente mareados; no podíamos mantenernos en nuestros asientos, sino que teníamos que cogernos de las paredes, de las puertas y marcos de las ventanas, que tenían tanta necesidad de apoyo como nosotros mismos... Tuvimos qué salir; atropelladamente salimos a la calle y allí quedamos pronto convencidos de la terrible seriedad de un terremoto. De todas las ca-

sas habían salido sus moradores a los lugares más amplios, al cruzamiento de las calles, o a las plazas o lugares abiertos. Se arrojaban, pálidos y desesperados, orando fervorosamente, unos en voz alta, otros en voz baja y de aquí y de allá se dejaban oír gritos desgarradores de “¡Misericordia, dómine!”, que cien lenguas balbucientes repetían.”

Nuestra visita a Oaxaca terminó con un gran banquete que en honor nuestro dió el Gobernador en el Palacio de Gobierno. La prensa se ocupó de él en términos elogiosos, dando la descripción de los adornos florales, del despliegue de banderas de “todas las naciones amigas de México,” de la música, etc. En esta vez, como todas sus similares, hubo varios brindis y discursos. El del Gobernador, que es una bella muestra de la oratoria mexicana post-comida, fué como sigue: “Hoy registramos en nuestros anales un hecho hasta hoy desconocido; los representantes de dos poderosas naciones amigas vienen entre nosotros a visitar la cuna de los zapotecas, patria a la vez del inmortal Juárez. Si la historia no es un eco vano que se pierde en el curso del tiempo, deberíamos tomar de ella lecciones para el futuro. Los ilustres viajeros que ahora me escuchan, aconsejan a la aristocracia que renuncie a sus privilegios que no tienen razón de ser; que enseñen a las clases que ostentan aún la señal de la servidumbre anterior, que únicamente podrían elevarse del polvo y ceñirse la augusta corona de sus derechos, proclamando la libertad e igualdad y dar a entender al pueblo que no por haber sido oprimido será opresor, que no por haber sido tiranizado tiranizará a su vez.”

“Nos apropiaremos estas doctrinas y mediremos su importancia.

“Estos viajeros nos llaman hermanos y vierten sobre nosotros consuelo y esperanza; son portadores de un deseo de mejores y más prósperos tiempos para Oaxaca; nos enseñan a que nuestra hacienda se desarrolle por medio de nuestro trabajo; nos ilustran con su consejo, y graban en nuestras mentes las ideas que harán feliz nuestro futuro.

“Bendecimos, señores, el inescrutable decreto de la Providencia que ha traído entre nosotros a los ilustrados representantes de dos poderosas naciones, y al ofrecerles nuestra hospitalidad regamos con flores su sendero y a la luz de una alegría viva e imperecedera,

beberemos a la salud y a la gloria de los dos sabios Ministros que son ahora nuestros dignos huéspedes."

En mi contestación al Gobernador, después de expresar la elevada estima en que teníamos el honor y atenciones que habíamos recibido, dije: "Celebro que se me haya presentado esta adecuada oportunidad para ofrecer un recuerdo afectuoso al distinguido estadista que prestó tan importante servicio a su Estado nativo, Oaxaca, a su país y a las instituciones republicanas de todo el mundo... Pocos ejemplares más ilustres ha proporcionado el pasado, de firmeza de propósito, amor a los principios o inquebrantable fe en la causa de la libertad y progreso humanos durante los años de oscurantismo, desastre y adversidad, que D. Benito Juárez. Fué un digno émulo de los gigantes políticos de nuestra generación que lucharon con éxito por la unidad nacional y por la consolidación de sus respectivos principios de gobierno, de nuestro propio e inmortal Lincoln, del Conde Cavour de Italia y del príncipe Bismarck de Alemania, y no dudo que la historia registrará su nombre con letras imperecederas en el pergamino de la fama, al lado de los grandes apóstoles americanos de la libertad, Hidalgo, Bolívar y Washington.

"Ha sido con objeto de presentar mi ofrenda de amor y admiración, por lo que he atravesado las montañas y venido a este hermoso valle, a esta ciudad, escenario de su juventud y de sus primeros años de virilidad. Para terminar, *brindo por la memoria de Juárez y por la prosperidad de Oaxaca, su Estado natal.*"

Nuestra visita a Oaxaca fué, bajo todos conceptos, satisfactoria y agradable. Los círculos oficiales y sociales nos recibieron con toda clase de cortesías y atenciones. Reconocieron nuestra presencia entre ellos como una señalada muestra de consideración a su ciudad y Estado y resultó tan agradable para nosotros como para ellos. El Cónsul americano, al escribirme después de nuestra partida, acerca de la agradable impresión que causó nuestra visita, terminaba de la manera siguiente: "Cualquier acontecimiento que se verifique aquí en este año llevará la fecha: *el año de la visita del Ministro de los Estados Unidos.*"

El pueblo mexicano es excesivamente patriota y celebra sus fiestas nacionales con mucho entusiasmo. Los dos acontecimientos

a que anualmente dan especial importancia son: la promulgación de la independencia por Hidalgo el 15 de septiembre y la derrota de los franceses al atacar Puebla el 5 de mayo. Conmemoran también las batallas del valle de México, que tuvieron por final la toma de la ciudad por el General Scott, asistiendo con frecuencia a la ceremonia el Presidente y su Gabinete. A los americanos les parece un poco raro que se conmemoren aun con tan patriótico fervor las derrotas que ocasionaron al país un desastre tan abrumador. Los mexicanos, sin embargo, las ven bajo el mismo aspecto que los griegos consideraban la batallas de las Termópilas, como manifestaciones de afecto heroico y valor bajo las circunstancias más adversas. Deploran las disensiones que debilitaron la defensa nacional contra los invasores y reconocen la falta de habilidad en sus generales, pero sus oradores alaban anualmente a los soldados que combatieron en las filas con heroísmo en una lucha sin esperanza y exhiben su ejemplo como muestra para las futuras generaciones de sus conciudadanos.

Pero durante mi permanencia observé pocas señales de encontrados sentimientos contra los americanos con motivo de la guerra que privó a los mexicanos de la mitad de su territorio. El tiempo ha ayudado mucho para cicatrizar las heridas de la guerra y así que haya pasado un poco más de una generación, los ciudadanos ilustrados podrán ver que el espíritu que provocó las hostilidades fué la esclavitud; que esa quedó destruída en la guerra civil y que de entonces a la fecha domina en nuestro Gobierno un espíritu diferente, como se manifestó por la simpatía que se mostró a los liberales en su contienda con Maximiliano.

MEXICO REVOLUCIONARIO

Ya he hablado acerca de la inseguridad que existía para la vida y la propiedad en el Valle de México durante los primeros años de mi residencia. El mismo estado de cosas existió, tal vez en forma más grave, durante la mayor parte del período del Presidente Lerdo. No hubo un momento en que estuviera libre de alguna especie de revolución, ya local, ya general. En 1874, después de haber estado Lerdo en el poder por más de un año, arregló una excursión al valle de Cuernavaca y a las famosas grutas de Cahuamilpa, en el Estado de Guerrero, a la cual fueron invitados el Cuerpo Diplomático, los miembros de su Gabinete y otros amigos. En un gran banquete que le ofreció a él y a su comitiva el Gobernador de Morelos en Cuernavaca, el Presidente Lerdo citó el hecho de esta excursión y la presencia de ocho gobernadores de Estados como una prueba de que la paz reinaba al fin por toda la República y que era posible para muchos empleados públicos ausentarse de sus puestos. Parecía olvidarse de la fuerte escolta de caballería que constantemente le acompañaba y de las guardias rurales y del ejército que estaban destacadas en cada ciudad y aldea por las que había pasado.

Los trenes del único ferrocarril del país, el de la ciudad de México a Veracruz, llevaban constantemente uno o más carros que ocupaban una escolta de soldados armados. Los hacendados no se aventuraban a alejarse de sus haciendas sin guardia armada, y los más ricos de entre ellos vivían en las ciudades por su seguridad personal. Toda persona de cierta importancia que viajaba "iba armada hasta los dientes."

Las "conductas," o trenes cargados de metales preciosos, que traían el oro y la plata de las minas a la Casa de Moneda en la ciudad de México, o para exportación, venían siempre protegidas por numerosas guardias. Era costumbre de los grandes centros mineros, tales como Zacatecas y Guanajuato, el reunir el producto

de las diferentes minas en una gran conducta en determinados intervalos y el Gobierno proporcionaba un destacamento del ejército como escolta. Cuando las conductas provenían de lugares distantes, como el Estado de Chihuahua, pasaban varias semanas en el camino antes de llegar a la ciudad de México. Los propietarios de las minas aisladas formaban y pagaban de su peculio las conductas.

Presento una manifestación que me proporcionó el gerente de una bien conocida mina que yo visité, situada en las montañas como a ciento veinte millas de la capital: "Debido al carácter quebrado del terreno, la remisión por medio de carruajes es impracticable y hay que emplear mulas de carga. El número de los hombres que forma la escolta varía algo, de acuerdo con el valor de la plata. Siempre es preferible mandar una gran cantidad, puesto que el gasto es mucho mayor para una cantidad pequeña proporcionalmente a lo que sería para una cantidad mayor. Una escolta, supongamos, para cincuenta mil onzas de plata, necesitaría de treinta a cuarenta hombres armados, cinco arrieros y veinte mulas de carga. Los hombres que forman la escolta son hombres escogidos cuidadosamente de entre los habitantes del distrito, consistentes principalmente de agricultores en pequeño que cultivan tierra de la Compañía y de los mejores trabajadores de las minas que podían dejar su trabajo sin hacer falta. Siempre es motivo de codicia el que se les mande con las conductas y en consecuencia podemos escoger los hombres mejores y más dignos de confianza. Los guardas tienen que proporcionarse sus propios caballos y subsistencias en el camino. Se toma gran cuidado en que no se sepa por fuera la fecha de la partida de la conducta, debido al riesgo de que tales noticias darían tiempo a las partidas de ladrones para reunirse. Cuando se ha resuelto mandar la plata, se dan las instrucciones la noche anterior; a la mañana siguiente, cuando ya es de día, se reúnen en el patio los hombres que se necesitan y reciben armas de la Compañía, que consisten en rifles alemanes de aguja y una pistola grande, proveyéndose ellos de espadas. Ya preparados ellos de esta manera, los arrieros traen las mulas de carga, se entregan las barras de plata envueltas en esteras corrientes y se amarran bien una a cada lado del aparejo. A la llegada de la conducta a

la capital se dirigen a la Casa de Moneda sin pérdida de tiempo. El viaje de ida y vuelta ocupa de seis a ocho días."

Fácilmente puede verse que este estado de cosas retardaba de modo notable el desarrollo de la minería, que era y sigue siendo la principal industria del país. El comercio tampoco podía adquirir gran vigor. El tipo de cambio entre la capital y las ciudades vecinas se elevaba con frecuencia de tres a cinco por ciento y para las ciudades situadas en lugares apartados de la República ascendía hasta el diez por ciento. He anotado el dicho de que nadie conocerá México sino después de haber pasado un temblor de tierra y una revolución en el país. Respecto a lo primero hemos tenido lo suficiente para satisfacer nuestra curiosidad y el destino nos reservaba presenciar lo segundo en su forma más amplia.

Benito Juárez, el gran héroe del movimiento de Reforma, fué electo Presidente de la República en 1858 y continuó al frente del Gobierno durante la Guerra de Reforma y la Intervención Francesa. Después de la caída de Maximiliano, en 1867, se verificó una elección y Juárez volvió a ser electo por cuatro años. Cuando se aproximaba el fin de su período, sus partidarios personales insistieron en que el movimiento de Reforma lo necesitaba aún al frente del Gobierno. Comía yo una vez en compañía de un humorista mexicano amigo mío. A su debido tiempo se sirvió la "olla podrida," platillo muy sabroso y popular que se compone de varias carnes estofadas, legumbres y frutas, que invariablemente forma parte de las comidas mexicanas. Cuando la sirvieron a la mesa, dijo: "Como usted sabe, a esto se le llama *el Platillo Juárez*." Me mostré sorprendido y pedí la explicación. "Ah! sí; el Platillo Juárez, porque tenemos a Don Benito que nunca nos deja."

Un gran partido del país se opuso a la reelección de Juárez en 1867, sosteniendo la candidatura del General Porfirio Díaz, quien había alcanzado gran popularidad en la última guerra con los franceses. Como volvió a anunciarse la candidatura de Juárez en 1871, los partidarios de Díaz protestaron ruidosamente contra ella, y Lerdo, que había sido Ministro de Relaciones Exteriores de Juárez y desempeñaba entonces el cargo de Presidente de la Suprema Corte de Justicia y, *ex-officio*, Vice-Presidente, manifestó también su oposición. En la elección no obtuvo ninguno de los candi-

datos, Juárez, Díaz o Lerdo, la mayoría al hacerse el cómputo de votos, confiándose al Congreso la elección, el cual declaró Presidente a Juárez.

La más abundante fuente de donde han brotado las revoluciones que han señalado la existencia independiente de los Estados latino-americanos, ha sido el empeño de los hombres públicos de esos países para conservarse en el poder u obtener la Presidencia por otros métodos que no los pacíficos y constitucionales. Este ha sido el hecho que se ha destacado más prominentemente en la historia de México y que se confirmó en la época que estamos revisando. A la re-inauguración de Juárez la siguió un pronunciamiento de Díaz, declarando que su elección era ilegal y nula porque había impedido la justa expresión de la voluntad popular por medio de la fuerza y la intimidación oficial, y empuñó las armas al grito de guerra de "no reelección." Los partidarios de Lerdo siguieron el ejemplo de Díaz en varias partes del país, pero Lerdo en persona no salió de la capital y no tomó parte activa en la revuelta. Toda la nación se convirtió pronto en un campamento militar y se registraron sangrientos combates entre las tropas del Gobierno y los insurrectos en muchas partes del país. El estado de cosas indicaba que el triunfo era de Díaz, cuando, repentinamente, murió Juárez de un ataque de apoplejía el 18 de julio de 1872.

El ángel de la muerte resultó ser el mensajero de la paz. Lerdo, como Vicepresidente, asumió la Presidencia; Díaz dió su asentimiento en el acto y al efectuarse las elecciones resultó electo Lerdo para el período constitucional de cuatro años. Se promulgó una amnistía general y pareció que asomaba una era de paz para el país. Díaz vino tranquilamente a la capital después de la elección y vivió en el retiro, manifestando poco interés en los asuntos políticos, aunque había sido electo miembro del Congreso. Se dijo que la administración le hizo proposiciones para que aceptase una misión en el extranjero, lo que él rehusó. Cuando no hubo lugar a duda que el Presidente Lerdo trataba de reelegirse, Díaz salió de la capital y se dirigió a Oaxaca, su Estado natal. Entretanto, el descontento se manifestaba en varias partes del país y los levantamientos locales eran frecuentes.

Desde mayo de 1875, el Congreso concedió al Presidente lo que se ha llamado "facultades extraordinarias." Esta es una especie de legislación bastante común en el sistema de Gobierno de México y otras Repúblicas latino-americanas; pero a la cual nunca se recurre excepto cuando se hallan frente a una revolución alarmante o cuando menos bajo el pretexto de un gran peligro para la nación. Sus características objetables, desde el punto de vista republicano, son que suspende el Poder Legislativo y hace del Ejecutivo un dictador.

Este acto del Congreso convenció a los partidarios de Díaz, que su candidato no tendría ninguna probabilidad de obtener la libre expresión de la voluntad popular en la elección presidencial que se avecinaba, y se resolvieron a volver a apelar a las armas. En enero de 1876, se proclamó el "Plan de Tuxtepec" en una de las ciudades montañosas de Oaxaca, de la cual tomó su nombre, denunciando la reelección de Lerdo y nombrando a Díaz como el regenerador del país. Pronto se lanzaron a la revuelta Oaxaca y los Estados circunvecinos, pero el Gobierno envió a la región fuertes contingentes de tropas y Díaz trasladó sus operaciones a la frontera de Río Grande. Todo el país volvió a verse en las angustias de una revolución aún más extensa que la de 1871 contra Juárez y a principios del año comenzaron a sentirse sus efectos en la capital. En abril de 1876 avisé al Departamento de Estado que en casi todos los Estados de importancia se había proclamado la Ley Marcial y que se encontraban en "estado de sitio;" que el Presidente había recurrido a imponer "préstamos forzosos" para surtir la Tesorería y acabar con la rebelión; que el ferrocarril de Veracruz había sido destruido en varios puntos por los revolucionarios y que el tráfico se había suspendido desde hacía más de un mes; que las comunicaciones postales con el puerto de mar y con el interior eran inciertas y difíciles; que las diligencias eran detenidas y robadas en todas direcciones y que los viajes por todo el país sufrían grandes interrupciones y eran peligrosos.

Los revolucionarios jamás atacaban la capital aunque incurSIONaban por el Valle y, prácticamente, estábamos encerrados en la ciudad y sus alrededores inmediatos. La mayor incomodidad que experimentábamos era tener cortada nuestra comunicación ferro-

carrilera con Veracruz y con el mundo exterior. En aquellos tiempos era costumbre entre los visitantes extranjeros venir a la capital durante el invierno y primeros meses de la primavera; pero siempre se mostraban ansiosos por partir antes que la fiebre amarilla comenzase a hacer sus estragos en Veracruz, de donde es visitante regular en verano. En 1876, sin embargo, con motivo de la destrucción de los puentes del ferrocarril por los insurrectos, gran número se vieron detenidos en la ciudad y se comenzó a temer que no pudieran pasar por Veracruz sin exponerse al tan temido azote. Yo también había proyectado que mi familia volviese a los Estados Unidos y visitara la Exposición Centenal de Filadelfia. Además, gran número de las familias ricas mexicanas deseaban salir al extranjero debido al turbulento estado del país.

Reservadamente me informó el gerente del ferrocarril de Veracruz, compañía inglesa, que el Gobierno le estaba proporcionando una fuerte escolta de soldados para volver a poner el ferrocarril en servicio y que cuando ya todo estuviera listo pondrían un tren especial para que se llevara la plétora de viajeros que estaban encerrados en la capital; pero que esto debía hacerse sin que llegara a noticia del público por temor de que los revolucionarios se propusieran capturar el tren, como ya lo habían hecho repetidas veces. Expresó también el deseo de que yo los acompañara, pues creía que la presencia del Ministro americano podría dar mayor seguridad en caso de un ataque al tren. Prometí hacerlo así, pues de todos modos yo tenía proyectado ir con mi familia hasta Veracruz.

Cuando todo estuvo dispuesto, los pasajeros se reunieron en la estación y el tren, inusualmente largo, partió a media noche para poder pasar la parte montañosa y peligrosa del camino con luz del día. El gerente colocó banderas americanas a vanguardia y retaguardia del tren, según dijo en honor mío, pero realmente era para impedir que cualquiera partida revolucionaria se sintiese inclinada a detener nuestro viaje. Los pasajeros viajaban llenos de presentimientos y constantemente estaban alerta del peligro; pero llegamos a Veracruz sanos y salvos y se regocijaron de encontrar que el vapor estaba listo para sacarlos del afligido país. Generalmente se creyó me había puesto en comunicación con los revolucionarios y

obtenido la seguridad de dejar paso libre al tren; pero tal circunstancia no tenía fundamento.

Siempre recordaré la conversación que tuve en el vapor con un pasajero, uno de los más ricos y respetados ciudadanos mexicanos. Al despedirse de mí, me expresó su agradecimiento por la parte que yo había tenido en sacarlo en salvo a él y a su familia de la capital y en seguida continuó diciendo que mi Gobierno era en gran parte responsable de la actual condición desgraciada de su país; que él, en unión de la mayor parte de los ciudadanos solventes y propietarios del país, habían favorecido la venida de Maximiliano y que bajo su régimen había probabilidades de un Gobierno estable, pero que los Estados Unidos habían sido el medio para derrocarlo. De aquí es que, expuso él, era el deber de mi Gobierno ocupar el país, restituir el orden y darle la misma seguridad, estabilidad y prosperidad de que gozaba nuestro pueblo; que las actuales condiciones no admitían otra solución. Con tristeza se despidió de mí, diciendo que no esperaba volver jamás a su patria. Poco después murió en Europa, pero sus hijos viven aún en México y la era de protección y prosperidad del régimen de Díaz los ha beneficiado muchísimo en los bienes de su padre.

Los empleados del ferrocarril, desconfiando de su habilidad para conservar el camino abierto, me aconsejaron que me volviera lo más pronto posible y en la noche de mi llegada salí de Veracruz rumbo a la capital en un tren especial. El tren regular que salió a la mañana siguiente fué descarrilado por una guerrilla que pretendía estar formada por partidarios de Díaz, habiendo sido los pasajeros despojados de sus armas y valores, quemando el tren y levantada la vía. El tráfico quedó suspendido por algunas semanas, hasta que la vía fué arreglada bajo la protección militar, únicamente para volver a ser interrumpida. Durante este período tuve qué emplear un correo particular que condujera mi correspondencia a Veracruz, a fin de mantener informado a mi Gobierno del estado de cosas.

Después de la llegada del General Díaz a la frontera de Río Grande, estableció su cuartel general en Brownsville, en el lado americano del río, hasta que sus partidarios estuviesen en estado de emprender la ofensiva. El Gobierno de Lerdo presentó queja de

esto en Washington como una violación de hospitalidad y abuso de territorio americano, pero no se pudo comprobar la flagrante violación de las leyes de neutralidad. Al cabo de poco tiempo, Díaz pudo reunirse con sus partidarios en el Estado de Tamaulipas, pero habiéndolo derrotado las fuerzas del Gobierno, se dispersaron sus adictos y él volvió a refugiarse en territorio americano. Durante la intervención francesa había pasado por inminentes peligros y escapatorias; pero al presente tuvo que pasar por una aventura que ofuscó a todas las otras que le habían dado tal reputación de osado.

Resolvió volver a su casa de Oaxaca y levantar allí el pendón que las fuerzas de Lerdo habían derribado. Se dirigió a Nueva Orleans y allí tomó pasaje, disfrazado y bajo un nombre supuesto, en el vapor correo americano para Veracruz. De paso el vapor hizo alto en Tampico, pero debido a la barra tuvo que anclar dos o tres millas mar adentro. Aquí tomaron pasaje para Veracruz cierto número de oficiales del ejército regular mexicano que conocían bien a Porfirio Díaz y éste adquirió la certidumbre de que lo habían reconocido. De ser esto así, su captura en Veracruz y su ejecución parecían ciertas. Esa noche se tiró al mar, que generalmente hierve de tiburones, calculando poder ganar la costa a nado, pues era un atleta y un gran nadador. Pero el grito de "hombre al agua" fué lanzado por el vigía, se botó una lancha y fué devuelto al vapor en presencia de muchos pasajeros. Como el mayordomo estaba en el secreto de su viaje, lo tomó inmediatamente a su cargo, lo escondió y no se le volvió a ver.

Al llegar el buque a Veracruz se comunicó a los empleados de Gobierno acerca de su presencia a bordo y la guardia del puerto practicó una minuciosa búsqueda, pero Díaz no pudo ser hallado. Llegó a la playa en salvo en forma que jamás se llegó a saber en público y pronto volvió a aparecer entre sus fieles adictos en las intrincadas montañas de su Estado natal. Después del triunfo de su causa y una vez que Díaz hubo ascendido a la silla presidencial, el mayordomo del vapor, aunque ciudadano americano, fué nombrado para el lucrativo empleo de Cónsul General en San Francisco, el que conservó por muchos años. La presencia entre ellos de su caudillo favorito, dió pronto nueva vida a la menguante fortuna

de los revolucionarios, y los montañeses se agruparon bajo el estandarte de Díaz; Alatorre, el más capaz de los generales lerdistas, fué arrojado de Oaxaca y el 16 de noviembre, en una batalla decisiva que se verificó en Tecoaac, lugar situado como a setenta y cinco millas a través de las montañas al Oriente de la capital, las fuerzas de Díaz obtuvieron una victoria completa sobre el más importante grupo de ejército del Gobierno.

Cuando estas noticias llegaron a la ciudad, esparcieron la consternación en los círculos administrativos, pues se había hecho creer a Lerdo que sus generales podrían hacer retroceder a Díaz hasta Oaxaca. No obstante, se hicieron preparativos para la defensa de la ciudad; pero el día 20, después de recibirse los detalles de la derrota completa de Alatorre, se abandonaron todos estos preparativos; el Ministro de la Guerra se presentó en persona ante el Congreso y en nombre del Presidente manifestó que el Consejo de Ministros había resuelto que era deber del Presidente conservar hasta el último momento la bandera del Gobierno legítimo y constitucional y que, siguiendo el ejemplo de Juárez, si la necesidad lo obligaba a abandonar la capital, lo sostendría, llegado el caso, en el último rincón de la República.

Esto se tomó como un aviso de que el Presidente Lerdo abandonaría la capital y todas las clases de la sociedad se encontraban en un estado de intensa excitación. El General Díaz, después de la batalla del día 16, no apreciando en todo su valor la extensión de su triunfo, había marchado a Puebla a reorganizar su ejército, en preparación de un avance sobre la capital. Si Lerdo y sus fuerzas la abandonaban, habría un interregno de varios días antes de que Díaz pudiese encargarse del Gobierno y entretanto, se temía que la ciudad quedara a merced de elementos desordenados y escandalosos. Los bancos y las casas comerciales quedarían expuestas al pillaje. La principal casa bancaria de la ciudad estaba a la puerta siguiente de la Legación y, alarmado por la situación, mi amigo el gerente me pidió permiso para cambiar lo que contenían sus bóvedas a un cuarto adyacente a la Legación, lo que se podría efectuar sin ser observado practicando una horadación en la pared, por dentro, acariciando la idea de que un saludable respeto a la

bandera americana disuadiría a una turba de ladrones de entrar en terrenos de la Legación.

En la noche del día 20 las tinieblas invadieron la ciudad, creando un sentimiento de tristeza y temor en los habitantes, pues se sabía generalmente que el Gobierno se preparaba a evacuar la capital. Esa noche convidé a algunos de mis paisanos a que se vinieran a la Legación y con ellos a los empleados del banco y al personal de la Legación. A todos ellos les pareció prudente venir armados. No hubo quien cerrara los ojos esa noche de toda la reunión, pero formábamos una alegre compañía pasando el tiempo en jugar whist u otros juegos, habiendo cenado muy tarde, o más bien a la madrugada. Esa noche hubo en la capital muchas reuniones por el estilo en las casas bancarias y comerciales.

Nuestra vigilancia no tuvo sino dos interrupciones. Un senador me visitó a hora temprana para preguntarme si podría convertirse en mi huésped temporal. Había sido en el Congreso un campeón del régimen de Lerdo y habiendo mostrado mucha animosidad contra el movimiento de Díaz, temía estar expuesto a insultos, si no es que a peligros, a manos de los exaltados partidarios de Díaz antes de restablecerse el orden. Era mi amigo personal y tuve gusto en proporcionarle una pieza en mi casa. Muy temprano, el General. . . . , viejo y valiente soldado, antiguo Ministro de Guerra y vecino mío, vino por idéntica razón a pedirme ser mi huésped, trayendo consigo su corcel de guerra favorito, noble animal que lo había acompañado en muchas campañas. Le dí al General mi mejor recámara y el corcel de guerra quedó alojado en el patio de la Legación. Mis dos distinguidos huéspedes permanecieron conmigo por espacio de cuarenta y ocho horas solamente, pero se desarrolló una situación un poco divertida y embarazosa. Estos dos caballeros, aunque ambos hostiles al movimiento de Díaz, eran acérrimos enemigos personales y no se les podía reunir en mi mesa o en el círculo de mi familia; por eso fué que, durante su permanencia, se convirtieron en reclusos voluntarios cada quien en su habitación. La costumbre de que los hombres públicos recurran al auxilio de las Legaciones en tiempos de desorden y revolución, es muy común en las repúblicas latino-americanas; pero mi experiencia en este caso era única, puesto que la Legación proporcio-

naba al mismo tiempo protección a hombres públicos, fondos de los bancos y caballos de guerra.

El día 21 por la mañana se supo que el Presidente Lerdo, acompañado del Ministro de Relaciones Exteriores y de otros miembros de su Gabinete, habían salido de la ciudad a las dos de la mañana. Lo acompañaban también algunos Senadores y Diputados del Congreso, el Gobernador del Distrito Federal y un gran número de amigos personales y políticos, escoltado por una fuerza de mil caballos, tomando el camino que conduce a Toluca, capital del Estado de México, a dieciséis leguas al Poniente.

La guarnición de la capital se quedó en la ciudad, bajo las órdenes de su jefe. Inmediatamente después de la salida del Sr. Lerdo, se hizo cargo del Gobierno de la ciudad un Gobernador provisional, nombrado de antemano por el General Díaz. La policía municipal, guardias y guarnición federal, reconocieron en seguida su autoridad, continuando su curso habitual los asuntos civiles, sin ninguna aparente interrupción o perturbación en el Gobierno. Durante los dos días y medio que la ciudad permaneció en este interregno, un sentimiento general de inseguridad y temor de desórdenes había invadido los círculos comerciales y sociales, como ya se ha hecho notar; pero dicho sea para honra de los habitantes, la paz y el orden permanecieron inalterables y las diversas obligaciones policiales y la administración municipal de los negocios se condujeron tan bien como si estuvieran bajo el más rígido y responsable Gobierno.

EL TRIUNFO DE DIAZ

Inmediatamente se le dió a saber al General Díaz el abandono de la ciudad por el Presidente Lerdo. Aquél estaba entonces en Puebla y estando en esa época interrumpido el ferrocarril, él, con una pequeña escolta, se vino por los montes con toda premura, pero no hizo su entrada a la ciudad sino hasta el día 23 de noviembre de 1876, habiendo sido recibido por una inmensa muchedumbre de pueblo con demostraciones de cordial entusiasmo. Era en verdad el héroe del día y resultó ser el pacificador del país. Para la venidera generación, México está destinado a gozar de una era de paz, seguridad y prosperidad sin ejemplo.

Lerdo había huído, pero el general Díaz se encontró con una nueva fuente de dificultades. Según la Constitución Mexicana, el Presidente de la Suprema Corte de Justicia era, ex-officio, Vice-Presidente, siendo su deber, en caso de vacar la Presidencia, asumir el cargo. Un mes antes de la caída de Lerdo, el Sr. Iglesias, Presidente de la Suprema Corte, había salido de la capital y desde la ciudad de Guanajuato había lanzado una proclama al pueblo declarando que la elección de Lerdo como Presidente era inconstitucional y nula y que había perdido su cargo con motivo de sus actos ilegales, cuyo cargo asumía temporalmente Iglesias, en tanto se celebraba una nueva elección. Un buen número de Estados del interior sostenían a Iglesias y se estaba reuniendo un ejército para hacer efectivas sus pretensiones. Se rehusó a reconocer el movimiento revolucionario de Díaz y éste, inmediatamente después de haber ocupado la capital, marchó sobre él.

Pero no hubo necesidad de más combates. El país reconoció a Díaz como jefe de la nación. Además de sus méritos como impetuoso y afortunado general, poseía una reputación de honradez y sinceridad que inspiraba confianza en el público y se comprendía que no solamente se le había impedido llegar a la Presidencia, sino que bajo su Gobierno podía gozar la República de una era de paz

que tanto anhelaban los intereses más respetables del país. Las fuerzas de Iglesias se desvanecieron y Lerdo no pudo hallar partidarios en el Oeste. Ambos buscaron refugio en los Estados Unidos, dejando a Díaz dueño absoluto del poder.

El Sr. Lerdo fijó su residencia en la ciudad de Nueva York, desde cuyo lugar esperaba el resultado de los esfuerzos que en la frontera de Río Grande ponían por obra el Ministro de la Guerra y otros adictos para restituirlo al poder. Mas todos estos esfuerzos fueron inútiles y él permaneció en aquella ciudad hasta el día de su muerte. Pretendía ser él el Presidente Constitucional de la Nación y como índice oficial de un Gobierno legítimo no podía volver al país y recobrar su ciudadanía sin reconocer tácitamente el régimen revolucionario de Díaz, lo cual estaba él resuelto a no hacer nunca. Se convirtió, por lo tanto, en desterrado voluntario de su patria, a la que por tanto tiempo había servido con tanta distinción y a la cual le tenía tanto cariño.

No había prohibición para su vuelta ni sus bienes se le habían confiscado, cuyas rentas se le enviaban con toda regularidad a Nueva York. Llevó allí una vida tranquila, casi oscura, pero a su muerte sus restos fueron trasladados a la ciudad de México y sepultados con señalados honores en el Cementerio Nacional entre los inmortales. Era un caballero culto, hábil abogado y uno de los hombres políticos más útiles de México, habiendo prestado importantes servicios durante la Guerra de Reforma y la intervención francesa. Su gran error fué el de haber querido reelegirse para la Presidencia después de haber denunciado esa práctica y haberse opuesto a la reelección de Juárez. Mis relaciones personales con él en México fueron muy cordiales y parece que le eran muy gratas las visitas que yo le hacía en su retiro de Nueva York.

Habiendo recibido el General Díaz la adhesión del ejército de Iglesias y de todos los Estados, procedió a constituirse en autoridad, según lo anunciaba el decreto, de conformidad con los términos de la Constitución, convocando a elecciones para elegir Presidente, Ministros de la Suprema Corte y miembros del Congreso. Sin embargo, el decreto excluía de la candidatura a todas aquellas personas que ya con carácter civil o militar habían hecho algo para reconocer la reelección de Lerdo, que hubieran tomado participa-

ción en lo que se llamaban fraudes electorales, o que hubiesen votado en favor de las "facultades extraordinarias."

Estas prohibiciones excluyeron de empleos a más de las tres cuartas partes de los miembros de los dos últimos Congresos y de la Suprema Corte y a un gran número de oficiales civiles y militares, entre los cuales se contaban algunos de los más experimentados y aptos ciudadanos de la República. A los elegidos se les exigía el juramento (protesta) de sostener la Constitución y el "Plan de Tuxtepec," por cuya disposición final todos los candidatos que resultaban favorecidos tendrían que reconocer los principios y la costumbre de la revolución tal como lo establecía el General Díaz. La prensa de oposición declaró que estas condiciones eran más odiosas, iliberales y exclusivistas que los métodos electorales del Gobierno de Lerdo.

En las elecciones que se habían verificado unos cuantos meses antes, Lerdo había sido declarado Presidente prácticamente por votación unánime. Como es de suponerse, nadie sino los "porfiristas" (calificativo que se daba a los partidarios de Díaz), tomaron parte en la nueva elección, siendo declarado Díaz electo Presidente por el voto unánime de la nación y los miembros electos para la Suprema Corte y para el Congreso fueron todos de su partido, no habiéndose elegido para el Congreso ni un solo miembro de oposición.

El General Díaz volvió a la capital de su expedición contra Iglesias el 15 de febrero de 1877, y volvió a desempeñar las funciones del Ejecutivo, las que durante su ausencia habían sido desempeñadas por uno de sus generales de confianza. Su primer deseo, por lo que se refiere a las relaciones exteriores, fué obtener el reconocimiento de su Gobierno por el de los Estados Unidos y yo tuve que enfrentarme con este asunto inmediatamente después de su vuelta.

Según las condiciones del Tratado de Reclamaciones de 1868, México tenía que hacer el primer pago de \$300,000 a los EE. UU., por decisión de la Comisión de Reclamaciones de 31 de enero de 1877. Cuando Díaz entró a la capital el 23 de noviembre, se encontró con la Tesorería Federal vacía y su primer acto fué pedir prestado a los banqueros una cantidad suficiente para hacer frente

a este pago, por el cual préstamo se obligaba su Gobierno a pagar doce por ciento de interés. La aceptación de este pago del Gobierno de Díaz constituiría el reconocimiento de él de parte de los EE. UU. y la política de éstos era no reconocer precipitadamente un partido revolucionario que se establecía por el derrocamiento de un Gobierno Constitucional. Sin embargo, el Secretario Fish me autorizó para hacer el reconocimiento si se hacía necesario para capacitar a México a cumplir con el tratado y hacer el pago. Pero el Gobierno de Díaz apreciando esta situación, convino en hacer el pago por conducto del Sr. Mariscal, Ministro Mexicano en Washington acreditado por la Administración de Lerdo y ese negocio se evitó por entonces debido al espíritu complaciente del Gobierno de Díaz.

A pesar de todo, era evidente que Díaz había creado un Gobierno de facto que era reconocido en toda la República y que era el único Gobierno con el cual yo podía sostener relaciones para proteger los intereses americanos. Resolví por tanto, asumir la responsabilidad de entablar relaciones extraoficiales con él y posponer el reconocimiento formal y oficial hasta que se hubiesen verificado las elecciones y Díaz se instalase como Presidente Constitucional. Al consultarlo con mis otros colegas diplomáticos, convinieron ellos en adoptar el mismo curso. En consecuencia, sin que hubiera de por medio ninguna comunicación oficial sobre el asunto, le hice una visita oficial al General Díaz y a cada uno de los miembros de su Gabinete, la que fué correspondida prontamente, pagándome la visita en la Legación cada uno de ellos y aunque continué tratando negocios con el Ministro de Relaciones Exteriores, mis comunicaciones por escrito iban siempre marcadas con la palabra "extraoficial."

El General Díaz quedó muy contento y agradecido por el paso que había yo dado y en seguida entablé con él muy amistosas relaciones personales. Cuando llegó a la capital se alojó en un departamento muy modesto y pequeño en el Palacio Nacional, edificio federal, de donde era yo frecuente visitante. No se le notaba ese espíritu jactancioso del general victorioso, sino que era modesto en el desempeño de sus deberes civiles del Ejecutivo, mostrando a las claras que hollaba un sendero desconocido y recibía de buen grado

consejo y estímulo para el establecimiento de un Gobierno legal y de orden.

Habiendo resultado las elecciones de 1877 en favor de Díaz como Presidente y de un nuevo Congreso y Suprema Corte, se tomaron inmediatamente los pasos conducentes a fin de que el Gobierno revolucionario asumiese el carácter de Gobierno Constitucional. Después de haber ocupado su puesto la judicatura y haberse organizado el Congreso, el día 5 de mayo tomó posesión del Gobierno el General Díaz en medio de una gran pompa y prestó la protesta de ley de sostener y defender la Constitución. Sin pérdida de tiempo comuniqué al Gobierno de Washington por telégrafo este acontecimiento y solicité sus instrucciones sobre el curso que tenía y que seguir. Desde enero había yo aconsejado a mi Gobierno que, al inaugurarse una forma constitucional, debería reconocerse al Gobierno de Díaz; pero transcurrieron seis semanas antes de recibir las instrucciones que había pedido. Entre tanto y desde que se celebraron las elecciones de febrero, el Ministro mexicano de Relaciones Exteriores había dado muestras de gran inquietud y aún de impaciencia por la actitud de los EE. UU., respecto al reconocimiento. El General Díaz, después de haberse hecho cargo oficialmente del poder, en febrero, dirigió una carta autógrafa al Presidente de los EE. UU. y a otros jefes de Estado con quienes México cultivaba relaciones diplomáticas, dándoles parte del acontecimiento. Esta carta no había obtenido contestación del Presidente de los Estados Unidos.

Para hacer más grave la situación, todos los otros Gobiernos habían hecho un reconocimiento oficial por conducto de sus Ministros, poco después de la inauguración constitucional. El retardo de parte de los Estados Unidos, además de causar gran decepción, era fuente de muchas dificultades para la nueva administración en México. Muy al principio, después de haberse establecido en la capital el Gobierno revolucionario de Díaz, el Sr. José María Mata, hombre de gran experiencia en negocios públicos, erudito en obras inglesas y estimable caballero, había sido comisionado como Ministro a los Estados Unidos, pero a su llegada a Washington se encontró con que no se le recibiría. Esto hizo que quedara el Ministro de la Administración de Lerdo (el Sr. Mariscal), encargado de

la Legación en Washington y todos los Cónsules lerdistas en sus oficinas en todos los Estados Unidos, al mismo tiempo que los partidarios de Lerdo estaban tratando de levantar una contrarrevolución para volver al poder a su jefe.

Por ese tiempo tuvo lugar otro acontecimiento que amenazó ocasionar una ruptura irreparable entre los dos países. Por algunos años con anterioridad a esta época, el estado de cosas con motivo de terrenos de la frontera había sido nada satisfactorio. Indios salvajes vivían en ambos lados y no lejos de la línea divisoria internacional. Los indios incursionaban de un lado y otro y se acusaba que las autoridades locales no ejercían suficiente vigilancia para impedir esas depredaciones. Pero el punto principal de las dificultades estaba en la frontera de Río Grande, donde perturbaban la paz no solamente los indios, sino también los contrabandistas y los revolucionarios. Los ciudadanos y las autoridades de Texas enviaban sus quejas constantemente a Washington, pidiendo protección y reparación.

A principios de la administración de Lerdo, el Gobierno de los Estados Unidos dió instrucciones a su Ministro para que notificara al Gobierno Mexicano, que de no reprimirse esos desórdenes se les darían instrucciones a las tropas americanas para que persiguieran a los merodeadores cruzando la línea divisoria y los castigaran. Más tarde, se le pidió permiso al Gobierno Mexicano, con esta mira, pero no fué concedido, emprendiendo éste esfuerzos más vigorosos para reprimir los desórdenes.

Lamentaba la situación y obraba sin duda movido por un deseo sincero de poner fin a las dificultades; pero tres obstáculos impedían que las medidas tomadas fueran eficientes. Primera: las difíciles condiciones por que atravesaba la Tesorería impedían el mantener un gran número de fuerzas federales en un lugar distante; segundo: los soldados, que eran reclutados, se aprovechaban de la proximidad de la frontera para desertar, y tercero: el estado de revolución del país hacía más necesaria la presencia del ejército en cualquiera otra parte. Esta situación hizo que las fuerzas federales americanas cruzasen la frontera más de una vez en activa persecución de los bandoleros en la época de Lerdo; pero a tales actos le seguía una vigorosa protesta de parte de México.

Por algún tiempo después de haber ascendido al poder el General Díaz, estuvo demasiado ocupado en consolidar su administración para dedicar su atención a la frontera de Río Grande, dando esto por resultado que los bandidos y los contrabandistas tenían manos libres. A este estado de desorden hay que agregar que el General Escobedo, Ministro de Guerra de Lerdo, se había establecido en Texas cerca de la línea divisoria y sus adictos estaban tratando de organizar una contra-revolución. Esto acarreó conflictos con las autoridades de Díaz, quienes en más de una vez persiguieron a los revolucionarios atravesando el río y penetrando a Texas. En vista del estado de turbulencia de la situación, el Secretario de Guerra de los Estados Unidos, con fecha 1º de junio de 1877, expidió una orden al General Ord, comandante en Texas, autorizando a las tropas federales, cuando a su juicio llegase a ser necesario, para perseguir a los merodeadores mexicanos, a través de la frontera y arrestarlos o castigarlos en territorio mexicano.

Cuando esta orden se publicó en México, creó la más profunda excitación y tanto los periódicos de oposición como los gobiernistas la denunciaron como un grosero desprecio a la soberanía mexicana y un insulto a toda la nación. El General Díaz, a impulsos del clamor popular, hizo que se girasen instrucciones al General en jefe en la frontera ordenándole que se pusiera de acuerdo con el jefe americano y le ofreciera su cooperación para la supresión del bandidaje y desorden; pero que en caso que las tropas americanas penetrasen al territorio mexicano y ejerciesen jurisdicción, debería él "repeler por la fuerza el insulto que se trataba de inferir a México por la invasión de su territorio."

El día anterior a que se expidiera la orden al jefe mexicano, celebré una notable conferencia con el Sr. Vallarta, Ministro de Relaciones Exteriores. Las instrucciones que con tanta impaciencia había esperada del Gobierno de Washington acerca del reconocimiento del Gobierno de Díaz, me habían llegado al fin y se me ordenaba que se las comunicara. Estas órdenes fueron para mí una decepción y yo sabía que darían origen a una situación tirante de relaciones con México. Se me informó que el Gobierno de los Estados Unidos, antes de reconocer al General Díaz como Presidente de México, esperaba hasta estar seguro que su elección era aprobada

por el pueblo mexicano y que su Administración poseía estabilidad para sostenerse y voluntad para cumplir con las reglas de cortesía internacional y respeto a los tratados. El despacho que encerraba estas instrucciones contenía una revista de los disturbios de Río Grande, de los perjuicios sufridos por ciudadanos americanos a causa de injustas extorsiones, la prisión de un Cónsul y otros varios motivos de queja, y manifestaba que debía preceder algún convenio sobre estos asuntos antes de proceder al reconocimiento, pues los Estados Unidos, a la vez que buscaban la amistad y cordiales relaciones con la República hermana, preferirían esperar pruebas de que su amistad sería recíproca.

Después de la lectura del despacho se siguió una larga conversación. El Sr. Vallarta insistió en que el Gobierno del General Díaz poseía todas las condiciones para el reconocimiento, que exigían el Derecho Internacional y la costumbre y citaba el reconocimiento que habían hecho ya todas las otras naciones que mantenían relaciones diplomáticas con México. Por lo que se refería a quejas de los Estados Unidos y reclamaciones de sus ciudadanos, dijo que su arreglo apropiado debía seguir al reconocimiento, especialmente cuando algunas de ellas exigían un tratado o convenios diplomáticos.

En seguida se quejó de que había sobrevenido un cambio en la política del Gobierno de los Estados Unidos con el advenimiento del Presidente Hayes, porque mientras el Sr. Fish fué Secretario de Estado se había manifestado una disposición para que una vez que el Presidente Díaz se hiciese cargo del Gobierno como Presidente Constitucional, se le reconocería con tal carácter.

Pretendió haber recibido informes particulares de Nueva York y Washington acerca de que se estaba tramando un proyecto para provocar una guerra y anexión de territorio mexicano y que la orden dada al General Ord, que era un anexionista, tenía por fin llevar a cabo esto. Censuró acremente la orden militar del 1º de junio, declarando que se habían descuidado todas las reglas del Derecho Internacional y las prácticas de las naciones civilizadas, tratando a los mexicanos como salvajes, como kaffires de Africa; que hubiera estado más en su lugar una completa declaración de guerra; que ningún Gobierno podría sostenerse en México por un

momento teniendo en su contra la indignación popular, si no rechazara la invasión de su territorio por la fuerza de las armas.

Ya se han publicado el informe de esta entrevista y los documentos que con ella se relacionan y no reproduzco aquí mi contestación a lo anterior, en la que traté de conservar la justicia del punto de vista que había tomado nuestro Gobierno. Mi informe sobre lo que el Sr. Vallarta expresó, está muy lejos de dar una idea justa de la intensidad de sus sentimientos.

No hay qué dudar sobre la exactitud de su declaración sobre que se había operado un cambio de política respecto al reconocimiento, después de la inauguración del Presidente Hayes y tenía algún fundamento su acusación de que se había formado un complot para provocar la guerra por los disturbios de Texas. Algunos meses después, cuando visité Washington, se me informó de buena fuente que ciertos caballeros, cuyos nombres se me dieron y que tenían un interés especial en el éxito de la administración del Presidente Hayes, habían concebido la idea de que en vista de la tensión del espíritu público creada por los partidarios del Sr. Tilden y del perturbado estado de cosas en los Estados del Sur, desviaría la atención de los tópicos actuales y ayudaría en gran manera a consolidar la nueva Administración si se pudiese emprender una guerra con México y añadirse a la Unión otra tajada de su territorio. El cambio de política respecto al reconocimiento del Gobierno de Díaz y la vigorosa política sobre la frontera de Río Grande, que se manifestaba en la orden del 1º de junio, en que se autorizaba la entrada a México de tropas americanas, puede explicarse por la existencia de dicho complot. Había otros testimonios que denunciaban lo mismo. En el mismo mes de junio, como cuando tuvo lugar mi entrevista con el Sr. Vallarta, llegaron a México dos caballeros que me traían cartas del Sr. Evarts, Secretario de Estado. Uno de estos era el Sr. Vallejo, vecino de California en la época de su anexión a los Estados Unidos, entonces ciudadano mexicano de origen español, siendo en aquel tiempo un gran terrateniente y que ocupó lugar prominente en la historia primitiva de aquel Estado. Venía acompañado de su yerno, el General John B. Frisbie, americano, de maneras agradables y espíritu enérgico, pero visionario por temperamento.

Antes de venir a México visitaron Washington y expusieron su proyecto ante Mr. Evarts y otras personas prominentes en las altas regiones de la Administración, proyecto que era el de ejercer tal presión sobre México, al grado de no dejarle otra alternativa que la de las hostilidades o la venta de algunos de los Estados del Norte de la República. Ellos pretendían que como México estaba muy necesitado de dinero, antes que arriesgarse a emprender una guerra con Estados Unidos y su derrocamiento por el partido lerdistas, el General Díaz consentiría en deshacerse de una parte del territorio por una buena suma de dinero. Ellos, como conocedores del idioma y del carácter mexicano, servirían de intermediarios para aproximarse al General Díaz y convenir en las condiciones de compra en forma extraoficial, después de lo cual debían entablarse las negociaciones oficiales.

Por extraño que parezca, su proyecto había sido acariciado hasta tal grado que venían autorizados en forma enteramente extraoficial para tratar con Díaz el asunto. Jamás tuvo esto ni la más remota probabilidad de éxito, pero aún la sombra de una probabilidad se destruyó por su misma conducta. Había en Washington demasiadas personas que estuviesen en el secreto; el Sr. Vallejo era un anciano locuaz y tanto él como su yerno estaban tan enormemente engreídos con la importancia de su misión que apenas si débilmente la ocultaban. Los corresponsales de Washington se hicieron del secreto y mientras los emisarios venían en camino la noticia se publicó en todo el mundo. El Gobierno mexicano negó con indignación que alguna vez se le hubiese tratado sobre el particular ni de que por un solo momento pudiese dar oído a proposición tan antipatriótica y los señores Vallejo y Frisbie no tuvieron otra que hacer a su llegada sino negar su misión.

Todavía ocurrieron otros incidentes que complicaron aún las relaciones entre los dos Gobiernos. El Sr. Mata se puso obstinado y aburrido por su situación en Washington y pidió que lo relevaran; se envió a que lo substituyera al Sr. Zamacona, Ministro de la Suprema Corte, hombre de gran habilidad y muy familiarizado con los Estados Unidos, pero participó del mismo destino y no pudo hacer variar la actitud del Secretario Evarts acerca del reconocimiento. El Sr. Mata rindió un informe a su Gobierno a su vuelta

y me dijo que él tenía muy pocas esperanzas de que nuestras dificultades tuviesen un arreglo pacífico. Por la misma época manifestaba yo en mis comunicaciones al Departamento de Estado que en los círculos públicos existía un creciente y amargo resentimiento debido a la tardanza del reconocimiento; que había un sentimiento muy extendido en el país acerca de que nuestro Gobierno estaba inspirado en "su destino manifiesto" para absorber tarde o temprano a todo México y que todo acto positivo de nuestra parte se interpretaba como un plan preconcebido para provocar un conflicto y adquirir territorio.

Se me había ordenado por el Secretario Evarts y autorizado por el Presidente, para negociar con México un tratado que comprendiera todos los asuntos en controversia, para arreglar el asunto de la frontera, para ajustar las reclamaciones pendientes, para proteger a los ciudadanos americanos contra préstamos forzosos y exacciones de los revolucionarios y para colocar bajo mejor pie nuestro cambio comercial. En varias entrevistas con el Sr. Vallarta había yo solicitado con premura su atención sobre estos asuntos y habíamos examinado en detalle las diferentes materias; pero se había adelantado poco. Finalmente, obrando por instrucciones del Secretario Evarts, insté por la celebración de un tratado. El Sr. Vallarta expuso el asunto ante el General Díaz y, después de una junta de Gabinete, me informó que se había resuelto no ajustar ningún tratado ni tratar en lo sucesivo sobre ninguna de las cuestiones pendientes sino hasta que su Gobierno hubiera sido oficialmente reconocido; que este acto se pedía como un derecho y que no debía estar precedido de ninguna condición, pues no era ni honroso ni respetable solicitar el reconocimiento.

Convencido que el Gobierno de Washington comprendía mal la situación de México y el espíritu del Gobierno de Díaz, durante el verano de 1877 pedí licencia para visitar Washington, con objeto de conferenciar con el Presidente y el Secretario de Estado; pero al Secretario Evarts no le pareció oportuno que yo abandonara mi puesto. Pasó el otoño y vino el invierno sin que se presentara ningún choque en la frontera de Río Grande, pero sin que se obtuvieran ulteriores progresos de mejoría en la tirantez de las relaciones diplomáticas entre los dos Gobiernos.

Se había llevado un esfuerzo ineficaz con el objeto de obtener alguna acción del Congreso de los Estados Unidos en auxilio de la actitud de la Administración sobre asuntos mexicanos, pero un Comité de la Cámara de Representantes estaba empeñado en efectuar una investigación de las condiciones de la frontera de Río Grande, el que tenía como Presidente a un miembro de la Cámara, de Texas, que simpatizaba con la actitud de la Administración. En enero de 1878 fui llamado para comparecer ante ese comité y por instrucciones del Secretario de Estado fui a Washington y rendí mi testimonio ante el comité acerca de la situación de la frontera y sobre la estabilidad del Gobierno de Díaz, así como de su disposición hacia los ciudadanos americanos y sus empresas.

El Presidente y el Secretario Evarts quedaron satisfechos por mis declaraciones de que sería mejor no demorar ya por más tiempo el reconocimiento y al volver traje conmigo a México la autorización para ponerme en relaciones oficiales con el Gobierno mexicano. Esto lo efectué remitiendo al Ministro de Relaciones Exteriores una copia de mis instrucciones a ese fin, de abril 11 de 1878, dieciséis meses después de que el General Díaz había entrado a la capital y tomado posesión del Gobierno y casi un año después de haber sido reconocido por las otras potencias. Este lapso había sido de intensa ansiedad para la Administración de Díaz y para mí de gran embarazo personal, pues mi deber era sostener lealmente a mi Gobierno y yo no podía dar a entender a los mexicanos que la política respecto a reconocimiento era contraria a mi recomendación y consejo.

Inmediatamente después del reconocimiento me invitó el Presidente a un banquete que se dió en mi honor en el Palacio Nacional, para celebrar el agradable acontecimiento, habiendo asistido los miembros del Gabinete y los principales empleados del Gobierno, y a la semana siguiente el Presidente aceptó una invitación para una comida en la Legación, a la que asistieron los miembros del Gabinete, el Cuerpo Diplomático y otros altos empleados. Reinó durante la comida la mayor cordialidad y se alimentó la esperanza de que las dos Repúblicas vecinas habían entrado a una nueva era de confianza mutua y amistosas relaciones.

MEXICO BAJO EL GOBIERNO DE DIAZ

Al recibo por el Departamento de Estado de mi notificación de haberse restablecido con el Gobierno de México las relaciones oficiales, el día 7 de mayo fué recibido el Sr. Zamacona por el Presidente Hayes y entregó sus credenciales que hacía seis meses esperaban en Washington para ser presentadas. Con objeto de no dejar al Gobierno mexicano sin relaciones oficiales mientras se reconocía al General Díaz, el Sr. Ignacio Mariscal, Ministro acreditado bajo el Gobierno de Lerdo, permaneció en su puesto y desempeñó con imparcialidad sus delicados deberes. Había residido por muchos años en los Estados Unidos, primero como Secretario y después como Ministro.

El Sr. Mariscal volvió a México en abril de 1878 y permaneció en la vida privada solamente por un corto tiempo, pues el Presidente Díaz conocía demasiado bien su habilidad y experiencia para dejar que el país se viese privado de sus servicios. Fué miembro del Congreso Constituyente y firmó la Constitución de 1857, que inauguró el movimiento de Reforma y que continúa siendo aún el Código fundamental de México. El Presidente Díaz lo nombró miembro de su Gabinete en 1879 y al año siguiente asumió el cargo de Secretario de Relaciones Exteriores, puesto que ha seguido desempeñando con el pequeño intervalo de cuando fué nombrado Ministro en la Gran Bretaña. Su carrera como diplomático no ha sido igualada por ninguno de su generación y pocos hombres públicos de cualquier país han tenido que habérselas con negocios de tanta cuantía o desempeñado sus deberes con tan señalado éxito. Ha continuado sin interrupción como Primer Ministro en el Gobierno del General Díaz y a él se debe en gran parte el crédito de lo que se ha hecho.

Otro ejemplo del discernimiento del General Díaz para aprovecharse en su administración de los servicios de los adictos a su antiguo antagonista, Lerdo, fué su conducta para con Manuel Ro-

mero Rubio. Este, como Senador, denunció sin interrupción los procedimientos revolucionarios de Díaz y defendió con habilidad la conservación de los métodos constitucionales de Gobierno. Poco tiempo antes de su caída, el Presidente Lerdo lo hizo su Secretario de Relaciones Exteriores y acompañó en el destierro a su jefe derrotado y permaneció con él por algún tiempo en Nueva York esperando el resultado de los esfuerzos del General Escobedo para producir una reacción contra Díaz. Cuando fracasaron esos esfuerzos, el ardiente deseo de Romero Rubio para volver a su tierra natal, por las comodidades de su residencia palaciega y los ruegos de su encantadora familia, fueron demasiado fuertes para poderlos resistir por más tiempo y tranquilamente volvió a México, volviendo a ocupar su casa como un ciudadano particular. Tenía un gran círculo de amigos influyentes y era uno de los políticos de más empuje en el país y no transcurrió mucho tiempo antes de que el Presidente Díaz le ofreciese un lugar en su Gabinete.

Hay una novela que se relaciona con la familia Romero Rubio, en la que la Legación Americana desempeñó un papel importante y que tuvo resultados y benéfica influencia en los destinos de la República. Esta fué una de las primeras familias mexicanas con quienes establecimos íntimas relaciones sociales; la Sra. de Foster y yo y nuestros hijos se reunían con mucha frecuencia durante los siete años que residí allá. Cuando el Sr. Manuel Romero Rubio huyó de la capital en compañía del Sr. Lerdo en aquella sombría noche de noviembre, al despedirse de mí me recomendó a su esposa e hijos en caso que necesitasen protección por el levantamiento que se pretendía en la ciudad en favor de Díaz. Afortunadamente no las amenazó ningún peligro y al visitarlas en su residencia a la mañana siguiente las encontré confiadas en su seguridad.

A la vuelta del Sr. Romero Rubio, él, su esposa y su hija mayor visitaban con frecuencia la Legación en nuestros martes de recepción irregulares. En una de esas noches el Presidente Díaz nos honró con su presencia. La hermosa y encantadora hija de su implacable enemigo, el antiguo Senador y Ministro del Gabinete, llamó su atención, y pidió a la Sra. Foster que lo presentara con ella, lo cual hizo con cierto temor conociendo la antipatía política que existía. Esta amistad maduró con el tiempo hasta convertirse en

enlace matrimonial y la atrayente hija del jefe lerdista llegó a ser "la primera dama del país."

Al país le resultó ser esta una alianza de primer orden. El General Díaz no estaba desprovisto de cultura, pues había sido aprobado en el colegio de su Estado natal y estaba entregado a sus estudios de Derecho cuando la invasión americana de 1847 tuvo lugar, lo cual le llevó al ejército. De allí en adelante su vida entera fué la de un soldado y tenía necesidad de la amable naturaleza de una mujer de refinada educación para que suavizara las asperezas adquiridas en el campo y en el campamento. La Sra. de Díaz era una competente conocedora de la literatura inglesa y francesa, despejada y seductora en su conversación, por lo que la residencia del Presidente se convirtió pronto en el centro principal de la sociedad mexicana.

Era igualmente devota católica y miembro incansable en obras religiosas y de caridad. Como cabeza del Gobierno, así como jefe conspicuo del movimiento de Reforma, el Presidente Díaz tenía que ver que se pusieran en vigor las rigurosas leyes contra la Iglesia Católica, pero la suave influencia de la Sra. de Díaz las hacía aparecer menos desagradables a la autoridad eclesiástica. Con la característica familiaridad afectuosa de la raza española, la gente la llamaba con el atractivo nombre de "Carmencita," pues llegó a ser el ídolo de la nación.

El sentimiento amistoso y de cordialidad que se manifestó al tiempo del reconocimiento por los Estados Unidos del Gobierno del General Díaz en abril de 1878, fué, desgraciadamente, de corta duración. El fondo sobre el que basaba el Secretario Everts sus instrucciones para que yo hiciera el reconocimiento, era que el Gobierno del General Díaz se hallaba enredado en la discusión de asuntos de diferencias entre las dos naciones y se encontraba impedido de poder alcanzar un arreglo satisfactorio de estos asuntos por la falta del reconocimiento. Recibí instrucciones para insistir tras el reconocimiento, sobre algunas medidas permanentes de conservar la paz y de inflingir el castigo al bandidaje de la frontera, por una protección más eficaz de los ciudadanos americanos y de sus intereses en México y sobre el arreglo de varios asuntos de reclamación que ya se habían presentado.

En consecuencia, comencé a tratar de estos asuntos con el Ministro de Relaciones Exteriores y a encontrarme con las demoras que son incidentales en las negociaciones diplomáticas por ser un gobierno nuevo y que no estaba firmemente asegurado en el poder y que disponía de un tesoro escaso; fué entonces cuando las complicaciones que surgieron hicieron las negociaciones más difíciles aún. Escobedo, el General lerdistista, había vuelto a visitar Texas y estaba comprometido en el empeño de promover otra revolución en la frontera. El desorden y el bandidaje estaban otra vez en todo su apogeo y durante la primavera y el verano de 1873, las tropas americanas cruzaron varias veces la frontera y entraron a México en persecución o para castigar a los merodeadores.

Esto hizo que la prensa de la capital se entregase a un grado de mayor o menor excitación frenética. Volvieron a circular los antiguos rumores de que el Gobierno de los Estados Unidos estaba inspirado en un espíritu hostil y que trataba de llevar a cabo una anexión o establecer un protectorado sobre México. El Gobierno del General Díaz, influenciado hasta cierto grado por el clamor público, suspendió las negociaciones y pidió que se retirase la orden del 1º de junio, por la que se autorizaba a las tropas americanas para cruzar la frontera.

El Sr. Zamacona, Ministro de México en los Estados Unidos, al ver que sus esfuerzos para con el Secretario Evarts eran infructuosos, con cierta circunspección diplomática trató de crear un sentimiento público en el país que fuese favorable a México. Su plática ante una convención comercial en Chicago se interpretó como una apelación del Gobierno al pueblo de los Estados Unidos y el órgano oficial de Díaz *en la ciudad de México*, al informar sobre la reunión, dijo que "distinguidas personalidades habían condenado en alta voz la intriga de la anexión, que de manera tan profunda perturbaba la serenidad de las relaciones entre las dos Repúblicas."

El Sr. Matías Romero, que por tanto tiempo fué el hábil representante de México en Washington, en un periódico semi-oficial que publicaba cuando esta crisis, manifestó como un hecho que "el Gobierno de los Estados Unidos alimentaba sentimientos hostiles hacia México y andaba buscando motivos o pretextos para crear

dificultades entre las dos naciones." Nada podía ser más significativo del estado del sentimiento público en el país que tal lenguaje en boca de un hombre que conocía más bien al Gobierno y pueblo americanos por su larga residencia y amistosos sentimientos. Pocos años después el Sr. Romero volvió a ser el representante diplomático en Washington, en cuyo puesto continuó por espacio de diecisiete años hasta el día de su muerte.

En octubre de 1873, informé al Departamento de Estado que la creencia que prevalecía en México era que la situación se resolvía en una guerra. Había tenido lugar un incidente el mes anterior en el que fuí participante sin intención de serlo y que proporcionó a la prensa una oportunidad para circular más alarmantes rumores.

Es costumbre en México celebrar el aniversario de la Independencia nacional por medio de una festividad pública en la noche del 15 de septiembre, siendo una parte de la ceremonia una reunión que generalmente se celebra en uno de los más grandes teatros de la capital y que es presidida por el Presidente de la República, en compañía de los miembros de su Gabinete y otros altos funcionarios. En tal ocasión, se pronuncia un discurso, se recita una poesía, hay cánticos patrióticos y aires nacionales, terminando con el "Grito de Hidalgo" por libertad e independencia.

Ese año se me invitó con mi familia y comitiva a la celebración del aniversario, reservando para nuestro uso uno de los mejores palcos. En vista del profundo resentimiento que existía en el país contra mi Gobierno, temí que mi ausencia pudiera interpretarse mal y asistí a la celebración en compañía del Secretario de la Legación y de los miembros de mi familia. La poesía resultó ser una feroz diatriba contra el Gobierno de los Estados Unidos y su actitud en los asuntos que perturbaban entonces al público, poema que fué leído del modo más excitado y que no dejó de conmover al auditorio hasta un estado casi de frenesí. El grito de "Mueran los yanquis" se escuchaba en todos los ámbitos de la sala, mezclado con ruidos guturales y maullidos, haciendo con esto que todas las miradas de la concurrencia se fijaran en el palco del Ministro americano. Yo permanecí impassible en mi asiento hasta que la excitación decreció y así que continuaron los números del progra-

ma, tranquilamente me retiré con mi familia, dejando al Secretario en el palco.

El acontecimiento dió lugar a disparatados rumores en la prensa y en los círculos políticos. Uno era que yo había pedido mis pasaportes para salir del país, rompiendo de esta manera las relaciones diplomáticas; otro era que yo había dejado de ser persona grata y que el Gobierno de México había pedido mi retiro. El asunto se discutía con tal franqueza en los periódicos y aún se advirtió en el "Diario Oficial," que yo creí que era necesario escribir una nota personal al Ministerio de Relaciones Exteriores, manifestando que yo no había ni por un momento considerado a las autoridades federales responsables de algún modo, por lo que pudiera haber ocurrido en la festividad nacional, y que fuera impropio o descortés para mi país o mi Gobierno y que la demostración podía solamente considerarse como expresión impremeditada de un auditorio heterogéneo en épocas de excitación popular. El Ministro me contestó que mi nota había proporcionado mucho gusto al Presidente, pero que él nunca había creído que yo hubiera dado importancia alguna al asunto, "puesto que conocía tan bien su (mi) elevada inteligencia." La correspondencia se publicó en el "Diario Oficial," poniendo esto punto final a los excitantes rumores. Es de justicia decir que la prensa mexicana estuvo unánime en expresar su condenación al autor de la poesía, así como a la demostración, en que se faltó a los más elementales deberes de la cortesía y la hospitalidad.

La misma prensa, no obstante, estaba unánime en condenar lo que se acusaba ser la política de los Estados Unidos, de tratar de provocar las hostilidades que tuvieran por finalidad la anexión o el establecimiento de un protectorado. Unos cuantos extractos de uno de los principales y más moderados periódicos de la capital, demostrará el espíritu que animaba a la prensa en ese tiempo. Añade interés al artículo del que se hacen las citas, el exponer que el autor había viajado mucho por Europa y América, conocía bien nuestro idioma y había pasado varios meses en los Estados Unidos durante la campaña de Hayes-Tilden en 1876. Decía en parte, como sigue:

"Un periódico de Filadelfia, con audacia verdaderamente americana, ha afirmado que nuestra nación llama a la puerta de los Estados Unidos pidiendo protección contra los bandidos que en la actualidad la despojan de su rica herencia. Añade que si se consultara el sentimiento público por medio del voto, el veredicto resultaría unánime en favor de un protectorado del Gobierno Americano. Esto es falsedad. No solicitamos la protección de honor y buena fe, menos aún aceptamos la anexión que es un protectorado disfrazado. Sean cuales fueren nuestras desgracias, nos resignamos con ellas al punto. Este es el sentir que predomina en todo México. No hay aliados de este lado del Río Grande. En caso de guerra no habría más que enemigos que brotarían de nuestro rico suelo. También el clima sería nuestro aliado. El sentimiento nacional se fortificaría además con la antipatía de razas, la diferencia de costumbres y aún con el odio religioso. No puede repetirse con éxito otra campaña como la de 1847 y 1848. Los tiempos de Santa Anna han pasado. Los mexicanos han progresado. Hoy saben que el americano no civiliza, extermina. Es, por lo tanto, un sueño, una verdadera pesadilla, esta proyectada anexión... Por lo que se refiere a la seguridad pública, es tan imperfecta en los Estados Unidos como en México, y en determinados lugares no existe absolutamente. Con frecuencia se descarrilan trenes; se les detiene y roba por cuadrillas de bandidos, como en Missouri; los bancos se ven asaltados por bandas de hombres armados, como en St. Paul. En Nueva York, frecuentemente los almacenes en la parte comercial se ven vaciados en una sola noche por atrevidos ladrones. No pasa un día que no roben a las señoras en la calle. Lo mismo les acontece a los hombres, con la diferencia de que se acostumbra asaltarlos o estrangularlos. Los asesinatos con cuchillo o revólver están a la orden del día; las columnas de los periódicos diarios están llenas de tales actos. La bien organizada policía de Nueva York es impotente contra los pícaros, ladrones y corta-bolsas. En lo que atañe a la inmoralidad de la administración simplemente diremos que no tiene igual en ninguna otra nación. Los fraudes del whiskey, el proceso de Babcock, el del ex-Secretario Balknap, el de Tweed, Prefecto de Nueva York, y en el extranjero, el asunto de los bonos de Fremont y la Mina Emma por el Ministro Schenk, son actos ver-

gonzosos que han echado por los suelos el buen crédito de los Estados Unidos... Aquí no está garantizada ni la propiedad ni el individuo; tampoco lo están en los Estados Unidos. Teníamos una administración corrompida e inmoral; el pueblo la derribó y en la actualidad se trata de una regeneración. La intervención de la fuerza en las elecciones nulifica el voto público, corrompe las instituciones y provoca la guerra civil entre los mexicanos. La presión oficial, el dinero que se prodiga a manos llenas a los electores y la intervención de la fuerza provoca también deplorables desórdenes entre los americanos. Estamos distantes de excusar faltas que todos los días denunciarnos ante el tribunal de la opinión pública, tratando de corregirlas; pero si nuestros mayores en experiencia, nuestros superiores en práctica constitucional y servicio administrativo, no pueden evitarlas, ¿podemos nosotros corregir las nuestras en un momento? ¿Cómo pueden ellos darnos protección cuando ellos necesitan regenerarse a sí mismos?"

La falta de acuerdo entre los Gobiernos de los Estados Unidos y de México y cierta tensión en sus relaciones, se continuó durante todo el otoño e invierno de 1878-79. La administración de Washington rehusó retirar la orden del 1º de junio, pero el paso de tropas americanas a través de la frontera cesó con la vigilancia más eficaz que puso México y, afortunadamente, no tuvo lugar ningún conflicto entre las fuerzas federales de los dos Gobiernos, siendo eso lo único que podría dar origen a las hostilidades.

Con el transcurso del tiempo, sin ninguna contra-revolución afortunada, el Presidente Díaz pudo robustecer cada vez más su control del poder y mejorar su administración. Los productos de las Aduanas e impuestos tuvieron aplicación más equitativa y el crédito del Gobierno mejoró. Este hecho y la continuación general del orden han dado al Presidente mayor amplitud para hacer frente a lo que la administración de Washington esperaba de él, resultando gradualmente un estado más satisfactorio de relaciones; se retiró la orden de que las tropas americanas cruzaran la frontera y las diferencias tomaron una base diplomática más satisfactoria. Antes de que Díaz terminase el primer período de cuatro años, las relaciones entre los dos Gobiernos se habían hecho enteramente cordiales.

Hemos visto que para organizar su revolución contra Juárez primero y contra Lerdo después, el General Díaz hizo de la "no reelección" su grito de guerra. Al constituir su Gobierno, después de la expulsión de Lerdo del país, sometió a los Estados de la República una reforma a la Constitución Federal, prohibiendo la reelección del Presidente de la República o de los Gobernadores de los Estados. Esta reforma fué aprobada unánimemente por los Estados y el Congreso Federal, y el Presidente Díaz la publicó con toda solemnidad en 1878.

Fiel a su profesión, el General Díaz se retiró de su cargo al terminar su primer cuatrienio en 1880, y escogió a uno de sus favoritos lugartenientes como su sucesor, pero la Administración de éste resultó tan deficiente y corrompida que se elevó un grito general, pidiendo que Díaz volviese a ocupar la presidencia, lo cual hizo. Pudo hacer esto sin ninguna inconsecuencia, pues había transcurrido un período de cuatro años desde que había abandonado el poder. Pero durante su segundo período, el país disfrutó de tanta paz y prosperidad bajo su prudente y afortunada dirección de los negocios, que volvió a elevarse un clamor general para que continuara en el cargo. Esto podía hacerse constitucionalmente, únicamente derogando la reforma adoptada en 1878 y los Estados se apresuraron con ardor a dar los pasos necesarios. Bajo tales condiciones, el General Díaz habrá permanecido al terminar su actual período, sin interrupción en la Presidencia, por espacio de veintiséis años.

Durante estos años el país ha gozado de prosperidad sin precedente y era natural que los habitantes que tan grandemente se habían beneficiado por su administración desearan que continuara en el poder. Pero yo lo considero como un error de estadista haber cedido por tanto tiempo a sus deseos. Al pasar revista a la historia de México y de otros Estados hispano-americanos independientes, hemos visto que la principal causa de sus frecuentes revoluciones ha sido el esfuerzo para cambiar sus Presidentes. La entrega de la administración por métodos pacíficos y constitucionales ha resultado en muchos casos un fracaso. Especialmente éste ha sido el caso con México.

Hubiera sido un acto prudente y patriótico del General Díaz, el haberse retirado de la Presidencia al terminar su segundo período,

dejando vigente la cláusula prohibitiva de la Constitución. Entonces habría estado él en estado de garantizar una elección pacífica para su sucesor y la continuación del buen orden y la prosperidad que él había establecido. El pueblo también habría tenido la oportunidad de poner a prueba su aptitud para gobernarse por medio del ejercicio libre y sin trabas de la franquicia electoral, condición todavía desconocida en México. La benévola autocracia bajo su administración ha resultado en gran prosperidad para el país, pero muy poco ha hecho para educar las masas del pueblo en sus deberes bajo un gobierno republicano.

El biógrafo de Pericles, el más grande de los gobernantes republicanos de Atenas, al describir los desórdenes que siguieron a su muerte, hace estos comentarios: "Con su resolución de ser el primer hombre de la ciudad, no dejó lugar para el segundo... Ningunos renuevos frescos brotaron a su sombra. El enseñó al pueblo a seguirlo como jefe, y no dejó tras de sí a nadie que lo dirigiese; destruyó su independencia o cuando menos el funcionamiento mutuo de fuerzas opuestas y a su muerte apareció "el diluvio." No había quien pudiera sucederle. Una democracia sin grandes hombres es una democracia peligrosa."

Esperamos que no sea esto lo que le pase a México después de la muerte del Presidente Díaz.

COMERCIO Y FERROCARRILES

Durante el desempeño de mi misión en México dediqué gran parte de mi tiempo y pensamientos al mejoramiento de las relaciones comerciales entre los dos países. En ese tiempo el comercio exterior de México era reducido y éste lo hacía principalmente con Europa. Lo reducido del comercio con los Estados Unidos se debía a dos causas principales, a saber: primera, la falta de comunicaciones, y segunda, el carácter revolucionario del país. Con aprobación de nuestro Gobierno traté de negociar un tratado de reciprocidad comercial; pero pronto descubrí que era impracticable. Para establecer reciprocidad comercial, los medios de comunicación debían de ser frecuentes y baratos. Al principio, la única comunicación regular, era la de un vapor que venía de Nueva York cada tres semanas y después dos vapores al mes de Nueva Orleans. México concedió a esta línea una pequeña subvención, pero el Gobierno de Estados Unidos no concedió ninguna ayuda. En mi informe sobre legislación ferrocarrilera de esa época se verá que el intercambio por ese método no alcanzaba gran favor en México.

El carácter revolucionario del país, los cambios de empleados aduanales en los puertos y los actos opresores e irregulares de esos empleados, obstruccionaban en gran manera el libre comercio marítimo. Gran parte de mi tiempo lo empleaba en presentar ante el Gobierno mexicano quejas de comerciantes y buques americanos y de los de otras naciones cuyos intereses estaban a mi cargo, por cobros onerosos e injusticias de las aduanas. Además, el constante desorden e inseguridad en el país impedían el libre desarrollo de sus recursos y tendía a restringir el comercio.

Mientras fui Ministro, dos delegaciones comerciales visitaron la ciudad de México. La primera de éstas vino de Nueva Orleans, en conmemoración del establecimiento de la línea de vapores entre esa ciudad y Veracruz. Su visita fué a invitación de la "Lonja Mercantil" de la capital; recibieron señaladas muestras de atención y

hospitalidad de parte de las organizaciones mercantiles y de los ciudadanos particulares más prominentes, siendo festejados con una comida en el Palacio Nacional que les ofreció el Presidente, en cuya ocasión expresó el profundo interés que sentía por el desarrollo de las relaciones comerciales de los dos países. Pero su visita no aumentó de modo sensible el comercio.

En enero de 1879, una excursión organizada en Chicago con el exclusivo objeto de promover relaciones comerciales más íntimas, visitó la capital. En su mayor parte estaba formada por turistas; pero había en su seno buen número de representantes de casas comerciales y manufactureras. El Gobierno les proporcionó un edificio adecuado en donde pudieran exhibir sus muestras de productos y mercancías y se les divirtió con excursiones, comidas, un baile y otras muestras de cortesía. Pero esta visita tuvo también poca influencia sobre las condiciones existentes del comercio.

Es oportuno hacer notar la historia de la comunicación ferroviaria entre los dos países, puesto que su establecimiento ha influenciado grandemente las relaciones comerciales, ya mejoradas y aumentadas. La comunicación entre las dos Repúblicas por una vía terrestre mejorada, que proporcionase libre intercambio y comercio, había sido siempre una medida favorita para el Gobierno de los Estados Unidos. En las instrucciones que acompañaron el nombramiento en 1825 de nuestro primer Ministro, Mr. Poinsett, que las escribió el entonces Secretario de Estado, Henry Clay, se le daban especiales a nuestro representante para que se esforzara en obtener la cooperación del Gobierno mexicano en la construcción de un camino que se proyectaba para unir a las dos naciones, desde Saint Louis, por el territorio de los indios, vía Santa Fe, e iguales instrucciones se le dieron por el siguiente Secretario de Estado, Martin Van Buren.

Nada resultó de estos proyectos por muchos años, debido principalmente a la situación revolucionaria de México. A mi llegada al país, el único ferrocarril que se operaba, como ya se ha advertido, era el del puerto de Veracruz a la ciudad de México y su construcción había necesitado como veinte años con motivo de la inestable situación del país y la pobreza de su tesoro. El primer paso en serio que se dió para establecer comunicación ferroviaria

con los Estados Unidos, fué en 1874, por el contrato que se celebró por la Administración de Lerdo con el Sr. E. L. Plumb, que representaba el sistema ferrocarrilero de Texas y era capitalista de Nueva York. En el Congreso se atacó duramente la aprobación de este contrato, basados en que era inseguro confiar la construcción de ferrocarriles en la República a una compañía americana y que era peligroso hacer que el sistema ferrocarrilero de los Estados Unidos se prolongase dentro del territorio mexicano, pues podría hacerse uso de él para otra invasión del país.

El Sr. Plumb no había logrado obtener la aprobación de su contrato por el Congreso y de perfeccionar sus condiciones cuando ocurrió la revolución de Díaz, siendo una parte del pregonado plan la nulificación de varios de los contratos celebrados por la Administración de Lerdo. El Sr. Plumb, en consecuencia, se retiró del país y los capitalistas que él representaba no hicieron más empeños por obtener la concesión.

En 1877 se firmó un contrato por el Gobierno de Díaz con una compañía representada por el General W. J. Palmer, para un sistema de ferrocarriles que uniera la ciudad de México con los Estados Unidos y con la costa del Pacífico. Este contrato halló fuerte oposición en el Congreso, fundada en objeciones muy semejantes a las que se habían usado para combatir el contrato Plumb. El principal opositor era el Honorable Alfredo Chavero, prominente hombre público, sostenedor de la Administración de Díaz y vocero de la Cámara de Diputados. Afirmaba que era "una pobrísima política y mucha falta de juicio establecer dentro de nuestro país una poderosa compañía americana; que siempre debiéramos temer a los Estados Unidos" y dijo que debía rechazarse el contrato porque era "un peligro para la independencia y el futuro del país." La parte más culminante de su argumentación era la siguiente metáfora: "Id a proponerle al león del desierto cambiarle su caverna de rocas por una jaula de oro y el león del desierto os contestará con un rugido de libertad."

Es de justicia decir del Sr. Chavero y de sus asociados del Congreso que rehusaron aprobar el contrato, que esto lo hicieron en la época que acabo de describir, cuando el país estaba frenético de excitación por las dificultades de Río Grande y la supuesta hostili-

dad del Gobierno de los Estados Unidos. Vivió lo suficiente para hacer frecuentes viajes a los Estados Unidos, con cuyo pueblo y autoridades entabló las más cordiales relaciones de amistad. Con el restablecimiento de las relaciones amistosas y buena voluntad entre los dos Gobiernos, cesó la oposición a la comunicación ferroviaria internacional y en 1880 se celebraron contratos con compañías americanas, que han dado por resultado el actual sistema de líneas entre las dos Repúblicas.

Estas líneas han contribuido muchísimo a la solución de las cuestiones comerciales. Desde que comenzó su construcción se han intentado sin éxito dos tratados de reciprocidad. En 1883, el General Grant y el Sr. Trescot, en representación de los Estados Unidos y el Ministro Romero por parte de México, negociaron un tratado, que ratificado por el Senado y publicado por el Presidente, pero debido a la oposición de intereses especialmente protegidos en nuestro país, nunca fué posible obtener la legislación del Congreso para ponerlo en vigor. En 1891 fué autorizado por el Presidente Harrison para negociar un convenio de reciprocidad con México, bajo la tarifa McKinley, de 1890; pero los mismos intereses que había derrotado el tratado Grant-Romero impidieron cualquier arreglo satisfactorio. El establecimiento y multiplicación de comunicaciones ferrocarrileras internacionales, en gran parte, ha suplantado la necesidad de tratados de reciprocidad, como que ellas, más que ninguna otra influencia, han revolucionado las condiciones comerciales y dado a los Estados Unidos su actual gran preponderancia en el comercio de México, que tanto en importaciones como en exportaciones es mayor que el de todos los otros países combinados y muchas veces superior que el del país extranjero inmediato por su importancia.

Los asuntos diplomáticos no fueron los únicos que ocuparon mi atención durante mi permanencia en México y yo encontré el tiempo libre y la oportunidad para estudiar otras cuestiones de mayor o menor importancia. Tomé especial interés en el cultivo del café, al que es propicia una gran extensión del país, y traté de saber por qué no había adquirido mayores proporciones como artículo de exportación. Visité Veracruz, Michoacán y Colima, los Estados donde se le cultiva en mayor escala, en la persecución de mis in-

vestigaciones y envié un informe de ellas a mi Gobierno, que se publicó en los informes del Departamento de Agricultura y como documento del Congreso fué reproducido por la prensa, traducido y publicado, haciendo comentarios favorables sobre México. También rendí un informe sobre el cultivo del trigo. El producto principal para la fabricación del pan del país es el maíz, que se produce en todas partes de la República, pero una extensión considerable de las planicies se ha dedicado al cultivo del trigo. La agricultura allá en mi tiempo, se observaba de acuerdo con los métodos más primitivos y se hacía uso de aparatos muy rudimentarios. Algunos de los hacendados más emprendedores trataban de aumentar la superficie apropiada para el cultivo del trigo e introducían maquinaria e implementos americanos. Visité algunas de las haciendas y rendí un informe sobre el particular, informe que atrajo considerable atención en los Estados Unidos. Puede notarse, de paso, que el sistema de ferrocarriles ha sido una verdadera bendición bajo el punto de vista agrícola. La gran mesa, o planicie, depende de la precipitación pluvial para su provisión de productos alimenticios. Desde la época de la conquista española se han producido repetidas carestías, en las que han perecido decenas de millares de personas. En otras ocasiones ha habido años fértiles, a tal grado de superabundancia, que los productos alimenticios no se podían vender y los hacendados casi se arruinaban. No existen en México ríos navegables y el carácter montañoso del país hace difíciles y costosos los fletes. Así es que, con frecuencia había abundancia en una parte y carestía en la otra. A este respecto los ferrocarriles han sido un gran alivio y han vuelto imposibles las carestías.

Entre mis otros estudios, la Asociación Americana de Ciencias Sociales me invitó para que rindiera un informe sobre la judicatura y foro mexicanos. Su sistema judicial, al igual que su sistema político, es muy semejante al de los Estados Unidos. Los Ministros de la Suprema Corte, sin embargo, son elegidos por el voto popular por un período de seis años. El Presidente de la Suprema Corte, según la Constitución, es, ex-officio, Vice-Presidente de la nación; pero lo que pasó entre el General Díaz y el Sr. Iglesias en 1876, que ya dejó referido en mi relato sobre su revolución, condujo a un cambio sobre el particular. Los jueces federales inferio-

res son nombrados por el Presidente. Hay, como en los Estados Unidos, una clase de abogados solamente. El foro de la capital está formado por hombres educados; después de sus estudios preparatorios tienen que emprender un curso de seis años en la Escuela de Jurisprudencia, antes de poder comenzar a practicar; en los Estados Unidos se sigue una práctica semejante. A la Suprema Corte se le tiene gran respeto en toda la extensión del país. Yo cultivé muchas relaciones sociales con sus Ministros y con los miembros del foro de la capital y descubrí que, relativamente, su nivel profesional es tan elevado como el de los Estados Unidos.

Hice un estudio completo de la deuda exterior mexicana, la que parecía estar en esa época en la más lamentable confusión y envié dos largos informes a Washington sobre el particular, los cuales se publicaron. La deuda principal se había contraído en Londres desde 1823, a la que se le habían agregado de tiempo en tiempo, varias clases de deudas con España, Francia y los Estados Unidos. La historia de estas deudas exteriores era una historia de pagos de intereses por corto tiempo, ocasionados por esfuerzos espasmódicos para restablecer su crédito perdido o por la presión de alguna potencia extranjera, y tras de estos intervalos, largos períodos de suspensión de pagos y disputas con los acreedores, resolviéndose en nuevos arreglos y capitalización de intereses vencidos y estos nuevos arreglos eran pronto seguidos por nuevas suspensiones de pago de intereses. La mayor parte de estas suspensiones y omisiones se debían a los desórdenes y a la bancarrota de la Tesorería, causadas por las frecuentes revoluciones, más bien que a la deliberada mala fe del Gobierno. La deuda pública fué la que ocasionó el pretexto para la convención tripartita de 1861, que determinó el Imperio de Maximiliano.

Mi gestión en asuntos de carácter extraoficial, que más llamó la atención tanto en los Estados Unidos como en México, fué una carta que dirigí al Presidente de una asociación de manufactureros de Chicago. Fué ante este cuerpo ante el cual el Ministro Zamcona pronunció su plática a que me he referido y que se tomó como una apelación al pueblo americano de la política que nuestro Gobierno estaba observando. Se me había invitado para que les diera a conocer las observaciones que pudiera haber hecho durante

mi permanencia en México, acerca del desarrollo de las relaciones comerciales entre los dos países. En la carta traté especialmente de lo que impedía que existieran relaciones más amplias y que yo atribuía al carácter revolucionario del país, a la falta de protección a los ciudadanos y al capital americanos y a la manifiesta oposición a la unión ferrocarrilera con los Estados Unidos.

Mi carta fué enviada al Departamento de Estado, con la petición de que, en caso de ser aprobada por el Secretario de Estado, se remitiese a la asociación, lo que se hizo. Se publicó in extenso en los periódicos de Chicago, se reprodujo en el volumen de la correspondencia diplomática y, por resolución del Congreso, se imprimió como documento público. De este modo obtuvo gran circulación en los Estados Unidos y fué alabada o criticada según el juicio que se tenía de la política de nuestro Gobierno para México.

Llegó a México en una época en que la excitación política contra los Estados Unidos estaba en su período álgido y los comentarios de la prensa fueron casi universalmente desfavorables. El Gobierno le dió tanta importancia que se designó al Sr. Romero para escribir una refutación, la cual apareció en secciones diariamente en el Diario Oficial por varias semanas y se imprimió en forma de libro, llenando trescientas cincuenta columnas dobles de folio completo. Era un documento en toda forma, en el que abundaban valiosos datos estadísticos, pero perdía mucho de su utilidad con el fin de compilarlo por ser tan prolijo. La infatigable labor del Sr. Romero y minuciosidad de detalles, la describe una observación que me hizo el Sr. Mariscal, Secretario de Relaciones Exteriores, en una de las visitas que últimamente hice a México. El Gobierno había mandado construir en Washington un edificio para la Legación y habiéndome preguntado él qué tanto se adelantaba en la construcción del edificio, hizo la observación de que esperaba que su terminación estaría próxima, pues los volúmenes y toneladas de despachos que el Sr. Romero le enviaba acerca de él eran suficientes para construir el edificio con el papel que se usaba!

Otros varios deberes y prácticas, en adición a las que aquí se relatan, forman parte de la vida de un diplomático. De vez en cuando se celebran matrimonios en nuestra Legación de México. El que la ceremonia se efectúe en la Legación no añade nada a la

legalidad o fuerza de la liga de la unión; vale lo mismo si se celebra en una residencia o en un hotel; pero en la fantasía de los hechizados amantes le presta cierto aire de novela y patriotismo. Uno de los de mayor nota durante mi gestión, fué el casamiento de Charles Kinksley, el bien conocido teólogo y autor, que vino a México en busca de aventuras y fortuna y encontró su destino en la persona de una joven señorita americana llena de atractivos y perfecciones, que temporalmente residía en la capital. El acontecimiento trajo alrededor de la mesa de la Legación un gran contingente de las colonias americana e inglesa para presenciar la ceremonia y para beber a la salud y felicidad de la dichosa pareja.

En todas nuestras Embajadas y Legaciones en el exterior es más frecuente que ciudadanos americanos soliciten del representante de su país ayuda o servicios; pero en pocas de ellas son tan numerosas las solicitudes como en México. Me formé el propósito de contestar todas las cartas y de atender a semejantes solicitudes hasta donde me era posible hacerlo sin perjuicio de mis deberes oficiales. Para dar alguna idea de la extraña y peculiar naturaleza que a veces caracteriza estas demandas, copio textualmente una carta que recibí, que reza como sigue: "Denver, Colorado, agosto 11 de 1878. John W. Foster, Ministro de los Estados Unidos. Querido señor: Tengo algo que decir a Ud. que puede interesarle un poco, como que hay una buena suma de dinero en ello o cuando menos yo creo que la hay. Mi razón para creerlo así es ésta: En 1849 había dos soldados de nuestro ejército, entonces en México Viejo, que se apoderaron de cosa de \$65,000; para guardarlo, lo enterraron. Después, a su regimiento se le ordenó marchase a Veracruz y allí ellos tomaron el vapor para Nueva Orleans. A bordo del vapor uno de los individuos murió y al otro se lo llevaron al Norte de Indiana; allí se dió de baja y como vivía en ese Estado, pensó en ir a su casa antes de volver por su dinero. Cuando llegó, encontró a su mujer enferma; ella duró por largo tiempo enferma y finalmente murió, dejándolo con una pequeña familia a su cuidado y sin tener mucho con que atenderla. El no podía dejarla muy bien entonces, para ir en busca de esto, por lo que estuvo posponiéndolo, hasta que al fin nuestra última guerra estalló. El entonces sentó plaza calculando llegar al Sur, para ir en seguida por su hucha; pero antes de poder hacer lo que esperaba

cayó enfermo y murió. Yo le serví muchísimo durante su enfermedad y precisamente antes de morir; él me dijo todo acerca de esto, dándome la localidad exacta del dinero y diciéndome que yo fuera y lo recogiera, puesto que él nunca lo necesitaría. Pues bien, cuando terminó nuestra guerra comenzaron las dificultades entre franceses y mexicanos; por lo que pensé esperar tiempos más firmes; he estado posponiéndolo por una razón y otra hasta ahora; pero ahora yo no tengo dinero para ir y por lo tanto remito a usted la localidad exacta de donde está el dinero, tal como él me la dió, confiando en que si Ud. lo obtiene será lo bastante honrado para partirlo conmigo. Con la esperanza de poder tener pronto noticias tuyas, como conviene, soy con respeto vuestro... P. S. El dinero está en oro la mayor parte." (Viene en seguida algo que pretende ser un plano de la localidad, en que está representado un árbol viejo; un monumento, a cuyo pie se lee: "Antiguo monumento del Padre." "A tres pies del monumento está el dinero," marcado el lugar con una estrella; un pequeño cuadrado con un letrero dice: "Antiguos cuarteles de lanceros;" una cruz que indica los cuatro vientos principales, y en la parte superior, un letrero dentro de una escuadra que dice: "La villa de Jallapa, o Allapa.") Esta es la localidad exacta como él me la dió; no creo que haya ningún mal en ver si está, como él me dijo. El dinero pertenecerá a quienquiera que lo halle, pues no existe ahora nadie que sepa a quien perteneció antes de ser enterrado. Ahora yo fío en su honor para que se maneje honradamente conmigo." Aunque este pretendido tesoro enterrado, en caso de que haya existido, debe haber sido despojo de los soldados americanos, resolví asegurarme si se le podía localizar. Con este fin le mandé la carta a un ciudadano americano de buena reputación que vivía en Jalapa, que era evidentemente la localidad que se pretendía describir. A su debido tiempo me informó que se había esforzado por hallar el lugar indicado en la carta; pero que era imposible lograrlo, pues con el largo tiempo transcurrido las marcas habían cambiado todas. Así se lo hice saber al dueño de la carta.

Los Cónsules americanos en México eran, por regla general, un grupo de hombres dignos de crédito, cuidadosos en el desempeño de sus deberes y patriotas representantes de su país. Durante mi resi-

dencia de siete años, únicamente una vez tuve motivo para recomendar un cambio al Departamento. El principal puesto consular entonces era el del puerto de Veracruz y éste era desempeñado por el Dr. Trowbridge, que tenía un honroso pasado de servicios en la guerra civil y era además un estimable caballero. Tenía una interesante familia compuesta de seis miembros: un hijo y cinco hijas. Todos tenían propensión a la música, tocando cada uno de ellos algún instrumento y de esta manera, el Consulado era un agradable punto de reunión de los americanos. El Dr. Trowbridge, para procurarles diversiones a sus hijos, compró una imprenta particular con su equipo de tipos, etc. Publicaban cuando querían un periódico que se llamaba "Horas de Reposo." Escribió una reseña de su vida, que fué toda parada, impresa y encuadernada en casa por sus hijas y que formaba un respetable volumen. El pretendía que tal obra era una buena educación para sus hijas en un lugar donde no había escuelas inglesas.

La principal industria de México había sido por espacio de siglos y continúa siéndolo todavía, el laboreo de minas de plata. En ella se habían formado las grandes fortunas del país. En mi tiempo era, más que hoy, el negocio que absorbía mayor interés en el país. Casi todo el mundo hacía inversiones o se aventuraba en minas. Mis colegas los diplomáticos, sin excepción, se mezclaban en estas acciones. Yo comprendía, sin embargo, que mi deber era abstenerme por completo de tener ningún interés pecuniario en los negocios. Había un gran número de americanos empeñados en diferentes partes del país en la minería y éstos con frecuencia me presentaban quejas de los malos tratamientos que sufrían de parte de los empleados del Gobierno y me sometían preguntas sobre sus derechos de propiedad. Yo estaba en mucho mejor aptitud para ayudarles al saberse que yo no tenía ningún interés pecuniario en la industria. Es una conducta prudente en un representante diplomático, no estar interesado en algo que tenga carácter de negocios en el país de su residencia y evitar de esa manera complicaciones en las reclamaciones de sus conciudadanos.

La prudencia de tal conducta para un diplomático, se patentizó de modo notable en esos días en el caso del General Schenk, Ministro americano en Londres, quien permitió que se hiciera uso de

su nombre en los prospectos de la mina "Emma," proyecto americano en el que muchos ingleses hicieron inversiones, debido en parte al nombre del General Schenk. La mina resultó un fracaso lastimoso. Schenk era un hombre de una integridad incorruptible y nadie le acusó de estar en complicidad con la Gerencia; pero su reputación sufrió muchísimo por la indiscreción de haber permitido que se hiciera uso de su nombre en conexión con la mina.

UNA VISITA A LOS ESTADOS MEXICANOS
DEL INTERIOR

Durante el último año de residencia en México, emprendí un largo viaje por el interior y por algunos de los Estados del Pacífico. Yo había visitado todos los Estados a los que era fácil llegar desde la capital y aún algunos de los más distantes, incluyendo entre éstos Michoacán, Guerrero y Oaxaca, y había adquirido bastante reputación como viajero, pero yo deseaba conocer más a fondo la gente y recursos de los Estados que son rara vez visitados por los turistas y a los que poco afecta el intercurso con el mundo exterior.

En mi época, los únicos métodos para llegar a ellos eran por medio de la diligencia, la desusada diligencia "Concord," y a caballo y una buena parte del camino solamente de este modo. Los inconvenientes y molestias del camino se me presentaban con los más negros colores y pocos de mis amigos me animaban a emprenderlo; pero la experiencia adquirida en viajes por el país me convenció de que los peligros eran exagerados generalmente. El Gobierno Federal manifestó satisfacción por mi proyecto y me ofreció toda la protección necesaria. De esta manera, bien provisto de cartas de crédito y de presentación para las poblaciones y ciudades del tránsito, comencé mi viaje el día 26 de septiembre. Proyecté mi partida para esta fecha, porque estando ya para terminar la estación de lluvias los caminos estarían secándose y la vegetación estaría fresca y exuberante.

La mejor descripción que puedo hacer sobre mis impresiones, es dando un extracto de las cartas que le escribía a mi esposa, escritas del camino, cuando existían aún frescas en mi memoria estas impresiones. De Querétaro, al fin del segundo día de mi camino, escribía: "Después de tomar la diligencia ayer por la mañana, mi primer ocupación fué trabar conocimiento con los compañeros de viaje. Afortunadamente todos resultaron ser personas respetables. En primer lugar estaba un padre, que pertenecía a la iglesia de la

Profesa de México, que viajaba al interior. Era éste un individuo gordo, alegre y comunicativo, buen compañero de viaje y pronto nos hicimos bastante buenos amigos. En seguida había un comerciante de Guanajuato, que volvía de comprar mercancías, mexicano agradable e inteligente, cuya abuela era inglesa. Por fin, un hacendado con su familia compuesta de cinco personas, dos de ellas señoras. Antes de haber recorrido un gran trecho, las señoras pidieron permiso para encender sus cigarrillos y al punto todos mis compañeros echaban bocanadas de humo. Aunque hago de mis compañeros de viaje una descripción que los enaltece, cuando te comunico que todos ellos se servían del mantel en la comida, no obstante que teníamos servilletas, no te formarás una idea muy elevada de su fina educación! La diligencia ha venido bien escoltada en todo el camino por rurales (soldados de caballería) y cuando cruzamos los límites de Querétaro, se nos presentó un oficial con un mensaje de bienvenida del Gobernador; por lo tanto puedes estar segura de que se me cuidará. Por una buena parte del tiempo he venido en el pescante (sitio exterior, junto al cochero) y he disfrutado de un aire delicioso y un bello paisaje. Al entrar a esta ciudad estaba precisamente poniéndose el sol en el valle, formando una vista encantadora. Durante mi permanencia en ésta, de un día, se me han prodigado toda clase de atenciones. A mi llegada estuvo a recibirme una comisión, con un recado del Gobernador invitándome a que me alojara en su casa, invitación que decliné de la mejor manera que pude. En la mañana, el coche del Gobernador esperaba a mi puerta para llevarme a hacer visitas y en la tarde me acompañó a ver varias instituciones públicas, y después de visitar un buen número de éstas ¿en dónde crees que nos detuvimos?, en la plaza de toros en donde estaba en todo su apogeo una corrida de toros; pero se me debe hacer la justicia de que no me detuve a ver más que un toro muerto y me alegré de haberme retirado."

Al final del cuarto día de viaje, escribí de Guanajuato: "He quedado agradablemente decepcionado de las comodidades que encontré en el camino. Todas las comidas han sido buenas y todas las noches se me ha proporcionado una cama cómoda. Teniendo que levantarme muy temprano en la mañana, y teniendo que viajar a veces hasta las diez de la noche, la diligencia se vuelve un poco fastidio-

sa y esta monotonía se interrumpe únicamente por el cambio del asiento interior al del pescante. Una gran parte del viaje ha sido por el Bajío, que es uno de los valles agrícolas más ricos de México y que está ahora adornado con sus mejores galas desde que comenzaron las lluvias.

"A mi llegada a ésta me pusieron en gran embarazo las urgentes invitaciones del Gobernador y de tres o cuatro comerciantes o propietarios de minas, para quienes traía yo cartas para hospedarme en sus casas; pero preferí llegar al hotel, en donde tendría libertad para ver a toda clase de personas. Mi primer comida de "gran tono" fué en la casa de... Siguiendo tus indicaciones, fuí de frac; pero fuí el único de la reunión que lo llevó! Aunque como la comida se daba en mi honor y venía yo de la capital, me supongo que no desentonó. La colocación fué un poco rara. El anfitrión ocupó la cabecera de la mesa, colocando a su esposa a su derecha, a mí a la izquierda y al Gobernador en seguida de su esposa. Cuando llegué al hotel me encontré con una segunda tarjeta de la Sra. P., que me suplicaba fuera a tomar el té esa tarde en su casa a las seis; pero como yo sé lo que significa en este país "un té," contesté que tenía que ir a comer a la una a casa del Gobernador y esperaba me diera ella únicamente una taza de té. Temí que fuera demasiado para mí cuatro comidas en dos días. Entre mis visitas, le hice una al misionero americano protestante de aquí, quien había ido a visitarme a la Legación en México. Su esposa, señora muy recomendable, se encuentra casi aislada socialmente. Me dice que no tiene ninguna compañera de su sexo ni amistades que la visiten. La obra marcha lentamente."

La visita a Guanajuato fué de gran interés, con su situación única en el estrecho valle y el estudio de las minas y las atenciones del Gobernador y otros residentes, que hicieron muy provechosa y ocupada mi permanencia. Recibí iguales atenciones en la gran ciudad de León. El siguiente lugar de importancia en que me detuve fué Guadalajara. Extracto algunos párrafos de la primera carta de esa ciudad, en calidad de experiencias del camino; "Al pasar por Silao, se presentaron a ofrecerme sus respetos y recibir mis órdenes, el Jefe Militar, con un docena de medallas en el pecho, y el Jefe Político; pero como la diligencia no se detuvo más de media

hora, no tuve órdenes que dar... En Lagos, el Jefe Político había dado órdenes al hostelero de prepararme el mejor cuarto de la casa y cuando traté de pagar mi cuenta, el propietario se rehusó a recibir el dinero, diciendo que ya estaba pagada por el Jefe; pero yo insistí y lo hice recibir el dinero. No quiero que el Gobierno mexicano pague mis gastos de viaje... Al cruzar la línea divisoria para entrar al Estado de Jalisco, comencé a apreciar los efectos de mi amistad con Vallarta (Primer Secretario de Relaciones Exteriores del Gobierno de Díaz.) Este es su país y evidentemente que él ha hecho saber mi llegada, pues las atenciones que he recibido en el camino son casi agobiadoras. En la primera ciudad por donde pasamos, fuí objeto de una perfecta ovación, habiéndose ido a recibir a las afueras de la población por los empleados que llevaban una banda de música, entrando escoltado por ellos y echándose a vuelo todas las campanas, gran estrépito de cohetes, y todos los habitantes salieron a ver al extranjero. Afortunadamente tuvimos que permanecer solamente mientras se hacía el relevo de mulas y me alegré de alejarme de aquel ruido de campanas y cohetes, de las miradas de las gentes y de las atenciones de los empleados, a pesar de su buena intención. En otra población donde experimenté una recepción por el estilo y mientras se alistaba el relevo, uno de mis compañeros de viaje se bajó a tomar un refresco y el vendedor le preguntó quién de nosotros era el arzobispo. El pensó, naturalmente, que todo aquel repicar de campanas de las iglesias no podía ser por otra persona sino por el más elevado personaje de la autoridad eclesiástica. Si él hubiera sabido qué clase de hereje era aquel en cuyo honor se hacía todo aquel ruido, sin duda que su disgusto hubiera sido grande.

"La noche anterior a mi llegada a Guadalajara recibí un telegrama de Mr. Newton, el más prominente ciudadano americano, en el que manifestaba que los americanos residentes deseaban salir a recibirme fuera de la ciudad y que él me había preparado habitación en su casa, y me pedía le informara la hora probable de mi llegada. Le contesté que probablemente llegaría ya muy entrada la noche; que no me esperara y que respecto a mis compatriotas, me fueran a visitar a la mañana siguiente. Este resultó ser uno de los días más penosas de todo mi viaje. Me despertaron a las tres

de la mañana y a las nueve tuve que soportar una recepción oficial y desayuno de ceremonia, con brindis y discursos, lo cual nos demoró. El camino estaba malo y avanzábamos lentamente; además, dos semanas antes habían robado la diligencia y matado a dos pasajeros, lo que ocasionó que las autoridades federales y del Estado nos recargasen con una numerosa escolta. Esto fué el motivo por lo que no llegamos a San Pedro, población distante una legua de Guadalajara, sino hasta después de las once de la noche, y cuál sería mi sorpresa al encontrar que la plaza estaba iluminada, que una larga fila de coches me esperaba, y no solamente estaba allí toda la colonia americana, sino que también el Gobernador del Estado, el General en Jefe de las fuerzas federales, el Presidente de la Suprema Corte, las autoridades municipales, etc. Cansado, empolvado y soñoliento como estaba no pude menos de pensar (no obstante el agasajo que yo apreciaba muchísimo) que eran una gran turba de necios por andar en esa clase de ceremonias a semejante hora de la noche; yo hubiera apreciado mucho más haberme ido tranquilamente al hotel y recibirlos a todos a la mañana siguiente, después de tomar un baño, cambiarme ropa y haberme desayunado. No había otro camino que seguir, que el de cambiarme de la diligencia a un carruaje abierto y entrar a la ciudad en compañía del Gobernador, el General y el Presidente de la Corte. Las autoridades me habían preparado una casa a la que el Gobernador propuso llevarme en seguida; pero yo rehusé de la mejor manera que me fué posible, bajo el pretexto de que ya había aceptado la hospitalidad del Sr. Newton que me tenía preparada. Por más que aprecio todas sus atenciones, prefiero no caer en manos de autoridades mexicanas. Con todas las dilaciones, recepciones, etc., eran las dos de la mañana cuando me fuí a la cama, que yo había abandonado veintitrés horas antes. Pero esta mañana me levanté temprano, fuerte como siempre y en aptitud de darte cuenta de mis hechos."

Los cuatro días que permanecí en Guadalajara fueron de gran quehacer y de mucho interés. Después de la ciudad de México, era la ciudad más importante de la República y capital del Estado más poderoso. La víspera de mi partida de allí, escribí como sigue: "Una gran parte del tiempo que he pasado aquí lo he dedicado a visitar las instituciones públicas, que son más numerosas y de ma-

yor mérito que en ningún otro lugar del camino. Acabo de volver de una jira de inspección semejante, acompañado por el Gobernador. Una de las más importantes de dichas instituciones es el Asilo "Alcalde," nombre que se le dió por el del Obispo que lo fundó a principios de este siglo. Comprende un orfanatorio, un hospital, una escuela para niños y niñas pobres, un hogar para ancianas, etc. Es muy extenso, pues tiene veintidós patios y es la institución más bien atendida que he visto en México. Este Obispo hizo un bien inmenso al Estado y su obra es una prueba brillante de que no todo el clero católico está formado de ambiciosos de poder y de riquezas... Puedo haber hecho mención en mis cartas de León que me ha sorprendido bastante que en cada una de estas dos importantes ciudades del interior, como también en Guanajuato, el Gobierno está empeñado en la construcción de magníficos teatros, en los que se gastarán centenares de miles de pesos, en tanto que ninguna de ellas tiene, hasta donde pude observar, un edificio decente para escuela pública. No me pareció correcto hacerles notar, por más que lo deseaba, que en nuestro país los mejores edificios públicos eran escuelas y que dejábamos para las empresas privadas y compañías la construcción de teatros... Hoy tuvo lugar la comida oficial que me ofreció el Gobernador y resultó el festín más elegante que hasta ahora se me ha dado. El Gobernador vino por mí en su coche y me condujo a la casa que había sido arreglada para recibirme y que yo rehusé. Era un edificio cuasi palaciego y allí se efectuó la comida. Hubo, como de costumbre, muchos brindis y discursos llenos de cumplidos sobre nuestro país y su representante. Pronuncié el mismo discurso que en Guanajuato, con ligeras modificaciones que se aviniesen con la localidad. Es el mismo que, según te acuerdas, preparé antes de salir de México e hice que lo pusieran en castellano puro. Espero que para cuando llegué a Mazatlán ya podré recitarlo corrientemente. Les gusta muchísimo a los mexicanos oírme alabarlos en su propia lengua. Mi discurso me trae a la memoria el chiste que se cuenta de Nelson (mi antecesor.) Preparó un bonito discurso de campaña política que pronunciaba en todas partes en Indiana, sin variación alguna. En Washington, después de la campaña, al hacer presión para obtener un empleo, se jactaba de haber pronunciado 135 discursos en Indiana durante la campaña.

Uno de sus amigos dijo: "No Tom, lo que quieres decir es que pronunciaste un discurso 135 veces!" En ninguna parte me han recibido mejor que aquí todo el mundo, y al partir me llevo las impresiones más agradables. La colonia americana es pequeña, pero muy respetable y se han mostrado muy atentos conmigo. Han quedado tan contentos de mi venida que bien vale la pena del viaje por complacerlos. Me formé el ánimo de visitar a todas las señoras americanas, inclusive a las esposas de los misioneros de la Mesa Directiva Americana, que son personas muy inteligentes. Me temo que se sientan muy solas, sin contar con mucho afecto de parte de los otros residentes americanos."

"Colima, octubre 16.—He llegado a ésta sano y salvo después de tres días y medio de camino de Guadalajara, la mayor parte del cual lo hice a caballo, pues tuvimos que atravesar cuatro barrancas y trepar por un gran número de montañas. Los incidentes del camino fueron muy parecidos a los que tuve antes de alcanzar Guadalajara; desayunos o comidas en toda población de importancia, con repiques de campanas, cohetes y demostraciones bondadosas por todas partes. El panorama que nos presentó el volcán de Colima fué muy atractivo. No estaba en erupción activa como lo está a veces; pero de vez en cuando se levantaba una densa columna de humo que duraba espesa solamente por unos cuantos minutos y la seguía una pequeña espiral semejante a la que sale de una chimenea, hasta que cesaba por completo; pero quedaba suspendida sobre la montaña como por espacio de una hora o más, la nube negra. Al llegar aquí hago el descubrimiento de que necesito limitar mi permanencia a un solo día, pues de lo contrario corro el riesgo de perder el vapor de la costa. El Gobernador pareció muy afligido por la inesperada limitación de mi permanencia, pues él esperaba ofrecerme un banquete y en vez de ello me invitó a tomar una taza de té en el Palacio de Gobierno, que se convirtió en toda una gran cena con asistencia de treinta de los empleados y particulares de más significación, con los acostumbrados brindis y discursos."

"Manzanillo, octubre 18.—Por fin me encuentro en el Océano Pacífico, después de tres semanas de ausencia de la Legación y de la

familia. El viaje de ayer se hizo parte por tierra y parte por agua. Las primeras dieciocho leguas las hicimos en un ligero coche, de muelles, llevando por compañero al Sr. Morrill, el Cónsul. En el lago o laguna, vino a mi encuentro el Sr. Dickman, el Vice-Cónsul, en un bote en que ondeaba una pequeña bandera americana; agradable espectáculo tras de mi largo viaje por tierra. A las 5.30 nos embarcamos en el lago. El sol descendía precisamente tras las colinas que separan el lago del Océano; soplabá una fresca brisa y el suave y rápido movimiento del bote lo sentía delicioso después de los bruscos tumbos de la diligencia y mi cabalgata a caballo atravesando barrancas. La distancia que había que recorrer era de treinta y cinco millas, distancia que con cuatro remeros cubrimos en poco menos de cinco horas. Era sorprendente ver a los remeros sostenerse trabajando durante cinco horas, haciendo a razón de siete millas por hora, sin un momento de interrupción, excepto en dos o tres veces que se detuvieron para tomar un trago de tequila o encender un cigarro, negocio que duraba menos de un minuto. Así que nos hubimos internado bastante en el lago, el Sr. Dickman sacó un cesto con un lunch, compuesto de jamón, queso, cerveza, galletas y manzanas, todo de California, lo que saboree con deleite. Así que me cansé del encantador paisaje tropical, dominado por las sombras de una noche débilmente iluminada por la clara luz de las estrellas y una luna en creciente, se me preparó una cama en la popa del bote, donde por espacio de tres horas dormí a tres pulgadas del agua, mecido suavemente por el movimiento de los remos. Al llegar me encontré confortable alojamiento en la casa del Sr. Dickman, una de las pocas casas buenas que hay aquí, dando mi cuarto vista a la bahía, de donde soplabá una fresca brisa que atemperaba el calor, el que he sentido algo abrumador por mis viajes por la llanura y en las montañas. Quedé muy complacido con el señor y la señora Morrill. Respeto en alto grado al Sr. Morrill, especialmente porque lleva una vida de acuerdo con la vida cristiana, en esta tierra, donde todas las influencias orillan al descuido del deber o a la Iglesia Católica. Sus padres lo educaron como Bautista-Libre-Altbedrío hasta que abandonó la casa paterna a los quince años de edad, sin ser nunca miembro de la Iglesia. Sin embargo, con su familia leía las oraciones todos los domingos por la mañana, des-

de que está en México (diecinueve años) y, como dice, ha tratado de llevar una vida cristiana. Ahora comienza a ver sus resultados. Como en esta parte del país no hay Ministro Protestante, sus hijos fueron bautizados por los sacerdotes católicos. Una vez que crecieron los ha enviado a la escuela a California y uno tras otro, por propio acuerdo, se han unido allá a la Iglesia Protestante. El se expresó con gran sentimiento acerca de sus profesiones de fe. Puedo decir que este es el único punto religioso brillante con que me he encontrado entre las familias americanas o extranjeras de la comunión protestante desde que salí de la capital. Generalmente se trata de casos de indiferencia o de adhesión a la Iglesia Católica, con el fin de casarse o por consideraciones mercantiles."

"Mazatlán, octubre 24.—Arribé a ésta por la Mala del Pacífico y fuí tan cordialmente recibido y agasajado por todos los empleados del buque y pasajeros, al modo y con la comodidades americanas, que me sentí como si hubiera vuelto a mi propio país. Al anclar el buque vino a saludarme nuestro Cónsul y el Sr. Kelly, quien, como te acuerdas, nos visitó en México. Su razón social es una de los más antiguos establecimientos ingleses en esta parte del país; insistió en llevarme a su casa, en donde se me atiende no sólo con comodidad, sino aún con lujo. Espero hacer en su compañía un viaje de tres días, mañana por la mañana, al distrito minero de Rosario."

"Octubre 27.—A nuestro regreso de las minas esta mañana, me encontré a toda la ciudad presa de gran excitación. Antenoche asaltaron esta ciudad y casi lograron tomarla, una partida de revolucionarios (pronunciados.) Un general de apellido Ramírez, que había sido una de los principales jefes de Díaz, se había disgustado y había reunido la gente con la que atacó la plaza. Si hubiera logrado apoderarse de ella le habría proporcionado el más importante puerto de mar de la costa del Pacífico, con un cañonero y dos lanchas de vapor y se habría desarrollado una revolución con todas sus características. Sabiendo que yo tenía proyectado continuar mi viaje por la mañana, el General en Jefe de las fuerzas federales vino a decirme que él no creía prudente que yo saliera para Du-

rango, pues había recibido informes acerca de que una fuerte partida de pronunciados había acampado a ocho o diez leguas de la ciudad, a un lado del camino que yo tenía que llevar; que la pequeña fuerza de caballería que él tenía en la ciudad no formaba una escolta suficiente para mí; que ya había ordenado que se concentrara en ésta toda la caballería que tenía en ese distrito y que dentro de tres o cuatro días ya tendría fuerzas suficientes para hacerme atravesar en salvo. Yo le manifesté voluntad, no obstante, de ir solo, sin escolta, contra lo que él protestó grandemente; pero yo le dije que lo absolvía a él y al Gobierno mexicano de toda responsabilidad y que tomaba el riesgo sobre mí mismo. Yo no quería perder tiempo y, además, si es que iba a haber algún combate, prefería no estar cerca cuando tuviera lugar. Por lo tanto, estoy preparándome para salir en la mañana a mi largo viaje de siete u ocho días, para cruzar la gran Cordillera de la Sierra Madre, a Durango."

"La Ciudad, noviembre 1º—Hemos llegado por fin a la cúspide de la Sierra Madre, a nueve mil pies sobre el nivel del mar y hemos tomado un día de descanso. Tuve la fortuna de encontrar en Mazatlán un agradable compañero de viaje en la persona del capitán L., noruego, que ha tenido bajo su mando uno de los cañoneros mexicanos y ahora está en comisión para presentarse a rendir informe en la capital. Habla inglés y español y me ha evitado la dificultad del arreglo de alojamientos, comidas, etc. Al salir de Mazatlán anduvimos catorce leguas en un coche rural y en seguida volvimos a ocupar nuestras mulas. Cada uno de nosotros llevaba una mula de silla, una de carga y dos criados montados. Se nos había dicho que no encontraríamos provisiones en el camino, por lo cual nosotros llevábamos una buena provisión de ellas. Para dormir no teníamos en la noche más que una especie de catre, que no es sino un marco colocado sobre cuatro patas o postes, cubierto con tiras de cuero sin curtir, sin cobertores ni almohadas; dormíamos a la intemperie o bajo cobertizos de paja; pero como el clima era caliente no sentíamos ninguna incomodidad, sirviéndonos nuestras mantas para cubrirnos y nuestros sobretodos como almohadas. En el camino no encontramos en calidad de comida sino frijoles y tortillas y a veces ni esto, y solamente una vez encontramos una ga-

llina; pero con el té, café y provisiones que llevamos nos la pasamos muy bien. El camino es el más áspero y difícil que jamás he atravesado, casi constantemente subiendo y bajando montañas de las más empinadas; teniendo que atravesar como doce veces el río de Mazatlán, que es una corriente rápida y profunda, con el temor siempre de llevar un chapuzón. Un día nos sorprendió un chubasco, el primero que sufro desde que salí de México, que aumentó el caudal del río a tal grado, que tuvimos que esperar hasta la mañana siguiente para poder pasar. El camino no merece el nombre de tal; es simplemente una vereda lo suficientemente ancha para que pase una mula y que a veces se pierde por completo. A veces el sendero era tan angosto y el descenso tan pronunciado, que de buena gana me hubiera desmontado; pero dicen los guías que en tales lugares el pic de la mula es mucho más seguro que el del hombre. El panorama está tan soberbio que desafía toda descripción. Creo que bajo este particular he gozado del viaje más que de ningún otro de los que he hecho. La Sierra Madre se compone aquí de una serie de cordilleras de montañas que suben y bajan, por las que tiene uno que pasar, la siguiente más alta que la anterior, hasta que llegamos a la cúspide, poniendo a la vista cada cumbre de montaña un paisaje diferente y superior. Nunca he visto antes una cordillera de montañas y fracciones de valles como éstos. El Sr. A., en cuyo rancho nos hemos detenido, es un ciudadano de Virginia, que se fué a California hace muchos años y se vino a este apartado lugar en 1862, donde ha permanecido desde entonces con éxito vario. Ahora está empeñado en la minería y es dueño de una granja precisamente en la parte más alta de las montañas, a donde alcanzamos las mesetas. Habiendo oído hablar de mi venida, descendió la vertiente una media jornada para salirme al encuentro, y llevarme a su casa, en donde nos ha hecho una cordial recepción. Anoche, después de nuestra llegada, nos dió, entre otras cosas buenas, carne de res en latas, pan americano, abundante leche fresca y la mejor clase de mantequilla, verdaderos bocados de rey después de lo que habíamos pasado en las montañas. En la noche hace aquí bastante frío, por estar más elevado y al Norte que la ciudad de México. El sentarme frente a una chimenea abierta, anoche, tan grandes trozos de pino flamífero, me hizo

recordar mis antiguos tiempos cuando vivía en Indiana. Mi viaje por el campo me proporcionó un conocimiento más íntimo de lo que había tenido antes cerca del infeliz estado social y moral que se tiene en estos remotos lugares del país. Entre las clases bajas es de ocurrencia común el que los padres de una muchacha bonita la vendan a algún rico y cuando éste se cansa de ella puede ser tomada por un hombre de clase inferior o entregarse a una vida peor. No es inusitado el que los oficiales del ejército, especialmente en épocas de revolución, se lleven a su paso por el campo y a la fuerza, alguna muchacha agraciada o mujer de las clases bajas que por casualidad les haya gustado. El estado de la moral entre ellos, por lo que respecta a las relaciones matrimoniales, es de lo más infeliz y aún entre las clases elevadas es bastante malo. Las gentes del rancho tuvieron anoche un fandango o baile y nos invitaron a asistir a él. Ví por primera vez bailar el jarabe, que no es muy decoroso. A la mañana siguiente continuamos el viaje y un día antes de llegar a Durango nos vino al encuentro un oficial en representación del Gobernador, llevando una escolta de caballería, habiendo hecho sin guardia militar únicamente la travesía de las montañas de Mazatlán. En Durango pasaron las cosas muy parecidas a como habían pasado en las capitales de Estado que había visitado: cordial hospitalidad de las autoridades y vecinos; revista de instituciones públicas; banquete oficial por el Gobernador; encuentro con algunos antiguos amigos y formación de nuevas y agradables amistades. Referente a mi viaje a Zacatecas y escenas observadas en el camino, escribí lo siguiente:

"Tenía que salir de Durango por la diligencia, a las dos de la mañana y mi huésped, el Sr. M., arregló una agradable partida de *whist* para pasar el tiempo, sirviéndose a media noche una elegante cena. Era una larga y fastidiosa tirada de treinta y ocho leguas para llegar a una población graciosamente situada, que lleva el nombre indiano de Chalchihuites. A una legua de la ciudad salieron a encontrarme las autoridades y un gran número de ciudadanos en coches y a caballo, me sacaron de la diligencia y me escoltó hasta la población una comitiva completa, yendo al frente una banda militar, después de haber hecho una salva de artillería como saludo. Se me alojó en la casa principal de la población, donde se verificó una

comida oficial con los acostumbrados brindis y discursos. En el curso de la comida supe que se había resuelto dar un baile en mi honor, después de la comida. Como la noche anterior no había dormido nada y durante el día había hecho una jornada tan inusitadamente larga, y teniendo que partir al día siguiente a las cinco, esta extremada hospitalidad era más de lo que yo podía soportar y en consecuencia, me escapé del baile metiéndome en mi cuarto después de comer y en seguida me retiré. Me encontré en ésta dos familias americanas, muy agradables e inteligentes, que manifestaron gran gusto de verme. Una de ellas vive aquí desde la guerra de 1848. La gran satisfacción que a todas luces ha proporcionado mi viaje a los americanos residentes, ha sido uno de los incidentes más agradables de mi jira. Ningún Ministro ha visitado jamás sus localidades y además de establecer relaciones personales conmigo, ha sido motivo de orgullo para ellos ver que las autoridades mexicanas reconocen tan cordialmente a su país. El Estado de Zacatecas ha sobrepujado hasta ahora a todos los otros en las atenciones y demostraciones hechas en mi honor. Supongo que el Gobernador ha oído hablar de la recepción que se me ha concedido en las otras ciudades y poblaciones y esto le ha despertado su orgullo del Estado. Verdaderamente, mi recepción fué de lo más cordial bajo todos conceptos. En una de las poblaciones, después de la acostumbrada recepción y comida, el Jefe Político sugirió que por cuestión de higiene, antes de irse a dormir, saldría bien que fuésemos a dar una vuelta por la plaza y cuál no sería mi sorpresa cuando apareció toda ella brillantemente iluminada, comprendiendo los muros de la iglesia, la torre y todos los edificios que rodean la plaza. La banda marchaba tocando piezas de música y toda la población salió a ver a *Su Excelencia el Señor Ministro Americano*. La diligencia partió al día siguiente a las tres de la mañana, pues era larga la jornada; así es que me levanté a las dos y media de la mañana, encontrándome a los principales ciudadanos que estaban presentes para tomar chocolate conmigo y decirme adiós. La plaza estaba iluminada aún; yo no supe si la conservaron iluminada toda la noche o la volvieron a iluminar para mi partida."

Me volvería fastidioso si continuara sacando extractos de mis cartas para dar detalles del resto de mi jira. Se pasaron cuatro

días en Zacatecas, pródigos en hospitalidad y honores y en examinar el gran centro minero. De allí pasé a San Luis Potosí, donde se me prodigaron iguales atenciones. En esta ciudad acepté la hospitalidad de la casa que se me había preparado por las autoridades para mi alojamiento, haciendo con ésta una excepción de como había obrado en otras capitales de Estado, por razones que no es necesario explicar. De allí me volví al Norte otra vez, a Saltillo, la capital de Coahuila; de allí a Monterrey, sede del Gobierno de Nuevo León y por fin llegamos a Matamoros, en la frontera con Texas, junto a la desembocadura del Río Bravo. En todas estas ciudades y villas, a lo largo del camino, se me prodigaron expresiones de invariable hospitalidad y cordiales sentimientos para con nuestro país.

En Matamoros me encontré al General Ord, antiguo amigo de la época de la Guerra Civil, Jefe del Departamento de Texas, el hombre que había sido causa de tanta indignación del lado de los mexicanos durante los años últimos, con motivo de que sus soldados cruzaban de vez en cuando la línea divisoria y entraban a México, en persecución de merodeadores y bandoleros. Aparentemente había muerto el sentimiento de hostilidad, pues al asistir a las fiestas que se dieron en mi honor por las autoridades mexicanas, se le dió una calurosa bienvenida. El General estaba entonces visitando la guarnición de Fort Brown y los ciudadanos de Brownsville, Texas, nos dieron una comida en honor de los dos, a la cual siguió un baile en Fort Brown.

Como en ese tiempo no había servicio regular de buques de pasajeros que tocasen la boca del Río Grande con rumbo a Veracruz, el Gobierno mexicano me hizo el honor de enviar a uno de sus cañoneros para que me llevara de Matamoros a ese puerto. De este modo completé mi jira de cosa de tres mil millas, en la cual emplee casi tres meses, sin haber tenido ningún retardo serio ni acontecimientos desagradables. Poco después de haber llegado a la capital, el Presidente Díaz me invitó a una comida en el Palacio Nacional, a la cual asistieron el Cuerpo Diplomático, el Gabinete y otros altos empleados y tuve la oportunidad, en contestación al brindis del Presidente, de hacer público mi reconocimiento por las

atenciones que había recibido de las varias autoridades y ciudadanos.

Mi excursión era de tal modo desacostumbrada, que yo obtuve la reputación de todo un viajero y mi regreso dió motivo para que aparecieran varios artículos en la prensa. Lo que sigue es un extracto de uno de los periódicos de mayor circulación: "La jira del Ministro Foster por la República de México, es de interés bajo varios respectos. Nunca diplomático alguno ha hecho una jira semejante y muy pocos turistas, si es que hay alguno, han viajado por tal extensión de territorio, visitando tantas ciudades y villas, y nadie ha estado en tan íntima comunicación con el pueblo o se ha mezclado tan por completo con todas las clases sociales de la sociedad de México. Esta gran excursión, unida a las anteriores, convierte a Mr. Foster en una de las personas más bien informadas de los asuntos mexicanos, pues ha visitado casi todos los Estados de la República. La recepción que se le ha hecho en todos los lugares que ha visitado demuestra el alto respeto que se le tiene en todo el país y el deseo de cultivar relaciones amistosas con los Estados Unidos. Fué muy satisfactorio para los mexicanos el que él contestara a los varios discursos y en su trato social con la gente, en el propio idioma del pueblo."

DE MEXICO A RUSIA

Pocas semanas después de mi vuelta a la capital de la excursión a los Estados mexicanos del interior, me llegaron noticias a la ciudad, por telégrafo, de que se me había cambiado a la Misión Rusa y que el Presidente Hayes me había nombrado para ese puesto con fecha 19 de enero de 1880. Se envió mi nombre al Senado al mismo tiempo que a James Russell Lowell se le nombraba para trasladarse de Madrid a Londres y se hacían otros cambios diplomáticos de importancia. El nombramiento fué para mí una sorpresa, pues yo no lo había solicitado y no sabía que el Secretario de Estado y el Presidente hubieran pensado en mi promoción.

El General Ulises S. Grant, que había dado la vuelta al mundo, estaba próximo a visitar México con el carácter de invitado del Gobierno de México y yo me consideraba con el deber de permanecer en mi puesto cuando menos hasta que él llegara al país, para ver de presentarlo debidamente con las autoridades. En consecuencia hice la sugestión al Departamento de Estado de que me convendría demorar mi partida e inmediatamente recibí la aprobación a mi sugestión, con permiso para permanecer todo el tiempo que me pareciera más conveniente. Al General Grant se le reconocía en México como uno de sus mejores amigos. Durante la intervención francesa, sus simpatías estuvieron muy en favor de Juárez y los republicanos, y al terminar la guerra civil quedó muy decepcionado de que no se hubiera permitido entrar a México con un ejército y, unido al del Presidente Juárez, destronar a Maximiliano y echar fuera a los soldados franceses. Fué mejor para nosotros como también para los mexicanos, que el método más pacífico, pero igualmente efectivo, de la diplomacia del Secretario Seward, llevase a cabo este resultado, pero los mexicanos tuvieron noticias de las simpatías y deseos del General Grant y se las agradecieron. También cuando fué Presidente trató siempre los asuntos mexicanos con justicia y aún con parcialidad.

El Gobierno del General Díaz había sido informado acerca de los señalados honores que se habían prodigado al General durante

su viaje alrededor del mundo y resolvió que su recepción en México no fuese inferior a las más distinguidas. Fuí a recibirlo a Veracruz y le acompañé hasta la capital, prestándole todos aquellos servicios que pude en las varias recepciones que le hicieron en el camino. Venían en su comitiva la Sra. de Grant, el General Sheridan y su esposa, el Coronel Frederick Grant y su esposa, un secretario y uno o dos amigos más. El Gobierno había escogido uno de los edificios públicos, el más cómodo y suntuoso y lo mandó amueblar en un estilo costoso y adecuado, y este edificio, con todo el equipo necesario, se convirtió en su hogar durante toda su permanencia de varias semanas en la capital.

El Gobierno y la sociedad les prodigaron todas las atenciones que el General y su comitiva podían recibir. Entre las más notables de todas fué la que los residentes americanos de la capital dieron en su honor. El discurso del General Grant en esta ocasión fué tan característico por su sencillez y brevedad que lo pongo íntegro. Habló de la manera siguiente: "Ciudadanos de los Estados Unidos y vecinos de México: Me regocija el encontraros aquí y ver los buenos sentimientos que existen entre los hombres de las dos más grandes Repúblicas de este Continente. Espero que se convierta en el emblema de la paz perpetua que existirá entre nosotros. Confío en que nos beneficiemos mutuamente como bien podemos hacerlo. Creo ser el portavoz de los sentimientos de la gran mayoría de mi pueblo cuando digo que únicamente deseamos la prosperidad para este pueblo y que México mejore y se engrandezca como es susceptible de hacerlo; que llegue a rivalizar con nosotros y marche al progreso al par que nosotros. No sentimos celos, sino que queremos que se nos enseñe como también queremos enseñar."

Permanecí en mi puesto hasta que el General Grant hubo terminado su visita al país y volvimos juntos en el mismo vapor a los Estados Unidos. Mi adiós a México fué del carácter más cordial y tierno. Mi familia y yo recibimos muchas demostraciones de estimación y amistad de todas las clases de la sociedad, tanto oficialmente como en lo privado. Nos dieron banquetes de despedida el Presidente de la República, los miembros del Gabinete, el Cuerpo Diplomático y nuestros amigos de los círculos nacionales y extranjeros. De todas estas demostraciones no fué la que menos me satis-

fizo la que me dieron mis compatriotas, que debía coincidir con el cuadragésimo cuarto aniversario de mi nacimiento, en que se combinó la recepción de despedida, baile y cena, a la que asistieron todos los miembros de la colonia americana, prominentes funcionarios y muchas familias mexicanas y extranjeras. Entre la concurrencia se encontraban el General Grant y su comitiva, y el General, en un discurso improvisado, se refirió en los términos más afectuosos a nuestra amistad en el ejército y a la elección que hizo de mí para la Misión de México, cuando fué Presidente. Entre los actos oficiales con este motivo, se contaron los regalos hechos por la Colonia Americana como recuerdos de su estimación a la Sra. de Foster y a mí un memorial escrito con hermosas letras de ornato e iluminado, firmado por todos los varones miembros de la Colonia. Mis lectores me dispensarán el, al parecer, egoísmo con que reproduzco el memorial y mi contestación. El memorial era como sigue: "Los infrascritos, ciudadanos americanos residentes en la ciudad de México, en vista de la próxima partida del Hon. John W. Foster, del puesto que por espacio de siete años ha desempeñado con honor para su país, crédito para sí y beneficio para los intereses de sus compatriotas, pedimos se nos permita ofrecer este testimonio como la expresión espontánea de la muy elevada apreciación que sus cualidades sociales y eficientes servicios públicos le han asegurado de todos los que hemos gozado del privilegio de su amistad personal, o de los que simplemente han tenido motivo para solicitar su ayuda oficial, consejo o protección. No obstante que de todo corazón aprobamos el merecido reconocimiento que el Gobierno de los Estados Unidos le ha concedido a su lealtad y habilidad al promoverlo a un cargo diplomático más elevado, nuestras felicitaciones van mezcladas con pesar, más penoso por un sentimiento de pérdida personal por la separación de un caballero cuya casa ha sido por largo tiempo el centro de hospitalidad social, y del representante nacional cuyo nombre ha sido constantemente el sinónimo del honor personal y de la irreprochable integridad oficial. Ciudad de México, marzo 2 de 1880." Mi contestación al memorial fué, en parte, como sigue: "No puedo tener confianza en mí al tratar de responder con palabras adecuadas a esta demostración y al testimonio altamente cortés acerca de mi servicio pú-

blico y mis relaciones sociales y privadas, al que los americanos residentes en México han suscrito. Lo único que puedo asegurar a ustedes, es que es una de las más preciosas experiencias de mi vida y que siempre permanecerá fresca y viva en mi memoria. Ha sido para mí de práctica constante no recibir regalo de ningún valor por ningún servicio mientras desempeñe un cargo de influencia e importancia; pero como hoy he presentado al Presidente de esta República mis cartas de retiro y he dejado de tener un empleo donde pudiera obtener alguna recompensa por favores recibidos, si nó es el de la simple gratitud y sinceros agradecimientos, gustoso recibo para mi esposa y para mí estos elegantes y apropiados memoriales, como recuerdos de la aprobación de mis servicios públicos y de mi conducta personal por mis compatriotas residentes, quienes han conocido mi manera de vida y han sido testigos diarios de mis actos. Con tal carácter será nuestro orgullo transmitirlos a nuestros hijos, como reliquias que les recuerden que la amistad existe y que los deberes públicos, cuando se desempeñan concienzudamente, reciben el reconocimiento que les corresponde. No pronunciaré esta noche la palabra "adiós," pues espero ver a Uds. en sus casas antes de mi partida; pero suplico me permitáis expresar de mi parte y de la de mi esposa, a quien estoy seguro, va dirigida la mayor parte de esta demostración, porque la ha ganado mejor que yo, nuestro más cordial agradecimiento por los innumerables actos de bondad y simpatía que hemos recibido en estos felices años que hemos pasado entre vosotros y aseguraros que ni el brillo de la Corte a donde se me envía hará que os olvidemos, ni las nieves de un invierno ruso enfriará en lo más mínimo el calor de nuestro afecto por *nuestros amigos del soleado México.*"

En seguida de la recepción de despedida, fuimos invitados a una reunión que, algunos días después, celebraban los residentes ingleses en la Biblioteca Británica, en donde a la Sra. de Foster y a mí nos hicieron regalos que eran un recuerdo de su estimación, acompañándolos de discursos adecuados a la ocasión. No obstante que yo había representado a un buen número de Gobiernos extranjeros que no tenían relaciones diplomáticas con México, mi principal servicio había sido en favor de los intereses británicos, que eran de bastante consideración en el país. En la capital no había

sino una pequeña colonia inglesa; pero formada con gente culta y agradable y que añadía gran brillo a las reuniones sociales de la Legación, donde se les trataba como nuestros conterráneos.

No puedo decir que me desagradó mi cambio de México, porque el ascenso a un puesto más elevado significaba un reconocimiento por parte de mi Gobierno de estar satisfecho de mi conducta oficial y me proporcionaba una oportunidad de adquirir alguna experiencia en la vida diplomática europea; pero salí de México con gran pesar y con un sentimiento de tristeza por la separación de tantos queridos amigos con quienes me había apegado muchísimo y de un Gobierno que me había sido invariablemente cortés y atento en sus relaciones personales conmigo. Mi residencia de siete años en México, tiempo más largo que el de cualquiera de mis antecesores, y mucho más largo que la permanencia usual de los diplomáticos americanos en cualquier puesto, me había capacitado para estar íntimamente ligado con su gente y sus costumbres, para participar de su hospitalidad, para apreciar sus muchas y estimables cualidades y para formar afectos que han sobrevivido durante los muchos años que se han sucedido.

Mis relaciones con el Gobierno no fueron siempre agradables. Las reclamaciones de americanos por pretendidos ultrajes y tratamiento injusto eran numerosas y yo tenía que hacer un esfuerzo para que las admitiera un Gobierno malqueriente. A veces había una gran tirantez en nuestras relaciones amistosas y parecía que la única solución era el rompimiento de hostilidades; pero nunca perdí la estimación personal de las autoridades mexicanas y cuando salí del país poseía la amistad cordial del Presidente y la de sus asociados oficiales.

La construcción de los ferrocarriles ha hecho posible para la Sra. de Foster y para mí hacer varias visitas a México en años posteriores y renovar las agradables relaciones de los tiempos pasados, cuyo recuerdo ha permanecido tan vivo no obstante nuestra residencia y experiencia en muchas otras partes del globo. Nadie se regocija más que nosotros por la paz y amplia prosperidad que le ha cabido en suerte a esta hermosa tierra, de cuya época de despertar a una vida nueva fuimos testigos y humildes participantes.

INDICE

	Págs.
Prólogo	V
La Misión en México	I
La vida social de México	13
A caballo entre las montañas	23
México bajo el Gobierno de Lerdo	39
Un Viaje a Oaxaca	53
México Revolucionario	65
El triunfo de Díaz	79
México bajo el Gobierno de Díaz	93
Comercio y Ferrocarriles	105
Una visita a los Estados mexicanos del interior	119
De México a Rusia	137

BIBLIOTECA
BANCO NACIONAL DE MEXICO